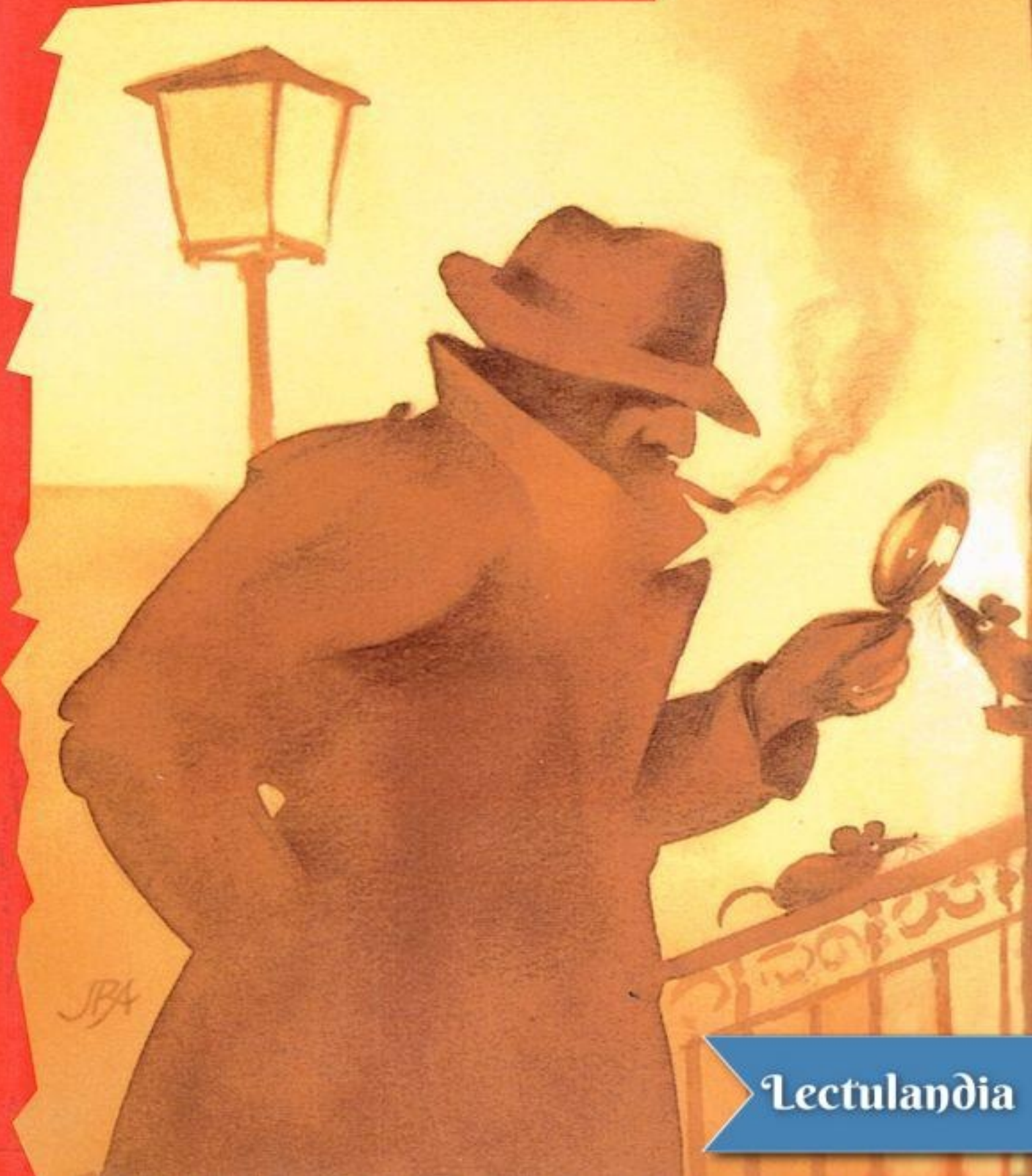


se

Historias policíacas divertidas
WOLFGANG ECKE



Lectulandia

Diez historias detectivescas que forman una antología apasionante. Sobre todo son relatos divertidos en los que unas veces predomina el humor otras tienen la estructura clásica policíaca en las que el lector debe descubrir al ladrón y algunas más mediante una intriga complicada sorprenden con un final inesperado.

Lectulandia

Wolfgang Ecke

Historias policiacas divertidas

ePub r1.0

Titivillus 11.07.16

Título original: *Kriminalistisches Schmunzelkabinett*
Wolfgang Ecke, 1984
Traducción: Luis Pastor
Ilustraciones: Gerhard Brinkmann
Diseño de cubierta: Juan Ramón Alonso

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

¿Quién quiere degollar a un ciempiés?

HAY historias divertidas, graciosas, emocionantes, increíbles, locas y policiacas. Esta primera historia es divertida, emocionante, increíble, loca y muy policiaca. Tan increíble, que parece inventada. Aunque eso pasa con casi todas las historias increíbles.

Pero no perdamos el tiempo con preámbulos y empecemos ya la narración de los hechos. Todo empezó la tarde del 29 de septiembre de 1972...

En una gasolinera que hay nada más pasar Tilburg, esa ciudad holandesa de Nord-Brabant, un joven bien vestido, paseaba, impaciente y aterido de frío, arriba y abajo. Dos cosas merecían su atención: los coches que pasaban por la gasolinera y sus ocupantes.

Le había dicho al empleado —un muchacho de unos veinte años, a lo sumo— que deseaba ir a Bélgica, a Antwerpen concretamente, y buscaba a alguien que le quisiera llevar. Pero ¡qué raro!, tres coches con matrícula de Bélgica habían parado para coger gasolina y justo en las tres ocasiones al joven se lo había tragado la tierra.

Así pensaba con extrañeza el empleado, que no podía sospechar que aquel autoestopista estaba esperando a un coche determinado.

A las seis de la tarde en punto, parpadeó el piloto derecho de un *Opel-Admiral*, verde aceituna, con matrícula de Bruselas. Entró en la gasolinera.

Bajó el conductor. Unos treinta y cinco años, traje deportivo. Dio una palmada en la capota —una tonta costumbre, seguramente— y exclamó jovial:

—¡Lleno a rebosar!

Mientras su coche tomaba el biberón se dedicó a lo que suele entenderse por «estirar las piernas». A nuestro elegante joven le pareció que este era el momento y se acercó al conductor del *Opel*, quien por todo ademán levantó la ceja izquierda. El joven sonrió y esbozó una reverencia.

—Buenas tardes —comenzó, delatando su origen flamenco—. Quisiera presentarme. Mi nombre es Van Doll y deseo pedirle algo.

El conductor se detuvo y examinó a su interlocutor con simpatía. El resultado de la inspección fue positivo, de modo que a su contestación, a pesar de su contenido, no le faltaba cierta cordialidad:

—Me temo que no va a tener suerte con mi cartera. No tengo costumbre de dar nada a nadie. Y tampoco tengo intención de hacerme de ninguna secta.

—No, no se preocupe. No hago colectas ni proselitismo de nada. Sólo autostop. Su coche tiene matrícula belga, luego usted va a Bélgica. ¿Me llevaría unos kilómetros?

El conductor asintió gustoso.

—¿Ha tenido una avería? —preguntó.

—No, precisamente. Mi coche ya no quiso salir del garaje y un amigo me ha traído hasta el cruce.

El conductor se dirigió al coche mientras daba al joven una palmada amistosa:

—Espero que no tenga prisa. La «Fórmula 1» no es mi fuerte, que digamos.

Van Doll movió la cabeza:

—No, no, ninguna prisa. Por mí puede ir todo lo despacio que desee.

—¡Estupendo! Entonces coincidimos. Por cierto, permítame corresponder a su cortesía. Me llamo Kaspar.

En seguida el señor Kaspar tuvo ocasión de mostrar el rango prioritario que concedía a la prudencia entre las cualidades automovilísticas. Cuando a los pocos kilómetros de salir de la gasolinera alcanzaron a un camión cargado de ganado, que iba muy lento, se quedó tras él sin protestar, ni soltar tacos, ni darle a la bocina como si fuese un timbal.

—Aquí es muy estrecho para adelantar... —comentó para disculpar su pachorra—. En ese instante les adelantó a ellos (¡y al camión de ganado!) un *Volkswagen* «escarabajo» de matrícula alemana. Acababa este de rebasar su campo de visión cuando oyeron pitar y vieron iluminarse las luces de freno del camión. Otro automóvil, que venía en dirección contraria, cruzó rápido como un suspiro. Mal se las había visto el «escarabajo» para esquivarle. Kaspar meneó la cabeza.

—Jamás entenderé cómo puede haber gente que por unos minutos o, a veces, por segundos nada más, se jueguen lo más valioso que poseen.

—Estoy de acuerdo con usted. Yo siempre he pensado que gozar de esta vida, de sus momentos hermosos y amables, es una obligación.

Kaspar lanzó a su acompañante una pícaro mirada de soslayo.

—Eso suena como si usted fuera un vividor.

Van Doll asintió con la cabeza:

—Y lo admito, sin pizca de vergüenza.

Kaspar comenzó a reír.

—Yo también he de confesar que me gusta disfrutar de la vida.

—Pues por su aspecto no parece que le sobre tiempo para fiestas.

—Sí, no voy mucho, pero cuando surge una oportunidad no me la pierdo..., pero ¿por qué me mira usted tan fijamente?

—No lo va a creer, señor Kaspar —dijo Van Doll divertido—. Ahora mismo, me dirijo a una fiesta.

—¿De verdad?

—Sí. Es un baile para amigos, pero un poco surrealista. De hecho le llamamos «La fiesta del disparate».

—¿Y eso qué es? —preguntó Kaspar.

—Es un baile de disfraces. En realidad, el juego es así: cuando llevas puesto la

máscara o el disfraz y dices una sola palabra sensata te rocían la cabeza con tinta.

—Si uno dice, por ejemplo: «Tengo mucho calor», ¿qué pasa entonces?

—Muy sencillo, tiene que quitarse antes la máscara o arriesgarse a una ducha de tinta verde.

—¿Por qué verde, precisamente?

—No tengo la menor idea. Quizá estaba rebajada en la tienda. Este baile se celebra dos veces al año, el veintinueve de septiembre y el veintinueve de abril.

Kaspar cabeceó repetidamente con gesto complacido.

—Suenan muy apetecible lo que cuenta. ¿Quiénes van a esas fiestas?

—¡Pss!, de todo. Artistas, la mayoría, algunos comerciantes y otros amigos.

—Me parece que usted es del grupo de los artistas.

—¡Exacto! ¡Ha dado en el clavo!

—¿Se celebra en Bélgica?

—No, no, antes de llegar a la frontera. El tinglado se monta en un viejo molino que creo es propiedad de un pariente de la Reina. ¡Ah!, me olvidaba que para beber sólo hay zumo de tomate y champán.

—¡Uhhh!, cada vez me parece más interesante.

Siguieron en silencio durante un buen rato.

A poco de haber adelantado —¡por fin!— al camión de marras, Van Doll se volvió hacia el conductor con ademán resuelto, y dijo con voz de insinuante complicidad:

—Le invito a la fiesta. Como compensación por el transporte, digamos.

—¡No me tiene usted, amigo mío!

—¿No dice que le gusta disfrutar de la vida?

—Desde luego, pero tengo mi tiempo muy organizado y me queda poco margen para aventuras que se salgan del programa. Todos los viernes, por ejemplo, viajo a la misma hora de Rotterdam a Bruselas, siempre por el mismo camino y tomo gasolina en la misma gasolinera. Esa, en la que nos encontramos. Y los lunes lo mismo, pero al revés, de vuelta a Rotterdam.

Van Doll se encogió de hombros lamentándolo:

—Era sólo una propuesta.

—Y se la agradezco...

—No tiene que quedarse hasta la madrugada, si no le apetece, ya que dispone de coche. A partir de las doce la gente no para de entrar y salir, y a nadie le parecerá mal que usted se vaya antes de que termine la fiesta.

El conductor tuvo aún una breve vacilación y, después, un decidido gesto de asentimiento.

—Bien. Acepto su invitación. Y ¿por qué no? Me gustan las locuras. Pero..., ¿qué hago yo sin disfraz?

—Buscaremos una máscara allí mismo, en la fiesta. Yo tampoco llevo disfraz. No importa; ahora todavía es temprano y no habrá mucho jaleo.

—En fin, lo importante es que el champán y el zumo de tomate estén ya en la nevera. Antes ha dicho usted algo sobre un molino. Yo recorro este camino desde hace más de dos años y no he visto ninguno por aquí.

Van Doll contestó en voz baja, echando misterio al asunto:

—Déjese sorprender. Está en un lugar romántico y escondido... todavía.

Continuaron un cuarto de hora por la carretera principal.

—Nada más pasar esa caseta de peón caminero sale un atajo a la derecha. Ahí hemos de torcer —informó Van Doll.

Era una senda estrecha y llena de baches, Kaspar dio al interruptor de la luz de cruce.

Durante medio kilómetro, más o menos, atravesaron un bosquecillo, que se abrió, por fin, en una gran explanada. En medio de ella apareció, blanco a la luz de los faros, un edificio original. Era de planta redonda con media docena de ventanas grandes.

Kaspar aparcó su coche entre un *Volkswagen* de matrícula alemana y un *Ford* azul oscuro, holandés. Más a la izquierda había otros dos coches de matrícula belga.

—Vaya, hace falta imaginación para decir que esto es un molino —comentó Kaspar, tratando, con poco éxito, de ocultar su curiosidad.

—Pudo haberlo sido hace mucho tiempo. Se dice que la parte de arriba sufrió un incendio y no se ha vuelto a reconstruir. Se limitaron a poner un tejado a lo que había quedado, así que ahora más que un molino parece una seta —Van Doll rió y, mientras se soltaba el cinturón de seguridad, continuó—: No parece que haya mucha gente todavía. Espéreme aquí un momento que voy a decir que hemos llegado y a buscar unas máscaras.

Kaspar apagó las luces, se reclinó y esperó. «¿Habré sido un estúpido al aceptar la invitación? —pensó—. ¡Bah!, dos horas pasan pronto. Me quedaré dos horas. Ni un minuto más».

Habían transcurrido unos cinco minutos cuando Van Doll apareció de vuelta. Jadeando un poco se sentó junto a Kaspar y le dio una máscara con una pluma de ave. Kaspar pulsó el botón del alumbrado interior, cogió la máscara y empezó a darle vueltas. Olía como a cola de pegar.

—Parece la cara de un indio, ¿no? —preguntó Kaspar.

—Un indio famoso, además. Se llamaba Sitting Bull.

—¡Caramba! —rió Kaspar—. Dudo mucho que el señor Bull hubiese aceptado semejante retrato. Y, usted, ¿se ha buscado una cara de zorro?

—Pero ¿qué dice? —replicó Van Doll en tono de reproche—, ¿cómo se le ocurre eso? ¿No ve que es una tímida ardillita?

—Le ruego que me disculpe. Temo haber sobreestimado mis conocimientos de zoología. ¿Cuántos invitados hay ya?

—Siete con disfraz completo. Entre ellos la duquesa de Dorchester, Cleopatra y una condesa desconocida de Luis XIV. He visto además a Till Enlenspiegel y a

Napoleón...

—Ilustres huéspedes todos.

—Siempre es así. En la fiesta anterior hubo nueve monarcas reinantes nada menos.

—Estoy impresionado —Kaspar sonrió contento. Encontraba el asunto cada vez más divertido.

—Bueno, señor Kaspar, ¿qué le parece?, ¿nos lanzamos a la aventura?

—Por mí de acuerdo. ¿A cuántos invitados esperan aún?

—No lo sé. Pero en otras ocasiones hemos sido entre cincuenta y sesenta. ¡Ah!, no se olvide de la tinta verde. Que no se le escape ni una palabra coherente, sensata. Hagamos una prueba. Yo le pregunto: ¿le gustan los abejorros en salsa agridulce?

—¿Quién quiere degollar a un ciempiés? —replicó ágil Kaspar.

Van Doll asintió impresionado.

—¡Es usted el acompañante ideal! Venga conmigo.

En un gran salón alfombrado, una buena docena de candelabros de pared derramaban una luz cálida y tenue. El bar, en cambio, con su ejército de velas, era una luminosa tentación.

Había innumerables asientos para sentarse o tumbarse, todos forrados de variopintas fundas color pastel. En la pared causaban una extraña impresión tres fotografías que colgaban junto a una máscara mortuoria africana de madera tallada. La foto de la izquierda representaba a un hombre corpulento de edad indefinida con papada y calva bronceada por el sol, y que sonreía subido encima de una pila de enormes quesos; en la del centro, con dulce sonrisa, aparecía la reina de Holanda; la foto de la derecha era de un *bulldog* con cara de pocos amigos.

Una escalera con balaustrada de bambú subía hacia el piso superior. Dos pares de altavoces difundían una discreta música.

Junto a la barra del bar había tres personas disfrazadas. Otras dos bailaban, y un hombre bajito con antifaz, vestido de Napoleón, declamaba versos extraños, de pie en medio de la habitación. Este, al advertir la presencia de los recién llegados interrumpió de golpe su retahíla, escondió en el pecho dentro de la chaqueta la mano derecha, levantó la cabeza y salió a su encuentro con la arrogancia que Napoleón suele tener en sus retratos.

Declamó con voz sonora:

—Pero ¡¿qué veo?!, una
pluma sin sombrero.

Sitting Bull,

el muy noble caballero.

¿Qué me dices camarada?

¿Hace o no una limonada?

Sitting Bull, alias señor Kaspar, esperó a que la oscilación de su pluma de ganso fuese propicia y correspondió con una reverencia y estas palabras:

*—Con la venia de su Majestad;
probar prefiero un zumo de
tomate primero.*

Napoleón desenvainó la mano derecha de su habitual funda y la lanzó airado contra él gritando:

—Escucha, indio carcamal, aquí soy yo el único que versifica, ¿entiendes? ¡Lo que le faltaba a mi paciencia, que un piel roja me haga la competencia...!

Luego se volvió hacia el bar y continuó con voz estridente:

—¡Eh!, Cleopatra, ven y ocúpate de este siux; yo tengo que hablar con la ardilla de una cosita importante.

Cleopatra movió la cabeza negándose:

—No me apetece, enanito. Hoy no estoy para hacer de señorita de compañía.

—¿Habéis oído cómo me ha llamado enanito? —se indignó Napoleón. Con el pie derecho golpeó la alfombra persa y gruñó—: un pareado de castigo, ¡inmediatamente! o dejo que Sitting Bull te arranque el cuero cabelludo.

Cleopatra se despegó de la barra del bar y se acercó al trío con paso desgarbado. De cerca se veía que su vestido se había hecho para una Cleopatra más rellenita y no para su actual portadora. También la belleza de la falsa Cleopatra dejaba que desear. Una nariz de bola dominaba en medio de una cara ancha y plana llena de pecas.

—Tú querías un pareado, ¿no? —le dijo a Napoleón con alevosa sonrisa. Él movió enfáticamente la cabeza para decir que sí—. Vale:

*Caballero de la oculta mano,
siempre serás un e...*

—¡Alto! —interrumpió el emperador—. E... elevado soberano, querrás decir.

—¿Por qué no me dejas terminar? —Cleopatra hizo un último guiño a Napoleón y se dirigió a Kaspar mientras el «Gran Corso» intentaba llevarse a Van Doll.

—Hola siux, yo soy Cleopatra —dijo con voz meliflua la disfrazada. Y al ver que los otros seguían quietos mirándola exclamó—: Fuera, guapos, no necesito espectadores.

—¡Protesto! —dijo Van Doll.

—¡Largo! —volvió a exclamar Cleopatra.

—Déjalos, ardilla. Dialoguemos sobre el aprovisionamiento invernal de mis

tropas —dijo Napoleón mientras se alejaban.

—He oído hablar mucho de ti, Cleopatra —terció Kaspar con jovialidad.

—Espero que todo bueno.

—Eso sería mucho decir. Me han contado que eres muy miope. Hace poco, por lo visto, dijiste ¡salve, romano! a un camión.

Cleopatra disparó los ojos contra Kaspar.

—¡Pura mentira! ¡Una calumnia miserable! Lo que yo dije fue: ¡Salve, legionario!, que es algo muy distinto.

—Lo es, en efecto.

Ahora, Cleopatra lanzó a Sitting Bull unos picaros parpadeos.

—De ti se cuentan también muchas cosas, jefe...

—¡Bah!, ¿qué dicen?

—Pues, por ejemplo, que sólo comes carne cruda de búfalo.

El jefe Kaspar asintió con gesto compungido.

—Así es. Y, por desgracia, esta manía requiere un gran esfuerzo físico.

—Y, eso, ¿por qué?

—Figúrate, toda la comida corriendo junto al búfalo con el tenedor y el cuchillo en la mano.

Cleopatra hizo un gesto de repugnancia:

—¡Ahggg! ¡Jo! siux, harías buena pareja con la condesa.

—¿Quién es?

—Esa que está en la barra del bar con el moño alto y las orejas de soplillo.

—Aparenta buenos modales. Además, hay muchas ventajas en tener las orejas de soplillo.

—Es la primera vez que oigo semejante cosa.

—Así, el sombrero nunca resbala y te tapa los ojos, ¿entiendes? De niño puedes ponerte todos los sombreros que quieras, de cualquier tamaño, sin miedo a quedarte a oscuras. ¿Qué pasa con la condesa?

—Todos los domingos va al campo a recoger huevos de hormigas rojas.

—¿Para qué los quiere?

—Para hacer licor. Además, duerme en lecho de piñas, adora a una vaca tuerta y los lunes anda a pipiricojo. Hasta sospecho que es capaz de oír a leguas de distancia, como las brujas. ¡Ves, ya viene hacia acá!

En efecto, la dama del alto moño dejaba la barra y se les acercaba. Iba embutida en un vestido que recordaba la moda cortesana del Barroco, y tan maquillada y empolvada como un payaso de circo.

—Me zumba la oreja derecha. Diría que están hablando de mí. ¡Hola, piel roja! —exclamó, a la par que le daba dulcemente con el abanico en el hombro.

—¡Hola, condesa! Cleopatra acaba de decirme al oído que la señora tiene aversión a la pasta de dientes y que el próximo verano puede conquistar el título de «Miss Aliento». Mi enhorabuena.

Cleopatra no pudo contener la risa. La condesa trataba de pegarla con el abanico, pero la egipcia, sin parar de reír, lograba zafarse de los golpes, que le rondaban la coronilla.

—¡Ya me las pagará! —siseó la condesa—. Diré a Luis que la empale con las varillas del corsé.

—¡Oh!, a su Luis le iba a costar mucho encontrar varillas de corsé en el vestido de Cleopatra.

—No importa, ya cogerá las mías. ¿Sabía usted que a Cleopatra le apestan los pies?

—Por desgracia, hasta ahora ha sido para mí una experiencia inaccesible.

Durante más de media hora, Edmond Kaspar no paró de divertirse.

«Miss Aliento» le condujo hasta el mostrador del bar. Kaspar bebió dos vasos de zumo de tomate, y a pesar de la animada conversación fue capaz de resistir al champán. Pudo apreciar que el bar estaba muy bien surtido.

Pero este no iba a ser el único descubrimiento que hiciera...

De camino hacia un sofá de confortable mullido miró casualmente por la ventana. Tenía el don de ordenar las impresiones ópticas en décimas de segundo. Captó al vuelo el haz luminoso de una linterna y dos sombras que se movían junto a las ruedas traseras de su coche.

Kaspar aparentó no haber visto nada y siguió divirtiéndose con las tonterías de las dos señoras, que ahora le atendían a dúo. Disimuladamente, echó una ojeada rápida por el salón.

Napoleón y Van Doll, su acompañante, habían desaparecido. La parejita seguía bailando y Till Enlenspiegel brindaba por ellos desde el mostrador, con una copa de champán en la mano. Pasaron cinco minutos..., diez.

A Kaspar le era cada vez más difícil hacerse el ingenuo. Por fin, cuando ya había transcurrido un cuarto de hora largo desde que vio las sombras, regresaron Van Doll y Napoleón. El primero se encaminó ligero hacia el bar, el segundo al estante de los discos.

Era el momento de actuar...

Kaspar comenzó a examinar su mano derecha desde todos los ángulos y a cerrarla y abrirla repetidamente.

—¿Jefe tener calambre?

—No, mi cara condesa, se me pega. Algún siervo ha debido mezclar el zumo de tomate con engrudo de pegar moqueta.

—Los búfalos se alegrarán si se te juntan las paredes del estómago —Cleopatra se rió como un conejo.

Kaspar se volvió a la condesa:

—Una pregunta delicada señora Rostropáldo, ¿sabe usted dónde puede lavarse

las manos un piel roja?



—Naturalmente. La fuente está detrás de la puerta, junto a las armaduras.

—Gracias...

Tranquilamente, sin la menor prisa, Kaspar se acercó a la puerta indicada, pero apenas la hubo cerrado tras de sí, comenzó a actuar con toda rapidez. No podía perder un segundo. Logró abrir la ventana sin hacer el menor ruido, pero era tan pequeña que apenas pudo deslizarse hacia fuera. Afortunadamente no era peligroso, pues la altura de la ventana al suelo no llegaba a los dos metros. Acurrucado al amparo de las sombras, dio la vuelta al edificio en un segundo.

No se veía a nadie entre los coches. El número de autos aparcados había crecido tan poco como el de invitados. Contando su *Opel* había cinco en total.

Kaspar se arrodilló junto a la rueda en la que había visto trajinar a las dos sombras. Poco podía ver sin luz. La presión de los neumáticos parecía estar bien...

¡Tenía que arriesgarse!

Como un rayo se deslizó hasta el *Volkswagen* y abrió las válvulas de las dos ruedas traseras. Lo mismo hizo en el *Ford*. Ahora debía cruzar al otro lado, donde estaban los otros dos coches. Uno de ellos era un potente deportivo italiano y el otro un *coupé*. El débil silbido del aire que salía de las ruedas se le antojaba un estruendo de campanas volteando en un día de fiesta mayor.

Desde que dejó el salón para ir al lavabo no habían pasado cinco minutos, ¡qué va! Sin embargo, ese tiempo se le había hecho una eternidad.

Ya en su coche, una vez que hubo cerrado —o, mejor dicho, posado suavemente la puerta en su marco con todo sigilo— se resarció de la respiración contenida con una expiración rápida y profunda. Arrancó el *Opel Admiral* y, justo en ese momento divisó una silueta bajo la puerta iluminada.

Van Doll con la máscara subida en la frente miraba hacia él. A Kaspar le pareció que tenía ojos de espanto. Quizá era sólo producto de sus nervios en tensión.

Cuando le enfocó la luz de los faros, Van Doll se llevó primero un brazo a los ojos en movimiento reflejo de defensa y, al instante, comenzó a gesticular aparatosamente. Mientras Kaspar con su potente automóvil daba marcha atrás, cambiaba y arrancaba veloz, multitud de piedras golpearon el chasis como disparos. Una vez en la carretera pisó el acelerador hasta el suelo, en contra de su habitual proceder.

Edmond Kaspar tuvo entonces la sensación de haber escapado de un peligro mortal.

1 de octubre de 1972.

Dos días después de esta aventura, en el periódico dominical más importante de Bruselas, se publicaron dos noticias. Nadie podía suponer que hubiese relación entre ambos hechos y menos aún sospechar que ninguno de ellos se hubiese dado sin el otro.

He aquí el texto del primero:

SENSACIONAL ROBO DE DIAMANTES

Una banda de enmascarados, formada por hombres y mujeres, irrumpió a primeras horas de la madrugada del viernes en la casa del joyero Jaap ten Enlen, de Utrech, llevándose piedras preciosas por valor de tres millones de florines.

Ataron al matrimonio Ten Enlen y a la servidumbre, de modo que la policía no pudo ser avisada hasta mucho más tarde. A pesar de la gran operación de búsqueda desplegada, no se han producido resultados positivos hasta la fecha. La policía cree que los ladrones intentarán sacar el botín fuera del país.

Hasta aquí el primer comunicado. El segundo se preguntaba:

¿QUIÉN HA VISTO A UNOS MISTERIOSOS GAMBERROS?

A finales de la semana pasada, unos desconocidos forzaron la puerta de la casa de campo del señor Ari van Bergissen, propietario de Industrias Lácteas, S. A., en Gonda, sita en un paraje apartado de la zona próxima a la frontera entre Holanda y Bélgica.

Los misteriosos gamberros celebraron allí una fiesta; pero algo debió interrumpirla bruscamente, porque dejaron las luces encendidas y el tocadiscos sonando, y no tuvieron tiempo de cerrar las puertas ni las ventanas. Las huellas recientes de neumáticos, que denotan la presencia de cinco automóviles, dan pie para que la policía sospeche que se trataba de un grupo numeroso.

Quien posea algún indicio sobre este caso, puede llamar a cualquier comisaría de la comarca fronteriza.

Edmond Kaspar, funcionario de la Comisión Europea de Tráfico y Transporte, se contaba también entre los lectores de estas noticias. Y se le ponía carne de gallina sólo con recordar lo del viernes. La huida, y luego el interminable interrogatorio del mismo viernes y del sábado...

El domingo por la mañana a las once y cuarto estaba solo en casa de su madre. Saboreaba un caldo de pollo sorbo a sorbo, mientras oteaba por la ventana. ¡Seguro! ¡Eran ellos! ¿Cuánto tardarían en subir? ¿Tres minutos? ¿Cuatro o cinco, quizá? Se quedó de pie, junto a la ventana, sin moverse.

La puerta que daba al zaguán estaba abierta.

Habían transcurrido seis minutos exactamente cuando sonó el timbre. Kaspar dejó la taza sobre la mesa y fue a abrir la puerta.

Los segundos siguientes resultaron exactamente como los había imaginado.

Sólo venían dos. Probablemente Till Enlenspiegel se había quedado a guardar la

entrada principal.

Napoleón apretó el estómago de Kaspar con un revólver de gran tamaño, Cleopatra cerró la puerta. Sin disfraz tenía la pobre menos encanto todavía.

—No busques excusas. Sabemos que tu madre no está aquí —siseó Napoleón, que vestido de paisano seguía siendo igual de esmirriado.

—Salud, Napoleón... Y a ti también, bella Cleopatra, la de los sudorosos pies. ¿Dónde están los demás?

Cleopatra se limitó a mirarle de soslayo con insondable desprecio.

—¡Cierra el pico y escucha! —ordenó Napoleón aumentando la presión contra el vientre de Kaspar—. Tienes, exactamente, treinta segundos para decirnos dónde está el neumático con las piedras.

—¿Te refieres al botín que un pobre infeliz debía pasar por la frontera para vosotros?

—Ya has consumido diez segundos.

—Haz una oferta razonable a tu hermano piel roja y veremos.

—¡Mira qué listo! —se mofó Cleopatra—, quiere hacernos chantaje. Para que te fíes de los fun-cio-na-rios eu-ro-peos.

Napoleón era consciente de su situación de inferioridad, así que cambió de tercio.

—Bueno, en realidad, tú has pasado la mercancía por la frontera, aunque has querido pasarte de listo con tus trucos.

—Pero ¿cómo eres capaz, tú precisamente, de echarme eso en cara? ¡Los especialistas en trucos sois vosotros! —protestó Kaspar sonriendo.

—Métele un tiro en el pie y verás —silbó Cleopatra venenosa.

Kaspar se alegró para sus adentros de que el arma estuviese en manos de Napoleón.

Este, por su parte, no tenía la menor duda de quién mandaba allí.

—¡Cierra tu linda boca, Lu! —(¿Se llamaría Lulú?). Y le dijo a Kaspar:

—Tú quieres una parte, ¿no? Vale, de acuerdo. Contándote a ti somos nueve. ¡Tú te llevas un noveno y en paz!

—¿Cuándo?

—En cuanto se venda la mercancía.

—Sólo me gustaría saber una cosa antes de seguir con el trato. ¿Por qué razón tuve el honor de ser elegido como agencia de transporte?

—Fue el resultado de largas investigaciones. El Lord...

—¿Quién es el Lord?

—¡Tu autoestopista! El Lord te oyó por casualidad, en Rotterdam cómo contabas a alguien que eras un tío metódico de lo peor...

—¿De lo peor? ¿He dicho yo eso?

—¡Sí, algo así! Que tú siempre ibas a la misma hora por el mismo camino, que echabas combustible en la misma gasolinera, etcétera. E hicimos el plan contando con todo esto. Tú entraste en nuestros planes desde el principio.

—¡Muy halagador! Escucha tú ahora mi plan: devolveré los diamantes a Jaap ten Enlen. Con la recompensa me sacaré de cinco a diez veces más que con vuestra miserable novena parte.

—No te atreverás a ello —gruñó Cleopatra.

—Ya he hablado con él por teléfono y está encantado.

Napoleón tragó saliva y dijo con voz ronca:

—Antes de eso, te parto en dos el intestino grueso.

Kaspar dio un suspiro:

—¡Difícil me lo pones, caramba!

—¡Venga, Tob, dale un narcótico y registremos la casa ahora mismo! —rebosó la ira de Cleopatra.

Napoleón vacilaba.

—¡A qué esperas!

—Bueno, ¿qué? —preguntó Napoleón impaciente y nervioso, aunque estaba tan abatido que Kaspar pudo retirar prudentemente a un lado la pistola que le apuntaba.

—Ya os lo dirá Venhalden.

—¿Quién es ese Venhalden? —a los labios de Napoleón asomó recelosa una voz trémula.

Se abrió la puerta.

—Soy yo —dijo la corpulenta aparición—. Comisario Venhalden.

Y Kaspar aclaró:

—Quizá lo entenderéis mejor así. Es el jefe Venhalden y algunos guerreros de su tribu.

Cleopatra, rabiosa, cerró los puños con desesperación.

—Desde el principio supe que eras un sinvergüenza, tú..., tú, Sitting Bull...

—¡Ja, Ja, Ja!, Cleopatra, ¿quién quiere degollar a un ciempiés?

El detective Balduino Piff y los tres gemelos

—¡MAESTRO, tiene que ayudarme, por favor! —gimió Eilen Semmel mientras restregaba desconsolado su narizota con la mano derecha y el lobulillo de la oreja con la izquierda.

Balduino Piff, 166 centímetros de estatura, 90 kilos de peso, astuto, una bola con dos piernas cortas, apretó afable un dedo, pequeño y gordo, contra la barriga de su cliente mientras decía:

—Todas las noches le llaman por teléfono varias veces y cuando usted lo coge, alguien, al otro lado de la línea, se pone a sollozar, ¿no es así?

—¡Que no, que no! —interrumpió Eilen Semmel excitado—. ¡Se ríe!

—¡Por todos los diablos! —gritó el maestro, de sensible olfato y voraz apetito—, a eso me refiero con sollozar.

—¡Ah! —farfulló Eilen observando a Balduino con recelo bajo unos párpados semientornados—. Llama sollozar a reír.

—Querido señor Semmel... —comenzó Balduino Piff. Se paró a respirar hondo, pero interrumpió de golpe la acometida, movió la cabeza y añadió con cierta pena—. Hay risas que hacen llorar.

El señor Semmel asintió mudo.

—Bien. Ahora explíqueme cómo se ríe el suyo.

—Suenan como un chorro de carcajadas.

—¡Je, je, je, je...!

—¿Por qué se ríe usted? —se enfadó el señor Semmel—. ¡No lo puedo soportar!

—Disculpe. Ante un chorro así no me puedo contener —aclaró el detective, y prosiguió—: alguien le llama por teléfono y le enchufa una manguera de carcajadas a la oreja. Curioso, realmente. ¿Y nunca ha dicho el tipo ni una sola palabra?

—Hasta ahora, no —contestó Eilen casi con lágrimas en los ojos—. Estoy muerto de cansancio. No hay noche que pueda dormir como Dios manda.

Balduino Piff paseó ligero, uno-dos-uno-dos, cuatro veces, de pared a pared. Paró, al fin, frente a Semmel y dijo:

—Esta noche iré a su casa. A lo mejor consigo arrancar unas palabras a ese «bombero».

—¡Oh! —Eilen Semmel se transfiguró—. Se lo agradezco de verdad; gracias, muchas gracias, mi querido maestro. Así ya me siento mejor. ¿Permite que le prepare alguna cosita para picar?

Balduino Piff alzó bruscamente la cabeza y escrutó a Semmel con una arruga profunda entre las cejas:

—¿Es usted de la Cofradía del Puño o qué? —saltó.

—¡No, no, nunca! —se apresuró a negar el señor Semmel. Y ante la idea de que

Balduino se volviese atrás de lo dicho, repitió en tono algo más fuerte—: ¡Jamás!

—Entonces, ¿por qué habla de alguna pequeeeeeña cosa para picar? —el detective estiró la segunda e, de pequeña, tres metros y medio.

—Toooooo lo que usted quiera, mi gran maestro —balbució el señor Semmel asustado y, a la vez, con sensación de alivio. Si sólo era por eso... Hizo un ademán de «usted dirá» y continuó—: Lo que desee le será servido.

Balduino Piff se palmoteo satisfecho la barriga y tras dar con la lengua un goloso chasquido, hizo la lista:

—Bueno, tráigame medio kilo de fiambres surtidos, filetes de carne asada fría, sardinas en aceite, cuatro tomates, poco maduros, crema de cacahuete y algunas barras crujientes de pan.

—¡Oh!... —exclamó asombrado Eilen Semmel.

Balduino Piff asintió con cara seria y musitó con voz queda:

—Después de todo, nos espera una larga noche —y añadió más alto—: A las ocho en punto estaré en su casa.

El pequeño detective cumplió su palabra. El reloj de la iglesia de los franciscanos daba las ocho cuando Balduino Piff apretó el timbre de la puerta de Semmel. Segundos más tarde estaba ya conectado al teléfono el magnetófono que había llevado consigo.

Pasó tiempo...

Sonaron las diez (¡todos los platos y fuentes limpios ya de polvo y paja!).

Las once.

Las once y media.

Once cuarenta y tres: ¡Rrrrrrr...!

Eilen Semmel y Balduino Piff saltaron a la vez.

«¡Rrrrrrr...!», seguía el teléfono.

—Golpea mi corazón como un martillo pilón —musitó Eilen. Y Piff le hizo callar.

«¡Rrrrrr...!».

Balduino pulsó el botón del magnetófono, cogió el teléfono y trino con agudo tono de mujer.

—Hola cariño, ¿por qué llamas tan tarde?

—¡Oh! Perdona, me he equivocado de número —dijo una voz y colgó.

El detective posó primero el auricular cuidadosamente, y clamó:

—¡Diablos!

Eilen Semmel le cogió del brazo y preguntó con voz ronca:

—¿Se ha reído?

Balduino dio marcha atrás a la cinta. Lanzó a Semmel una mirada elocuente y masculló con mucho secreto:

—Ahora sabemos algo más, querido señor Semmel. Ahora mismo... ¡Atento!

Apretó la tecla de parar y acto seguido la de reproducir...

Silencio; sólo un ligero zumbido... y, ya: «Hola cariño, ¿por qué llamas tan tarde?» —pausa—. «¡Oh!, ¡perdone, me he equivocado de número!».

Balduino Piff desconectó el magnetófono y se dirigió a Eilen Semmen, que, en ese instante, pálido y tembloroso, retrocedía tambaleante hasta dar con su cuerpo en un sillón próximo.

—Esa voz... Sólo puede ser de Otto o Abel.

El detective miró a Semmel con recelo.



La afabilidad de Abel se convirtió en un gesto hostil.

—Yo no sé quién es usted ni qué significan esas majaderías, pero le diré una cosa: ¡Hace cinco años que he roto las relaciones con mis hermanos!

También esta puerta se cerró con mayor violencia de lo habitual.

Eilen miraba expectante al detective. Balduino Piff pensaba que el buen Dios no puede ser tan serio como lo pintan, pues ya hace falta humor para dar caras tan iguales a tipos tan distintos.

—¿Ha podido averiguar algo, señor Piff? —tanteó Eilen con prudencia.

El detective se dejó caer en un sillón y respondió afirmativamente con la cabeza:

—Balduino Piff siempre averigua algo —agregó vanidoso.

—¿Quién es? —la impaciencia del resentimiento timbraba ahora la voz de Eilen. Su diestra acudió de nuevo a la nariz de pepino.

—¿Cuál de los dos se imagina que es: Abel u Otto? —inquirió Balduino con un guiño malicioso.

Eilen Semmel se encogió un poco:

—Si he de ser sincero...

—¡Diablos!, ¡si no para qué le pregunto! —clamó Balduino con viveza.

—Bien, entonces... yo sospecharía de los dos. Lo mismo del rudo Otto que del suave Abel.

—¡Ajá!... —dijo Balduino Piff.

—¿Y...? —demandó Eilen.

—¡El rudo! —dijo el detective.

—¡¿Otto?! —

—¡Otto! —confirmó Balduino—. Se ha delatado él mismo.

—¿Cómo?

—Cuando le eché en cara la fechoría, replicó: «Hace años que no me trato con Eilen». Así cayó él mismo en la trampa, ¡je, je, je!

—Pero ¿cómo? —quiso saber Eilen. Su mirada revelaba la perplejidad más cándida.

—¿Ha olvidado que son tres gemelos?

Poco a poco en los ojos de Eilen se encendió una luz...

—Quiere usted decir...

—¡Exactamente!, eso quiero decir. ¿Por qué no dijo: «hace años que no me trato con Abel»? Él supo en el acto a qué gemelo me refería... Y eso sólo podía saberlo, naturalmente, el que lo hacía...

—¡Es usted admirable! —comentó Eilen Semmel poniéndose en pie.

El pequeño y redondo detective se levantó también.

—Bien, señor Semmel, asunto resuelto. Es decir, en cuanto pague mis honorarios...

Y el detective Balduino Piff seguía riéndose todavía por la tarde, al volver a casa después del trabajo (uno-dos-uno-dos) entre la niebla de luz que esparce el sol

poniente.

Una viajera sin billete

(Drama en un acto con dos actores).

PERSONAJES

El Inspector Schuh

La Señora Macholke

Mi agradecimiento más rendido al Instituto Nacional de Investigaciones Lingüísticas. Sección: denuestos, improprios y otras zoologías. Sin cuya docta ilustración hubiéramos naufragado en lenguaje tan proceloso.

Una mesa y una silla. El **Inspector**, sentado en esta y acodado en aquella, hojea unos papeles. Otra silla enfrente. Paragüero, papelera y perchero de pie.

(Llaman a la puerta).

Inspector.—¡Alto! ¡Adelante!

(Entra una mujer pisando firme y se planta frente al inspector con los brazos en jarras).

SEÑORA.—*(Aire campechano, voz fuerte)*. Mi querido poli, debe llevar usted taponcitos en las orejas. Hace ya dos horas que estoy esperando.

Inspector.—*(Tranquilo y amable)*. Ante todo, señora, yo no soy su querido poli y, además, usted espera desde hace veinte minutos exactamente.

Señora.—¿Le parece poco? *(Con tono más agresivo)*. Los policías deben de pensar que todo el mundo tiene tanto tiempo como ellos, ¿no, señor comisario?

Inspector.—Soy el inspector Schuh, como ha podido ver en el letrero de la puerta.

Señora.—¡No voy a ir leyendo toda la bazofia que le echan a una!

Inspector.—*(Carraspea)*. Mejor será que deje el paraguas en su sitio y tome asiento de una vez, señora Macholke.

(Con asombrosa puntería la señora mete el paraguas en el paragüero desde dos metros de distancia y se vuelve al funcionario).

Señora.—¡Prefiero estar de pie!

Inspector.—Si quiere que le salgan varices, como le parezca. Las piernas son suyas.

Señora.—¿Es una amenaza?

Inspector.—¿Qué?

SEÑORA.—¡Lo de las varices!

Inspector.—¡No, por Dios! Una mera opinión sin trascendencia.

Señora.—Cuando la policía opina, échate a temblar. ¡Eso es más viejo que Adán y la tonta de Eva!

Inspector.—¡Podría ser un poco más amable, señora Macholke!

Señora.—(*Repone aire presurosa*). ¿Qué? ¿Eso mismo iba a decirle yo? ¡Sea usted, si tiene la bondad, un poquito más cortés conmigo, que, a fin de cuentas, su paga sale de mis impuestos!

Inspector.—Según estos papeles, querida señora, hace tres años que cobra usted la pensión de viudedad.

Señora.—¿Y eso qué tiene que ver?

Inspector.—Que, como pensionista, no paga impuestos, así que mi sueldo tampoco.

Señora.—(*Blandiendo el dedo índice de la mano derecha*). Pero podía haberlo hecho.

Inspector.—Vayamos al asunto. Un cierto señor Martin Büttner, revisor de tranvías al servicio del Ayuntamiento, ha presentado una denuncia contra usted por injurias y lesiones corporales.

Señora.—(*Que se deja caer pesadamente sobre la silla*). ¿Qué ha hecho ese narizotas? ¡¿Presentar una denuncia?! ¡¡¿Contra mí?!!

Inspector.—Eso es.

Señora.—(*Fuera de sí*). Pero..., pero ¡esto ya es el colmo! ¡Injurias, dice!

Inspector.—Usted le ha llamado... (*Busca en los papeles y lee*)... «hormiga coja», «briozoo jiboso», «geotropo cegato», «pipa de calabaza seca», etc., etc.

Señora.—(*Salta del asiento*). ¡Él me ha llamado a mí «lechuza»!

Inspector.—Se equivoca, señora Macholke. «Lechuza» pertenece también a su repertorio. Fue al llamarle «lechuza» cuando le metió usted la gorra hasta los ojos.

Señora.—¿Yoooooooooooo?

Inspector.—Como veo que su memoria no es muy buena, voy a leerle lo que ha declarado el señor Büttner.

Señora.—(*Se sienta de nuevo*). Estoy intrigadísima. ¡Vamos, lea usted las obras completas de ese «gusano de panadería»!

Inspector.—(*Severo*). Un insulto más señora Macholke y ordeno que le pongan una multa... (*Carraspea*)... Bien... El acta: «Yo estaba de servicio ese jueves por la mañana en la línea veintisiete. La señora subió en Kreuzplatz, entró dando empujones sin consideración y no paró de molestar a un viajero mayor que ella hasta que le dejó el sitio...».

Señora.—Ja, ja ¡Un viajero mayor que yo! Un jovenzuelo mocosito con melena hasta el trasero.

Inspector.—Aquí dice que era un señor de sesenta o sesenta y cinco años.

Señora.—¿¿¿Sííí?? Buena. Mi vista ya no es la que era.

Inspector.—Sigo leyendo: «Pedí a la señora que me enseñara el billete, pero ella no hizo el menor caso y continuó mirando por la ventana. Yo insistí tres veces más con el mismo resultado y al cabo, toqué su hombro con la punta de los dedos...».

Señora.—¡No me haga reír!

Inspector.—(*Alzando la voz.*)«... Muy suavemente. Entonces se levantó de un salto y empezó a gritar desaforadamente que ya me había enseñado antes el billete y que no estaba dispuesta a revolver el bolso otra vez. Solicité de nuevo que me mostrara el billete o, de lo contrario, tendría que apearse. Al oír esto me lanzó al rostro una retahíla de insultos; el más inofensivo de todos ellos fue “lechuza”. Luego me tiró de la gorra hacia abajo con tanta brusquedad que rasgó la cinta de la armadura y cuando le ordené que bajara del coche inmediatamente, me golpeó con el paraguas en la cabeza. Era un paraguas macizo y me ocasionó heridas de pronóstico leve en la frente y en las dos mejillas. Con la ayuda de otros viajeros, logramos sacarla del tranvía en la parada de la calle Mayor y dejarla en manos de un policía municipal, a quien dio un mordisco en el brazo sin miramientos». Bien, señora Macholke, eso dice.



Señora.—¿No creerá usted esa historia, verdad?

Inspector.—Según esto no cabe la menor duda de que usted es una dama con... mucho temperamento, digamos.

Señora.—¿Yooooo? Yo soy un alma delicada, mi querido poli... Ahora le contaré cómo fue en realidad. **Inspector.**—¡Adelante!

Señora.—Subí al tranvía en Kreuzplatz y avancé pacíficamente hacia el interior. Iba saludando amablemente a derecha e izquierda cuando de pronto... ¡Adivine usted qué sucedió de pronto!

Inspector.—No me pagan por jugar a los acertijos, señora.

Señora.—De pronto me vi encima a ese abominable tipejo de revisor. (*Poniendo cara de miedo*). ¿Ha visto alguna vez su cara de cerca? Le digo que una se queda muda de espanto, es algo horroroso, ¡vamos, que te da un susto de muerte! Bueno, pues ese tío «caracoco» va y me dice que no empuje. ¡Yo!... Yo, que apenas si había rozado a alguien... Tuve que hacer esfuerzos para contenerme. Pero ¿para qué disgustarse? Con no hacer ni caso a ese «narizotas» ya está. ¡Ah!, y había allí un hombre callado que me miraba fijamente. Uno de esos que hablan con los ojos, ¿sabe usted? Y le juro que no decía más que groserías. Yo, en cambio, con mi santa paciencia, le respondía con amables tironcitos de oreja, dos, tres veces...; luego se levantó y me cedió el sitio. Justo nada más sentarme, llega ese rinoceronte a dar la lata. Quería ver mi billete. Ante una cosa así yo, ni caso, naturalmente.

Inspector.—Naturalmente.

Señora.—Soy una persona delicada, de sentimientos refinados, señor inspector. Si alguien me avasalla de ese modo, me vuelvo sorda como una estatua. Va luego el pánfilo presumido y me planta el puño en el hombro. Bonito, ¿verdad? Todo un caballero, ¿eh? ¡Pero conmigo no vale! Me alcé como un cohete de Cabo Cañaveral y le metí la boina hasta las orejas. Bien, pues figúrese, con todo y con eso seguía ofendido el señor.

Inspector.—¿No me diga?

Señora.—Lo que oye. Ahora viene lo peor. Mientras yo trataba amablemente de hacerle comprender que debía pedirme disculpas, él empeñado en echarme del tranvía. Así, no tuve otro remedio que defenderme.

Inspector.—¡Con el paraguas!

Señora.—¿Con qué si no? Quedó hecho polvo. ¿Quién me paga a mí otro ahora?

Inspector.—¡El señor, encima!

Señora.—(*Furiosa*). ¿Tenía, entonces, que haberme dejado echar del tranvía?

Inspector.—Si hubiese sacado el billete, se habría ahorrado estos disgustos.

Señora.—(*De pie de un salto*). ¡Ah!... entonces, ¿no me cree?

Inspector.—Ni media palabra, señora Macholke. Usted fue la culpable de todo. Hay, exactamente, trece personas que lo atestiguan.

Señora.—(*Encolerizada*). Usted... Usted... «¡enano!»... Usted... «¡canalón!»... «¡espantacaracoles!»... ¡Ahora me callo la boca! ¡No le digo ni pío!

Inspector.—(*Sonriente*). Eso antes, señora Macholke. Ya puede seguir con los insultos si la desahoga. Cuesta igual... El guardia la acompañará hasta la puerta.

Señora.—(*Dando un respingo*). No hace falta que nadie me acompañe... Y, menos, un carapito como ese.

(Se levanta, sale, queda en el aire el violento estampido de la puerta).

El ciprés enano

NICOLÁS Rummel era a sus veintinueve años, una mezcla de loco, idealista, estafador, soñador, manitas y comerciante. Muchos de sus conocidos le consideraban una especie de Till Eulenspiegel. El trabajo era para él un mal necesario, que debía evitar en la medida de lo posible. Aunque —claro— sin dinero no podía vivir.

Como durante el tiempo de trabajo solía dar rienda suelta a sus sueños, y sus prosaicos jefes no eran capaces de ver en su apego a la contemplación más que vagancia, a menudo se veía forzado a cambiar de empleo. Cosa que Nicolás aceptaba siempre con resignación —¿qué digo?—, casi con gozoso alivio. Después de cada despido y antes de buscar nueva ocupación disfrutaba la pausa largamente en el sosiego de su apartamento de dos habitaciones —heredado— o, con más frecuencia, se iba a un lugar de vacaciones pródigo en sol.

Niki (como le llamaban sus amigos y otros que no lo eran tanto pero que le envidiaban) no volvía a la actividad hasta haber gastado el último duro. Entonces comenzaba a cavilar y daba casi siempre con «ideas geniales» y «negocios fabulosos».

Vamos a curiosear un poco en la vida de este hombre, Nicolás Ferdinand Rummel, hijo de un honrado deshollinador y una amorosa madre llamada Erlinde...

Las manecillas del reloj de mesa del señor Donner, jefe de personal de la empresa Pequeños Embalajes, S. A., marcaban las once cuarenta y cinco. El doctor Donner, un hombre de mediana estatura, tieso, de porte digno, ojos vivos de comadreja y animado gesticular, elevó la mirada. Habían llamado a la puerta. Frunció en su cara redonda las arrugas que corresponden a un jefe de personal y exclamó:

—¡Adelante!

Las arrugas se le pronunciaron aún más al ver quién era el visitante. Este, en cambio, con cara reluciente, saludó desenvuelto con un ampuloso gesto teatral:

—¡Tenga usted unos muy buenos días, mi querido doctor Donner!

Víctor Donner procuró dominarse. «Ante todo, no caer en la trampa de la provocación», pensó mientras apuntaba con el dedo a la silla del otro lado de la mesa. Dijo luego con voz suave y engolada:

—Yo no soy «su querido», señor Rummel. Tenga la bondad de sentarse.

—¡Oh!, doctor Donner, ¿no ha dormido bien esta noche o está usted de mal humor?

El jefe de personal carraspeó:

—Nada tendría de extraño si así fuese. ¡Hace semanas que le vengo observando, señor Rummel!

Nicolás hizo una cortés inclinación desde su asiento.

—¡Qué amable por su parte! ¿Y por qué razón merezco tan honrosa atención?

El doctor Donner hizo correr un dedo entre su cuello y el de la camisa, blanco como el jazmín. La sonrisa impertérrita de su interlocutor le iba alterando el pulso poco a poco.

—Mientras sus compañeros escriben cien direcciones, usted se conforma con cinco, a lo sumo.

Nicolás, con gesto de asombro, levantó hacia arriba la ceja derecha:

—Pero ¿cómo es posible?

—En la «Gran Acción Postal» del mes pasado sus compañeros hicieron cuatro mil sobres a la semana, usted en cambio... Bien, diga, ¿cuántos cree que hizo usted?

Nicolás Rummel movió la cabeza y respondió con afabilidad:

—No los he contado.

Las palabras del doctor Donner rezumaron ironía:

—Hubiera sido fácil. No pasaron de cien direcciones. De cuatro mil a cien. Bonita diferencia, ¿eh?

—Asombroso, realmente.

A los ojos de Rummel se asomó el guasón que llevaba dentro. O eso le pareció, al menos, al jefe de personal, pues su voz brotó varios tonos más fuerte y una octava más alta:

—¿Usted quiere tomarme el pelo? Pues no lo va a conseguir. ¡Jamás, señor..., señor Rummel! ¡Hasta aquí hemos llegado! La firma Pequeños Embalajes, S. A., no puede permitirse pagar un sueldo a holgazanes.

—Usted va demasiado lejos, querido doctor —replicó Nicolás sin dejar su radiante sonrisa, aunque con un leve tono de censura.

—¡Vaya! ¿Dígame, entonces, cómo voy a llamar a alguien que se pasa todo el día frente a la máquina de escribir y no hace otra cosa que mirar al techo?

—Yo le llamaría pensador. O filósofo, tal vez.

—¡En nuestro presupuesto no hay asignaciones para pagar a pensadores ni a filósofos!

—¡Lo cual es un fallo! —completó Nicolás—. Sin ir más lejos, rindo más yo a la empresa con mirar al techo, que esos con las cuatro mil direcciones.

La redonda y tersa cara del doctor Donner cambió del rosa a un blanco salpicado de manchas rojas.

—Usted está enfermo o loco de atar, jadeó.

—No comprende lo que quiero decir, querido doctor. Lo que yo pienso siempre, son procedimientos para ahorrar gastos a la empresa...

—Bien. Después de ocuparse en ello más de cuatro meses, estará ya en condiciones de comunicar los resultados de su trabajo mental, ¿no?

—Podría enfadarse usted...

El doctor abrió los ojos.

—¡Oh! No hay nada ya que pueda enfadarme.

—Como guste. He llegado a la conclusión de que la empresa Pequeños Embalajes, S. A., podría renunciar a un jefe de personal y...

El doctor Donner se alzó como una bala.

—¡¡Basta!! Vaya a caja que le hagan la cuenta y se acabó. Sus documentos ya están preparados...

Nicolás Rummel se levantó también. Hizo una reverencia cortés.

—Ve usted por qué Pequeños Embalajes, S. A., nunca llegará a ser la Grandes Embalajes, S. A. Lo que aquí falta es un jefe de personal con imaginación.

Pasaron muchas semanas desde este suceso. Sebastián Schneider era trabajador, meticulado, formal, ambicioso y realista. Su comportamiento en la oficina podía calificarse de intachable.

Era, pues, justo el polo opuesto a Nicolás Rummel. Y, quizá, en esta oposición radicaba el secreto de una amistad profunda y leal que comenzó en la escuela y nunca decayó desde entonces.

Desde su mesa de escribir Sebastián miró con grata sorpresa a Nicolás Rummel que, como de costumbre, se había colado en el despacho sin llamar.

—Niki... ¡Santo Dios!, ya temía que te hubieran secuestrado. Pero ¿dónde te has metido?

Antes de que Nicolás contestase, los dos amigos se estrecharon la mano felices y se dieron unas palmadas en el hombro con sincero afecto. Luego Rummel preguntó extrañado:

—¿No dirás eso en serio, verdad? Desde Lucerna te he mandado una carta de seis hojas.

Se sentaron.

Sebastián alzó la mano derecha.

—Te juro que no he recibido ninguna carta tuya. ¿Qué hacías tú en Lucerna?

—Lo de siempre: vacaciones. Estupendo, chico. Si no es porque se acabaron las perras, seguiría todavía allá, junto al lago de los Cuatro Cantones.

Sebastián movió la cabeza.

—Tú no cambiarás nunca... Hace cuatro semanas llamé a Pequeños Embalajes, S. A., y me enteré de que ya no trabajas allí.

Niki asintió con la cabeza y comentó:

—Un despido bien comprensible. Te lo cuento en la carta con todo detalle. Pero no hablemos más de ello. Es perder el tiempo.

—Y ¿ahora?

—Ahora estoy en la calle... —Nicolás Rummel estiró brazos y piernas desperezándose, y suspiró de bienestar—. Te digo Sebastián que no hay nada tan productivo como estar sin dar golpe. A uno le vienen ideas... ¡ideas!

Sebastián Schneider le advirtió con ademán solemne:

—Quiero prevenirte a tiempo, Niki. Si piensas que voy a ayudarte esta vez a entrar en otra firma te equivocas. Además... —Sebastián trataba de encontrar las palabras adecuadas.

—Además, ¿qué?

—Además, tus ideas rozan siempre los límites de la legalidad y a mí, en contra de lo que te ocurre a ti, no me hace ninguna gracia perder el empleo. ¿Está claro?

Nicolás Rummel le miró con lástima:

—¿Cómo puede uno trabajar nueve años, día tras día, para el mismo dueño...?

—La semana pasada se cumplieron los diez —corrigió Sebastián.

—¡Toda una eternidad!

—¡Pero también soy ya jefe de departamento! ¡Ah!, y algo que tú aún no sabes: en otoño me caso.

Nicolás se asombró, y esta vez de verdad. Se quedó de una pieza, pues Sebastián siempre había dicho que —de casarse— no habría de ser antes de los cuarenta.

—¿Con quién?

—¡Polly Peters!

Nicolás se recostó en su asiento, cerró los ojos y aproximó el dedo índice a la nariz. Su postura favorita de meditar, según decía.

—Polly Peters..., Polly Peters... —susurró. Al cabo, lanzó a su amigo—: ¡Me vino! ¿No es la pequeña del Concierto Oriental? ¿Aquella enanita pecosa?

Sebastián protestó:

—Tú exageras siempre un montón. Mide uno cincuenta y ocho.

—Oye, Sebas —Niki sonrió mordaz—, tú mides uno noventa, ¿no es eso? Treinta y dos centímetros de aire en línea recta de boca a boca. ¡Ya sé qué regalaros! ¡Una escalera!

—¡Eres un asno! —rió Sebastián.

—Tienes razón. Olvidemos las minucias y vayamos a las cosas verdaderamente divertidas.

—¡Déjame en paz con tus inventos! —le previno Sebastián.

—Escuchar no hace daño —arguyó Nicolás con cara de no haber roto un plato en su vida—. Cuando termine el asunto, por mí puedes casarte cuando quieras.

—¡Nooo!

—¡No seas niño, señor jefe de departamento!

—Barrunto guerra. Cuando pones ese gesto con la boca, hay que temer de ti algo muy especial.

Nicolás Rummel lanzó a su amigo una mirada luminosa. Y afirmó con la cabeza:

—Tienes razón. Bueno di, ¿dónde vive en nuestra bella ciudad la gente de más pasta?

—En Kaiserforst, según dice la gente.

—La gente no se equivoca, seguro. Y ¿dónde se encuentran en nuestra bella

ciudad los jardines más hermosos y mejor cuidados? Contesto yo mismo: allí también. ¡Estupendo! Ya tenemos el decorado de nuestra *picola* comedia.

—¡Conmigo no cuentas!

—Mira, en primer lugar, tú eres mi mejor, más viejo y único amigo; en segundo lugar, tú eres capaz, sin duda alguna, de hacer el papel de un técnico en jardinería, de paso en la ciudad, que es un apasionado de los cipreses enanos asiáticos.

—Asiáticos, ¿qué?

—Cipreses enanos.

—Pero ¿existen en realidad? —preguntó perplejo Sebastián.

Nicolás Rummel inclinó la cabeza para clavar en su amigo una mirada oblicua y gravemente expresiva.

—¿Tú crees en los milagros? —preguntó.

—¿Qué tontería es esa, Niki?

—¡Di!

—¿Por qué había de creer?

—Si dices que crees en milagros, y crees de verdad, tal vez existan los cipreses enanos asiáticos —Nicolás Rummel sonrió.

Sebastián trazó con la mano un ademán de resignación:

—¡Ya estamos! Otro negocio que empieza con embustes...

—Alegra esa cara y escucha, Sebastián. Hay mentiras que son delito y otras que, aunque no lleguen a virtudes, no lo son. Mi superplán es el siguiente:...

Y ante su torturado amigo Sebastián Schneider —que, no obstante, le escuchaba con fascinación—, Nicolás Rummel comenzó a dibujar con abundancia de gestos y palabras el proyecto de un refinado negocio que bautizó con un piadoso refrán: «La avaricia rompe el saco».

La señora Kauffmann, que en ese momento salía de su casa, no alcanzaba a dar crédito a sus ojos. Se quedó pasmada de indignación. ¿Qué hacía en medio de su jardín aquel intruso? Cruzó resuelta el bien cuidado césped inglés.

—¡Eh!, ¿qué frescura es esta?, ¿qué hace usted en nuestro jardín? —voceó enfadada, llevándose las manos a las caderas.

El desconocido dio un gentil taconazo con sus zapatos de charol y se inclinó ceremonioso como un diplomático francés. Luego extendió los brazos y declamó con teatral afectación:

—Dispense usted a un viejo enamorado de las plantas que se haya dejado arrastrar por la pasión. Tenía que examinar de cerca este ciprés a toda costa.

—Sí, pero saltar la valla así por las buenas... —fluyó la voz de la señora Kauffmann un poco más conciliadora.

—Lo sé, lo sé, querida señora, pero nada tiene que temer. No soy un ratero ni un ladrón de plantas. Permítame, por favor que me presente. Nicolás Rummel —aquí

otra reverencia de cuerpo entero—. Mi tarjeta, señora.

La señora Kauffman recobró el sosiego. «¡No!, realmente el señor Rummel no tenía pinta de ratero. Más bien la de un bronceado hombre de mundo recién llegado de doradas playas. ¡Y con qué afán escudriñaba el ciprés!»...

—Gracias —dijo la señora Kauffmann, mientras la pequeña cartulina se perdía en el hondo bolso del mandil—. ¿Qué le interesa tan vivamente de ese ciprés?

—¡¡Todo!! —sonó agudo, veloz y fuerte como un disparo.

—¡Oh!...

—Sí, yo soy un apasionado de los cipreses. ¿Me permite que lo mire bien, señora...? Perdone, con la emoción olvidé mirar el letrero de la puerta.

—Kauffmann —la señora extendió de buen grado su respuesta más allá de la pregunta—. Mi marido es director general en el Ministerio de Protección de la Naturaleza.

Nueva inclinación.

—¡Es un honor para mí! —Nicolás Rummel cumplimentó con cara radiante a la esposa del director general del Ministerio de Protección de la Naturaleza. Giró una y otra vez alrededor del arbusto y movió repetidamente la cabeza embargado por el asombro. Los gestos iban acompañados de suspiros que brotaban de los hondones del alma. Echó luego una ojeada general al resto del jardín—. En verdad, es un jardín de fábula.

—Lo he plantado yo misma —añadió halagada la señora y un ligero rubor trepó por sus mejillas.

—Es usted una verdadera artista —exageró Nicolás Rummel. Su mirada quedó prendida de nuevo en el ciprés. Tras largo rato de éxtasis tornó hacia la señora Kauffmann, las manos descompuestas, las palabras también—: Señora, esto es... o sea... sinceramente... realmente, me da reparo. ¡De verdad, señora Kauffmann me da reparo... ya pesar de ello...!



La señora Kauffmann miró confusa al extraño visitante.

—¿Qué quiere decir usted con eso?

—Yo... señora —arrancó—, quisiera proponerle un negocio —Rummel aspiró hondo y evacuó un suspiro de alivio—. Sí, un negocio, ¡ya está dicho! Confío en que no me juzgará atrevido...

En ese momento la esposa del director general no estaba para juzgar. Perpleja, acertó al fin a farfullar:

—No comprendo a qué negocio se refiere.

Nicolás Rummel enderezó el tronco. Gallardo el tórax se columpió dos, tres veces en las punteras y lanzó a la señora Kauffmann una mirada penetrante.

—Yo desearía comprarle el ciprés.

La señora se quedó un momento boquiabierta. Cruzó veloz por su cabeza que aquel hombre fuese un loco, pero al ver el arrobamiento con que observaba —ya de nuevo— el ciprés —donde ella no era capaz de ver nada de particular— desechó la idea.

—Pero... ¡qué va! —susurró—, usted no lo dice en serio...

—Mi pasión por los cipreses me lleva siempre a situaciones como esta. ¡Por favor, sea comprensiva! Le ofrezco cinco mil pesetas.

—¿Cin... co mil pesetas? —repitió la señora Kauffmann mirando a Nicolás Rummel con ojos de haber oído un millón, mientras recordaba la cantidad que había pagado unos meses antes por el arbolito: doscientas pesetas.

—Bueno, bueno —suspiró Nicolás junto a un logrado gesto de resignación—. Yo mismo tengo la culpa de ser como soy. ¡Subo a seis mil!

—¡Cielo Santo! —exclamó la señora Kauffmann estupefacta—. ¿Pero qué dice usted?

El amante de los cipreses puso cara del que se rinde ante la tentación tras oponer una resistencia tan tenaz como inútil.

—¡Mi última palabra! —gritó—, ¡ocho mil!

La señora se quedó de una pieza. Sintió una repentina sequedad en la boca.

—¿Ocho mil pesetas por ese pequeño arbusto?

—¡Al contado! —confirmó Nicolás, cuyo rostro adoptó un ademán suplicante, como si a partir de aquel momento, su vida entera dependiera de la compra—. Hasta dentro de catorce días, más o menos, no podría llevarme el ciprés. Mi jardinero no estará antes de regreso, y con estas joyas uno debe proceder con sumo cuidado.

La vista de la señora Kauffmann se quedó prendida en el elegante pañuelo de bolsillo que lucía Nicolás Rummel. Miraba, mas no veía. Sus pensamientos, mientras, bullían y se agitaban convulsa y desordenadamente. «¿Era honrado vender a un desconocido por ocho mil pesetas algo que te ha costado doscientas? ¡No, de ninguna manera podía ser correcto! Pero, por otra parte, se acordó de lo que Egon Kauffmann, el director general, decía siempre de su aptitud para los negocios: “¡Eres más negada que un ratón con ictericia!”. ¡Ahora, por fin, era la suya! ¡Había llegado el momento

de demostrárselo, pero al revés!». Con la respiración contenida se limpió la mano derecha en el mandil y se la tendió a Nicolás Rummel.

—¡Bien, de acuerdo, trato hecho! —exclamó con un tono más alto, trémula la voz. Y pensó—: «A mi marido no le diré nada hasta después».

—Estupendo —Nicolás no cabía en sí de gozo—, así que ahora mismo le doy ocho mil pesetas y usted me certifica que he pagado y que el ciprés pasa en el acto a mi propiedad.

—De acuerdo. ¿Puedo rogarle que entremos en casa, señor Rummel...?

—¡Muy agradecido, señora! No me gustan las transacciones a cielo descubierto —dijo al tiempo que lanzaba a lo alto una rápida y agradecida mirada...

Egon Kauffmann fumaba un puro con desgana en medio del jardín. Mucho más a gusto lo hubiera hecho en el lujoso cuarto de estar, pero su mujer opinaba que de contaminar el medio ambiente mejor el de la calle.

Aunque se considerase un hombre tolerante y acomodaticio no podía por menos de reconocer que allí fuera el placer del cigarro se quedaba en la mitad. Privado, pues, de la auténtica deleitación placentera, no tardó un segundo en reaccionar al inesperado «¡hola!» que vibró en sus oídos.

Se volvió y vio a un joven alto vestido con traje príncipe de Gales marrón claro, que señalaba hacia él con pacífico ademán. El señor Kauffmann no supo contener la pregunta ociosa:

—¿Es a mí?

El buen mozo apuntó ahora a la puerta del jardín.

—Ahí pone Kauffmann. ¿Es usted el señor Kauffmann?

—El mismo —confirmó el director general—. ¿Qué se le ofrece?

—¿Me permitiría pasar a su jardín?

«Podría ser un funcionario», pensó el señor Kauffmann con simpatía. «O tal vez, un representante». El sentimiento de benevolencia se mudó en otro de enojo. «No era plato de gusto aguantar fuera de las horas de trabajo a un viajante parlanchín». No tenía más que blandir con altiva parsimonia su puro habano y decirle: ¡Váyase usted al diablo!, aunque sonaría un poco duro.

—¿De qué se trata?

Al otro lado de la verja el espigado joven agitaba los hombros, preso al parecer, de una emoción singular. La recta visual de sus atentos ojos dejaba a un lado la figura del señor Kauffmann, para enfocar algo situado más allá. El señor Kauffmann siguió la mirada... y ¿qué vio?: un arbolito. Otra vez —¡esta memoria!— había olvidado su nombre.

—No sé si me equivoco o no... Tendría que verlo más de cerca...

—¡Pase, pase usted sin miedo! —exclamó jovial el señor Kauffmann (de hecho, le había picado la curiosidad).

Cinco segundos y ya estaba el desconocido junto a él.

—Muchas gracias —dijo sin desviar la vista, ocupada en devorar aquella planta.

Al director general le entró de pronto la sensación de estar allí de sobra. Hasta que, a su lado, aquel extraño sujeto murmuró con nitidez:

—Realmente, es un cipe asiático auténtico.

—¿¿CI-PE?? —repitió Egon Kauffmann—. ¿Y eso qué es?

La cabeza del aplicado observador se incorporó rauda y dos grandes mangas príncipe de Gales agitaron violentas la atmósfera del paraje.

—¿Pretende usted decirme que no sabe qué es —el dedo índice taladró un agujero en el aire— esto? ¿Esto de aquí?

—¿Cualquier arbolito extraño, supongo? —replicó el señor Kauffmann un poco azorado. Que ahora no le venía el nombre ni a la de tres. Era cosa de su mujer, al fin y al cabo. El sólo sabía de fijo que lo trajeron de la Escuela de Arboricultura.

—Arbolito... —balbuceó el desconocido con tono de reproche como si hubiera oído una grosería—. Arbolito... ¡Señor!

—Kauffmann —dijo Kauffmann despistado, en la creencia de que el otro había olvidado su nombre.

—¡Mucho gusto! —respondió el joven e hizo una reverencia precipitada y leve—. Sebastián Schneider. Señor Kauffmann, ¿es usted dueño de uno de los pocos cipreses enanos asiáticos que existen y no lo sabe!?

—¡Ah!

—Tuvo que costarle una fortuna.

El señor Kauffmann sacudió la cabeza de derecha a izquierda. O ¿tal vez hubiese sido mejor moverla de arriba abajo?

—Bueno, fue mi mujer la que compró esa cosa hace dos años en una Escuela de Arboricultura corriente... Una fortuna no costó, seguro.

—¿Escuela de Arboricultura? —el desconocido llamado Schneider elevó incrédulo las cejas—. Incomprensible... Un tesoro así.

—¿Lo de enano quiere decir que no va a crecer más?

—En efecto. Este ciprés ha llegado ya al límite de su desarrollo. Ocurre siempre en cuanto alcanzan los noventa centímetros. Ahora lo importante es que sobreviva.

El señor Kauffmann sintió al tragar el sabor del cigarro.

—¿Sobreviva?

El señor Schneider, en cambio, puso cara de preocupación.

—Desgraciadamente, el ochenta por ciento de todos los CIPES cultivados al aire libre no superan los tres años.

—¿Qué le vamos a hacer?, entonces plantaremos un peral en su lugar.

—¡Señor K-K-Kauffmann!, pero cómo puede hablar así —el caballero del traje príncipe de Gales se indignó. Tomó luego al señor Kauffmann por el brazo y, contenido el aliento, le susurró al oído—: Por favor, véndame el ciprés.

Bien en contra de su costumbre Egon Kauffmann hubo de reírse.

—Para eso tiene que hablar con mi mujer. Pero ¿qué le ve usted a ese arbolucho contrahecho?

El «arbófilo» puso una cara seria.

—Yo jamás he abusado de la ignorancia ajena —replicó—. Le ofrezco a usted cincuenta mil pesetas.

Un espasmo sacudió el cuerpo del director general. Buscó ávidamente en el rostro de su interlocutor el despertar de una sonrisa oculta, el rastro jocosos de una ocurrencia burlona, cualquier indicio de que... Pero no; estaba serio, muy serio. Y tampoco estaba soñando, pues, en su turbación, acababa de dar con la mano izquierda en la punta del puro y el escozor no mentía.

—Podría subir hasta setenta mil pesetas, señor Kauffmann.

El funcionario del Estado puso cara de tonto. Pero el otro continuó vehemente.

—Tenga en cuenta el riesgo que supone para mí. Como le decía, sólo un veinte por ciento sobreviven al tercer año.

—Setenta mil —balbuceó el señor Kauffmann para el cuello de su camisa, y pensó: «Cuando lo cuente en el Ministerio no se lo van a creer». Contemplaba mientras, casi reverente el pequeño y achacoso ciprés, que nunca le había llamado la atención.

—¿No quiere hablar con su esposa, señor Kauffmann?

Oyó que decía aquel sujeto llamado Schneider.

Y, tras la voz, un diablillo se coló dentro del director general, quien, poseído, miró al señor Schneider, izó parsimonioso la ceja derecha y repitió, esta vez interrogante:

—¿Setenta mil?

—¡Mi última palabra ochenta mil!

—Ochenta mil... ¡De acuerdo! —Egon Kauffmann notó el balanceo de su propia cabeza al asentir, la sonrisa de sus mofletes y el movimiento de sus labios que decían —: Voy a buscar a mi mujer. Tenga la bondad de aguardar un momento, señor Schneider.

—No faltaba más, señor Kauffmann...

Agnes Kauffmann se afanaba en ordenar una pila de pañitos de cocina cuando su marido irrumpió en la habitación.

—¡Pero, Egon! —dijo en tono de reproche al verle el puro en la mano, bufido que el señor Kauffmann, como se comprenderá, ni oyó siquiera.

—Agnes —gritó—, ven, corre al jardín. El ciprés. Resulta que es un «asiático-retaco» y acabo de vendérselo a un chiflado por ochenta mil pesetas.

Con una docena de paños de cocina recién planchados en la mano la señora Kauffmann se tambaleó hacia atrás. Tuvo suerte en hallar una oportuna silla. Los labios perdieron su color.

—¿Qué es lo... qué has dicho... Egon? —tartajó blanca como la pared.

—¿Pero qué te pasa? ¡Alegra esa cara! —el director general trató de inducir entusiasmo a su mujer, pero al verla presa de tamaña consternación, le asaltó la sospecha de que algo ocurría.

—¿Qué ocurre Agnes? —interrogó en tono airado. No había cosa que más odiase que esos misterios. Pero ¿por qué temblaba?

—Agnes —repitió una vez más nervioso—, ¿me has entendido bien? ¡Por ochenta-mil pe-se-tas!

Sus brazos, y los paños de cocina, se desplomaron.

—El ciprés lo he vendido yo ya. Por ocho mil pesetas.

Ahora fue él quien se quedó de una pieza. Pasó dos minutos enteros allí, de pie, frente a su temblorosa mujer, sorbiendo el puro con histérico gesto... Reaccionó, al cabo, y corrió fuera de la casa.

Su temor de que el comprador, entretanto, hubiese tomado las de Villadiego era infundado. El traje de Gales seguía plantado allí, junto al ciprés asiático.

—Mi mujer le ruega que la disculpe, no se encuentra bien —mintió el director general con lastimera sonrisa y añadió rápido—: En principio, está de acuerdo con la venta, pero desearía veinticuatro horas para pensarlo un poco.

Egon Kauffmann advirtió frente a él dos manos tendidas.

—Me siento muy feliz, señor Kauffmann... Mañana no puedo venir, lo siento, pero ¿qué le parece pasado mañana a esta misma hora?

Kauffmann cogió con las suyas aquellas manos tendidas y las sacudió aliviado.

—Pasado mañana, por mí fantástico.

—Bien; traeré la suma convenida, ochenta mil... Herramientas para cavar tendrá usted aquí seguramente.

—¡Todo a su disposición!

Ciento ochenta segundos más tarde Agnes y Egon Kauffmann estaban de nuevo frente a frente. Ella compungida, él cavilando la venganza.

—¡No pongas esa cara Egon! ¿Cómo iba a saber yo que ese arbusto era tan valioso, si no lo sabían ni en la Escuela de Arboricultura?

—Pero él sí lo sabía, ese, ese Nicolás Rummel. Y se ha aprovechado de tu ignorancia descaradamente. En una palabra: ¡te ha timado! —el señor Kauffmann profirió una nerviosa carcajada y agitó los puños.

—Ahora ya es tarde —respondió Agnes que, por su parte, ya se había reconciliado interiormente con la realidad.

—¡Nunca es tarde! —tronó el hombre—. A ese señor..., señor Rummel, volveré a comprarle el árbol. ¡Vaya si lo haré!

—El no te lo querrá vender.

—Tú déjalo de mi cuenta. Después de todo de mi familia ha salido más de un negociante de primera —y añadió dándose en el pecho con un ampuloso ademán—.

¡Como me llamo Kauffmann^[1]! ¡Ocho mil pesetas...! ¡Conmigo no le valdrá!

Se abrió la puerta y el señor Kauffmann se encontró frente a un joven amable, de gesto acogedor, enfundado en un quimono japonés.

—Me llamo Kauffmann. ¿Es usted el señor Rummel?

—El mismo. ¿En qué le puedo servir? —Nicolás Rummel levantó la mano y quiso adivinar—: Si es usted de la Asociación de Apicultores en Crisis, ya he dado mi donativo.

—No, no... Yo sólo quería charlar un rato sobre un negocio que hizo usted con mi mujer. Se acordará, el ciprés.

Nicolás Rummel se dio un palmetazo en la frente y al punto todo él se derritió en cortés afabilidad:

—Naturalmente, naturalmente, señor director general. ¡Esta memoria! Pase, pase, por favor. Considérese en su casa.

El señor Kauffmann se quitó su elegante sombrero y entró. Nicolás Rummel le condujo hasta el cuarto de estar junto a un sillón aparentemente normal, pero que, en realidad, era una poltrona desfondada. Así que, apenas hubo el señor Kauffmann tomado contacto con la superficie del asiento, este le sorbió a sus profundidades.

Nicolás Rummel, ajeno a esta situación, siguió con su cabeceo acogedor y sus amabilidades:

—¡Oh!, bien, muy bien. Póngase usted cómodo.

Pero, luego, compadecido ante los inútiles esfuerzos del señor Kauffmann por encontrar una postura más decorosa, le tendió la mano y lo alzó.

—Prefiero ahí, en la silla —resolló el director general tratando de sonreír.

—¿Café, un refresco, coñac o güisqui? —preguntó Nicolás Rummel.

—No, nada, gracias —el señor Kauffmann llenó los pulmones de una aspiración rápida y profunda y fue derecho al grano—: He venido a cancelar la venta del ciprés.

Nicolás Rummel soltó el muelle de sus párpados y le miró con grandes ojos de asombro.

—¿*Cancelar* la venta? Pero, señor Kauffmann, yo he *pagado* ya.

—Le devuelvo las ocho mil pesetas.

—No, no, ni pensarlo —dijo Nicolás a la defensiva—. Estoy muy contento con que el arbolito sea mío.

El señor Kauffmann probó con una mirada de reproche o de amenaza, mejor. Su voz retumbó:

—Señor Rummel, usted ha negociado en base a un supuesto falso. ¡Usted no informó a mi desprevenida esposa que se trataba de un ciprés asiático retaco!

—Enano, señor Kauffmann, si me permite —saltó incisivo Nicolás.

—¡Lo que sea! —respondió incómodo el director general. Y continuó en mejor tono—: Mi mujer no cesa de llorar por su ciprés... Es algo que yo no puedo soportar.

Señor Rummel, ¿no tiene usted corazón?

—El negocio es el negocio —replicó Rummel.

—Pero es que no puedo ver cómo suspira mi esposa.

—¡Mire a otra parte!

—Por favor, no lo tome a broma, señor Rummel. ¿No siente usted lástima?

—Ninguna.

—Le devuelvo las ocho mil pesetas y, además, otro tanto en concepto de indemnización por la renuncia y las molestias; ¿de acuerdo?

Nicolás Rummel sacudió la cabeza malhumorado.

—Ya se lo he dicho: el negocio es el negocio. Y tengo un comprobante escrito de que ahora el ciprés asiático enano me pertenece.

—Sus ocho mil y diez mil más.

—¡No! ¡Usted me ha llamado timador!

—Yo no he hecho tal cosa —dijo el señor Kauffman con gesto ofendido.

—Sí. Me ha echado en cara que compré el ciprés bajo falsos supuestos.

—Bueno —el señor Kauffmann concedió—, me he expresado mal. Retiro lo dicho. Sus ocho mil y veinte mil más.

—Yo soy de piedra, no me conmueve usted.

—¡Pero no es posible!

—¡Sí que lo es!

—Sus ocho mil y otras treinta mil.

Nicolás Rummel se pellizcó la nariz con dos dedos y una vez taponados los orificios farfulló:

—No quiero oír ni una palabra más.

—Tenga compasión —gimió el espíritu comerciante de Kauffmann con la mente fija solamente en un número: ochenta mil.

—Sus ocho mil y treinta y cinco mil más.

Nicolás dejó libre la nariz, la frotó y se lamentó quejoso:

—Ha venido aquí sólo para amargarme la tarde. Debería darle vergüenza, señor director general.

—Sus ocho mil y cuarenta mil.

—¡Mi hermoso ciprés asiático!

—¡Cincuenta mil!

—No sé... —Nicolás dudó.

—¡¡Cincuenta mil!! —repitió el señor Kauffmann más alto. Más persuasivo. Estiraba el número y los tirantes de su pantalón.

—¡Uhm! —gruñó Rummel acercando el dedo a la nariz—. ¿Cincuenta mil?

—¡Cincuenta mil!

—¿Y mis ocho mil?

El señor Kauffmann asintió radiante y confirmó:

—Y sus ocho mil. He traído el dinero conmigo para liquidar este asunto en el

acto.

Nicolás Rummel dio un paseo por la habitación arrastrando los pies como un viudo desconsolado. Se detuvo frente al señor Kauffmann.

—¡Destroza un corazón amante de los cipreses! ¡Sólo lo hago por su mujer, la pobre! ¡Comprenda ahora mi pena!... En fin, son, pues, cincuenta y ocho mil pesetas.

El señor Kauffmann, director general en el Ministerio de la Protección de la Naturaleza, había traído consigo en la cartera un fajo de billetes. Su voz, al contar, tenía un timbre de victoria...

—Mil..., dos mil..., tres mil...

Diez de la mañana. Nicolás Rummel tendido en el sofá-cama apretó el auricular del teléfono contra la oreja. Había sonado dos veces. Y a la tercera...

—Sí, por favor, aquí Schneider.

—Soy yo, Sebastián... El negocio resultó. Ven a medio día a recoger tu parte. ¡Pero ven pronto!

—¿Por qué tanta prisa?

—Muy sencillo. Esta tarde me voy a pasar quince días a Sicilia... De descanso, ¿comprendes? —Nicolás puso cara de pícaro a su lejano interlocutor, mientras este comentaba con menor regocijo.

—Tú por ahí de juerga y yo no voy a poder dormir de remordimiento.

Nicolás rió abiertamente.

—A cambio vas a gozar con la cara que ponga el señor Kauffmann. Ja, ja... La avaricia... Y no sólo eso; además de ese placer, tendrás otro.

—¿Cuál?

—Tú vas a recibir una cosa que yo no podré recibir —Nicolás reía por lo bajo—. ¡Carta de Sicilia!

—Sí, lo mismo que la del Lago de Los Cuatro Cantones —se quejó Sebastián, pero Nicolás salió al paso.

—¡Alto! No tienes razón. Esa carta de Suiza la puedes recoger a mediodía cuando vengas a por la pasta. La acabo de encontrar en el bolsillo de mi albornoz.

—Eres un bribón. Niki, un pícaro redomado...

Egon Kauffmann acogió gozoso la llamada de Sebastián Schneider, aunque más que alegría sentía alivio.

—¡Ah es usted, señor Schneider! Ya tengo listas la azada y la pala... También he preparado un saco de plástico para la tierra...

En ese instante Sebastián se juró a sí mismo por lo más sagrado que no volvería nunca más a tomar parte en las turbias historias de Niki.

Hacia fuera, por el contrario, trataba de ordenar los músculos del rostro en

expresión compungida. Con voz trémula asestó al director general el golpe definitivo:

—Lo siento muchísimo, señor Kauffmann, pero entretanto me ha surgido un imprevisto. Ahora no podré adquirir su hermoso ciprés asiático enano, verdaderamente único...

La boca del señor Kauffmann comenzó a danzar como una carpa en un río seco. Antes de que pudiese emitir sonido alguno, continuó Sebastián el patético monólogo.

—Yo mismo estoy extraordinariamente contrariado por este impedimento. Pero ¿sabe usted?, mírelo por el lado bueno. Su mujer ya no tiene que afligirse pensando que le quitan el árbol. Hubiera sido un egoísta por mi parte el... Bueno, ya sabe lo que quiero decir... A pesar de todo ha sido un placer haber tenido la ocasión de conocerle... Y salude a su esposa de mi parte, aunque no la conozco... Y muchas gracias una vez más...

—¡Oh!... yo... la... el..., el señor Kauffmann balbuceó sonidos inconexos.

Sebastián movió la cabeza en ademán de asentimiento y concluyó:

—Ya sabía yo que le iba a dar una alegría... Bien, adiós, señor director general...

El día que desapareció el *Picasso*

TRES cosas de la —así llamada— buena sociedad de San Borromeo del Mar eran del dominio público:

—Tenía más dinero de lo que allí se podía gastar, tenía tiempo libre a montones, y tenía a Amadeo Feurvogel para cuidar de que los montones de tiempo libre no se volviesen montañas de aburrimiento.

Amadeo Feurvogel, elegido el año anterior «Míster Feo» de la buena sociedad, organizaba con gran soltura cualquier cosa: fiestas de disfraces, regatas de bañera, carreras de bicicletas (con ruedas, pero sin cadena), carreras de sacos, etc.

En el caso que nos ocupa —que luego sería registrado por la policía local con el número de expediente: S.B. 24/ MR 1212/77-1292 EAM/AI-BIV/77Xa— se trataba de un baile de disfraces muy especial.

Anfitriones: señor y señora Van Pippel.

Número de invitados: 15.

Disfraces preferentes: personajes de cuentos o cómics.

Lugar de la reunión: el Salón Verde de la villa de los Van Pippel.

Los anfitriones son:

Erlinda y Teo van Pippel

Erlinda (41 años) de princesa, Teo (51) de Tarzán.

Erlinda preside en San Borromeo un comité que se ha adjudicado la protección de la pureza de las aguas del mar. Además, se ejercita dos horas diarias en el arte de la flauta. El que a tal fin buscarse un sótano insonorizado había que achacarlo tanto a sus inmaduras baladas como a la sensibilidad musical de su esposo.

Erlinda sentía pasión por el pescado crudo, miedo de los escarabajos y vergüenza de un dedo pulgar tieso que se rompió al caer de una silla y no había querido recomponerse.

Teo van Pippel vivía de la exportación. Era dueño de tres fábricas de conservas de pescado, que expedían sus productos a todas partes. Teo y los suyos vivían despreocupados, gracias a los directores de las factorías, que entendían bien el negocio de la lata. Teo, en cambio, no tenía la menor idea de cómo funcionaba aquel tinglado. Él era el heredero, nada más.

Aunque, eso sí, un heredero simpático. Y nadie podía reprocharle que hubiese hecho fortuna con malas artes.



Otto Kunz (45 años).

Fue el primer invitado en llegar. A las veintiuna horas cero un minutos, exactamente.

Otto se había decidido por un disfraz de *Las mil y una noches*.

Decían las malas lenguas que Otto no engordaba porque, para sentirse bien, debía comer lo de seis. Y por seis sobreentendían media docena de tenias o solitarias.

Otto sufría sin tregua punzadas de hambre y no dejaba pasar ocasión de calmarlas. ¡Cómo comía! Pero estaba tan lejos de ser un sibarita refinado como un patinete de un *Rolls-Royce*.

Otto poseía una próspera agencia de viajes; tenía fama de apasionado jugador de ruleta y de conversador brillante.

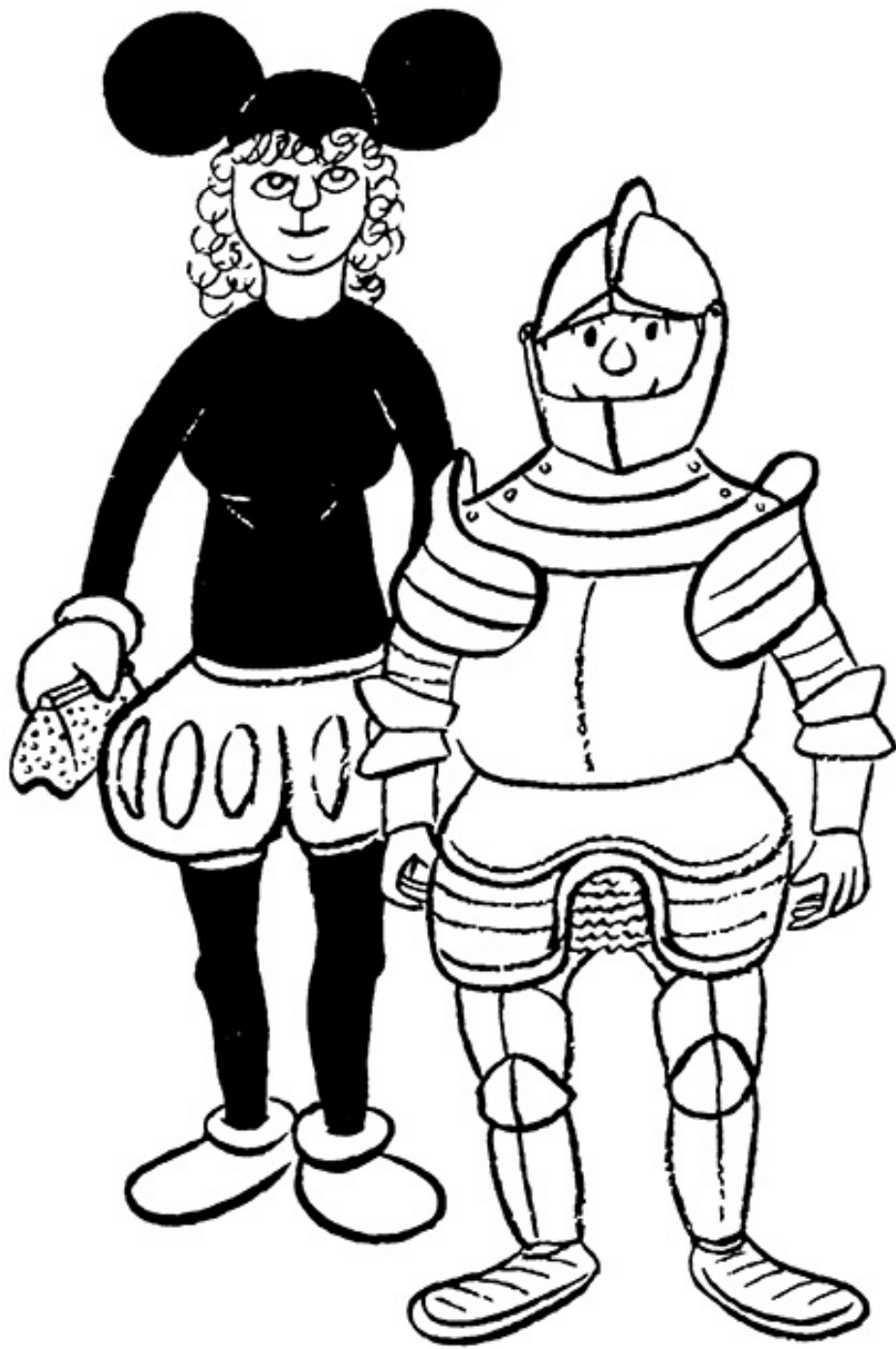


Los hermanos Clemente (35 años) y Matilde Buskow (29 años) llegaron a las veintiuna cero cinco. Él con su tarareo de costumbre, ella con su habitual mirada de perrillo melancólico.

Clemente, de caballero medieval, Matilde, de Mickey Mouse.

Clemente era un marchante de arte sin suerte. Compraba cosas que no debía y siempre se le ocurría vender a precios bajos obras que al poco tiempo subían de cotización.

Matilde dirigía una *boutique* de nombre regio: «Matilde la Grande». Y no exageraba lo más mínimo, pues sacaba a su hermano la cabeza.



Amadeo Feurvogel (30 años) llamó a la puerta de los Van Pippel segundos después que los hermanos Buskow.

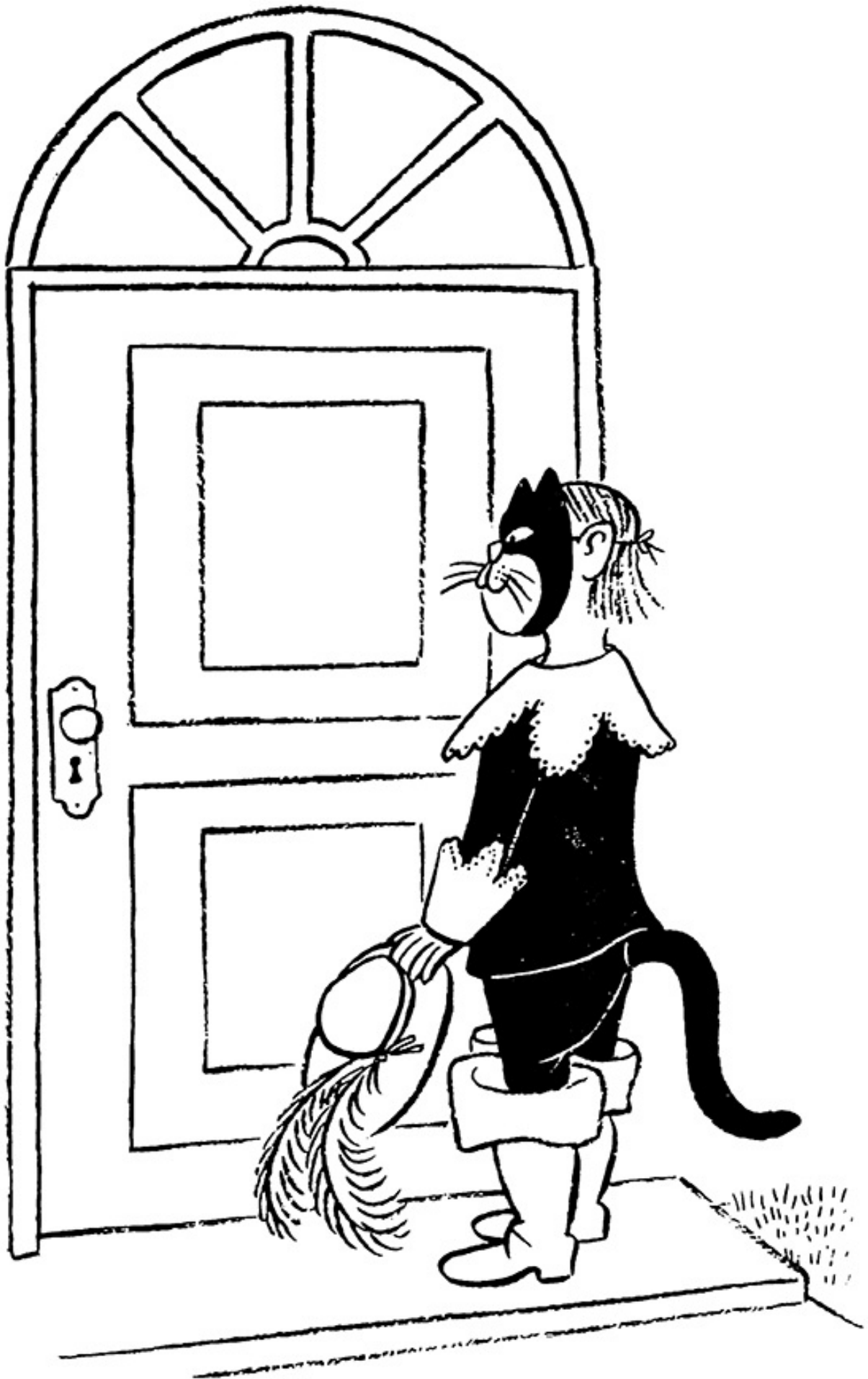
Ocultaba tras una máscara de gato su fealdad: sus enormes orejas, su aplastada nariz, sus diminutos ojos cabeza de alfiler. Aunque le hubiese pegado más una careta de ratón.

Pero Amadeo iba disfrazado de un personaje célebre.

¿Cuál?

Quien no lo hubiese adivinado ya por la cara, no tardaría en saberlo al ver sus piernas perdidas dentro de grandes botas de montar.

«Míster Feo» era el Gato con Botas.



Bajo el disfraz de Caperucita Roja se escondía Luise Waschlatz, la «viuda alegre» de San Borromeo.

El capital de Luise procedía de la herencia de su difunto esposo, que fue un afortunado corredor de bolsa internacional hasta el día en que, con la moto y un exceso de alcohol en la sangre, intentó cruzar el Atlántico.



Estos son Charly Schaffnatzky, padre (58 años), y Moritz Schaffnatzky, hijo (31 años).

Se presentaron a las veintiuna once vestidos de Guillermo Tell e hijo.

Los Schaffnatzky eran propietarios de una joyería situada al lado del Ayuntamiento.

Charly, el padre, desenvolvía los negocios y envolvía a los clientes, mientras el hijo quedaba postergado. Moritz padecía un defecto de dicción por lo que tartamudeaba. Por mucho que se empeñase sólo podía hablar a trompicones.

De un tirón no conseguía articular más que «Ooooh» y «Aaaah». Por esta razón en San Borromeo todos le llamaban *el Oha*.



Melanie Moos (38 años), comerciante de obras de arte por cuenta propia, era la mujer más bella de la reunión.

Hermosa. Inteligente. Soltera. Hacía años que Otto Kunz-Schmittchen trataba — sin éxito— de modificar esta última circunstancia.

Lo suyo no fue una llegada, sino una aparición.

Con un espejo en la mano y el atuendo de la «Reina más Hermosa» pregonaba que «no había otra como ella en todo el país».

Los señores hacían venias de aprobación, las señoras lanzaban con disimulo sonrisitas de limón.



Con su bicicleta y sólo dos minutos después, siguiendo el rastro —dijéramos— del perfume de Melanie, llegó el gigante Richard Keiffel a «engrosar» la concurrencia disfrazado del personaje más original y famoso de la literatura infantil alemana: *Pedro el despeluzado*, del Dr. H. Hoffmann.

¿Cómo pretendería agarrar los deliciosos canapés del *buffet* frío con esas tremendas uñas?

De sus enormes greñas hubieran podido hacerse tres de tamaño natural.



A las veintiuna hora quince minutos se presentó en la villa de los anfitriones toda la familia Bolle.

Eduardo (46 años), de Asterix, su mujer Kiki (42 años), de la viuda Bolte y los gemelos (20 años), Doris e Iris, de Max y Moritz, los famosos personajes de la literatura infantil.

Eduardo Bolle era dueño de la mayor empresa de alquiler de embarcaciones que existía en toda la costa occidental.

Él se consideraba a sí mismo un inventor genial y no podía comprender que alguien se riese de sus creaciones. De su «Máquina de huevos», por ejemplo: un aparato que además de cocer un huevo, lo pelaba, echaba la sal y lo cortaba en rodajas. O de su «Paraguas luminoso», que recogía el agua en su parte superior y hacía que cayese por él hasta la central para mover una dinamo y dar luz a las bombillas que orlaban su circunferencia.

Además, Eduardo había inventado, entre otras cosas, calzones eléctricos para montañeros y un lápiz de labios que también podían usar las sirenas.



Cuando Heike (26 años) y Tim (29 años). Dalander saltaron de su brioso deportivo eran —en punto— las veintiuna veintiún minutos.

Heike llevaba un vestido sencillo y un delantal, calcetines y zapatos de un pie varios números mayor que el suyo.

Tim iba con unos pantalones cortos de cuero, una camisa de colores y calcetines hasta la rodilla. En conjunto, la mala caricatura de un vaquero de la Alta Baviera.

Ambos se asombraron de que no se les reconociese enseguida como Hánsel y Gretel.

El matrimonio Dalander tenía en San Borromeo una academia de danza, frecuentada principalmente por turistas de larga temporada. Población pasiva pudiente (P.P.P.), por ejemplo, o parados con posibles (P.C.P.) que aprovechaban la mala coyuntura laboral para estirar sus vacaciones.

Heike no era, lo que se dice, una reina de la belleza. Lo más feo eran sus brazos, largos, largos. Por eso Tim, a veces, la llamaba con cariño mi «chimpancita».

La cabeza de Tim, que estaba casi calva por el cruel abandono de sus ingratos cabellos, lucía ahora un magnífico tupé.

¡La fiesta podía comenzar!



Y la fiesta comenzó con una ronda de champán rosado. A continuación, una hora de baile y quien tuviese hambre podía encontrar alivio junto al bufé frío.

A las once en punto «Míster Feo» lanzó el primer juego. El vencedor recibiría cien ostras de premio; el perdedor las pagaría. Era un juego tonto: tirar huevos crudos a una red.

Ganó Moritz y le entró hipo de la emoción. Y cuando, como ganador, bailó con la dama de la casa, le propinó tantos pisotones que esta decidió vengarse. A Moritz se le llenaron los ojos de lágrimas cuando la señora le hundió su afilado tacón en un pie.

—¡Ooooooh! —clamó, y miró a Erlinda con ojos de querer convertirla en un ciempiés.

¡Un cuarto de hora después de la media noche estalló la bomba!

Teo van Pippel patinaba un tango abrazado a la gemela Max cuando su mirada se fijó en la pared que daba al comedor. A mitad de un giro Teo paró los pies y abrió los ojos de espanto. Luego gritó:

—¡El pequeño Picasso ha desaparecido!

Con un dedo estirado señalaba el diáfano rectángulo de pared donde había estado el Picasso hasta minutos antes.







Las tres páginas anteriores muestran el Salón Verde, la salita del bufé y el balcón del Salón Verde. Las tres ilustraciones recogen el instante en que se descubrió el robo. Excepto el ladrón, huido y que en ese momento trataba de poner el botín a buen recaudo, puede verse a todos los invitados.

¿Quién es el ladrón?

(La respuesta correcta puede verse en esta frase).

Tertulia carcelaria

OTTO.—¡Eh!, mira Bruno, crece la familia.

Hansi.—(*Apocado*). Buenos días. Yo soy nuevo aquí. Tengo que compartir su celda tres días.

Otto.—¿Oyes tú, Bruno? Es un tipo educado.

Bruno.—(*Comedido*). ¿Ha dicho algo de compartir?

Otto.—Sí. Quiere compartir la celda con nosotros...

Hansi.—(*Carraspea*). Permítanme que rectifique, señores. Yo no he dicho que quiero, sino que tengo.

Otto.—Y, puntilloso el tío, ¿eh? Bruno... Y me ha llamado señor.

BRUNO.—¿A mí también?

Otto.—A ti también.

Bruno.—Entonces nosotros debemos corresponder con educación. Di al tipo que se siente para que le podamos husmear mejor.

Hansi.—Señores, con su permiso, me presento, Hans Georg Schütze... (*Con afectada modestia*). Los amigos me llaman Hansi.

Otto.—(*Seco*). ¡Siéntate!

Hansi.—¿Cómo?

OTTO.—¡¡Que te sientes!!

Hansi.—(*Intenta protestar*). Pero ¿qué dice usted? ¿Cómo se permite tutearme?

Otto.—(*Colérico*). ¡¡¡A sentarse!!!

Hansi.—(*Se sienta*). Yo no estoy acostumbrado a esto, señores. Yo...

Otto.—¡¡¡Cierra el pico!!! ¡Tú habla sólo cuando te pregunten!

Bruno.—(*Apático*). Él se ha presentado, Otto, preséntanos tú a nosotros.

Otto.—Como quieras. Este es el Bruno y yo Otto.

Bruno.—Pregunta al tipo por qué está aquí.

Otto.—¡Tipo!, ¿por qué estás aquí?

Hansi.—(*Amilanado*). Yo, yo..., yo soy inocente. Lo mío es, digamos, un error judicial, pero pronto se aclarará todo... Yo soy, es decir, era administrador y cajero de Mückemann y Cía., venta de madera al por mayor. Alguien metió en el bolsillo de mi chaqueta un dinero. Justo el que faltaba en la caja... ¡Eso es todo!

Otto.—Ya has oído, Bruno. El pollo ha mangado pasta... (*Gesticula*). Alargó la mano y sin el menor esfuerzo...

Bruno.—¡Fiuu!

Hansi.—Pero. Soy inocente, de verdad. Fue todo una artimaña infame. Estoy seguro de que la señora de la limpieza quiso jugarme una mala pasada.

Otto.—¡Habla sólo cuando te pregunten! Creo, Bruno, que este tipejo tiene mala memoria.

Bruno.—Explícale el reglamento de la celda, Otto.

Otto.—¡De pie, tío! (*Hansi se levanta*). ¡De culo! (*Hansi se sienta*). ¡De pie! (*Hansi se levanta*).

Hansi.—(*Tragando*). Pero esto, ¿por qué?

Otto.—¡De culo! (*Hansi se sienta*). Es para que te vayas haciendo a la voz de mando. Aquí Bruno es el jefe y yo su representante, ¿entendido?

Hansi.—¡Como usted diga!

Otto.—Lo que Bruno dice, se hace, ¿de acuerdo?

Hansi.—(*Molesto*). Bueno...

Otto.—Y ahora yo te voy a contar lo que dice Bruno.

Bruno.—Pero cuéntaselo a nuestro amigo con cortesía.

Otto.—Bien. Bruno dice que tú nos harás la cama. Y que todos los días, a las cinco, barrerás la celda. Te encargarás, también, de fregar los platos...

Hansi.—(*Protesta*). ¡Por favor señores! Yo no soy su esclavo.

Bruno.—(*Dando un puñetazo a la mesa*). ¡Nosotros somos un personal limpio y ordenado!

Hansi.—Pero yo, yo... no tengo nada contra la limpieza, sólo que...

Otto.—¡Ah!, es que no se contenta con fregar, Bruno. Quiere algo más...

Bruno.—¡Uhhh! Bueno, pero a modo de excepción.

Hansi.—(*Inquieto*). ¿Excepción? ¿Qué quiere decir con eso?

Otto.—Bruno consiente en que tú, a modo de excepción, nos leas el periódico y que cada viernes nos arregles las uñas de los pies.

Hansi.—¡Me... me quejaré!

Otto.—(*Bajo*). Quiere quejarse, Bruno.

Bruno.—(*Lo mismo*). ¡Mira, pequeño, nosotros somos la amabilidad personificada, pero si te pones borde te vamos a estrujar hasta que bailes la raspa en una lata de conservas!

Otto.—Bruno es un toro. ¡Entérate, pequeño!

Hansi.—(*Tembloroso*). Yo no he dicho nada.

Otto.—(*Sorprendido*). ¿Has oído, Bruno? Dice que no ha dicho nada. Y no para, el tío...

Hansi.—Yo pienso —somos—, yo opino, sí, que los tres nos necesitamos mutuamente... (*Risa fría*). Ja-ja-ja. Son ustedes unos bromistas... (*Silencio*).

Otto.—(*Suave*). Pequeño, pequeño, ¿qué es eso de llamarnos bromistas?

Hansi.—No. Se me ha escapado... Tal vez, si me permiten, ¿puedo preguntar por qué están ustedes aquí?

Otto.—¿Oyes, Bruno?, siente curiosidad.

Bruno.—Juzgo que está en su derecho. Si consentimos que limpie para nosotros y nos lea el periódico, también se le consiente que sea curioso.

Otto.—Quieres saber por qué estamos aquí...

Hansi.—Bueno, pienso que ello contribuiría a mejorar la comprensión mutua.

Pudiera ser que también lo suyo sea una equivocación judicial, ¿no?

(Otto y Bruno *empiezan a reír, primero bajo, después fuerte y resueltamente; las carcajadas se interrumpen de golpe*).

Hansi.—(*Intranquilo, molesto*). Me da gusto verles así de alegres... Sí, de verdad...

Otto.—(*Orgullosa*). Yo estoy aquí por reventar una caja fuerte, pequeño.

Hansi.—¡Oh!, una caja fuerte. ¿De un banco?

Otto.—No, de una empresa de construcción. Adivina lo que había dentro.

Hansi.—¿Millones?

Otto.—(*Airado*). Millones, millones... ¡Una moneda de cien pesetas! Y tres gomas de borrar.

Hansi.—(*Sorprendido*). ¿Y por cien pesetas atraca usted una caja fuerte?

Otto.—Me dijeron que había dentro miles. Tardé cinco horas en cortar la chapa y... ¡cien pesetas! Eso da rabia, ¿no, pequeño? ¿Puedes hacerte una idea?

Hansi.—Puedo...

Otto.—(*Le interrumpe*). ¡Qué vas a poder tú! Me lié con la oficina y la hice trizas. El cacho más grande era así (*eleva el meñique*). Llegaba el ruido hasta la comisaría.

Hansi.—¡Claro!, eso fue un fallo.

Otto.—Eso fue rabia, pequeño. ¡Rabia pura!

Hansi.—Comprendo... Su compañero Bruno... ¿estaba también allí?

Otto.—(*Indignado*). ¿Escuchas, Bruno? ¡Te ha tomado por un revienta-cajas!

Bruno.—En castigo me dará su cena esta noche. ¡Díselo!

Otto.—¿Has oído, pequeño? Mala suerte... Hoy toca pescado.

Hansi.—¡Ah!

Otto.—¡Ah!, ¿qué?

Hansi.—(*Picaro*). Que el pescado no es mi debilidad, precisamente.

Bruno.—Cuéntaselo, Otto.

Otto.—(*Solemne*). Has de saber que Bruno es de otra categoría... (*Gesto de seccionar el cuello/chasquido de lengua*).

Hansi.—(*Se alza horrorizado*). ¿Un asesino? ¿Es él un asesino? Voy ahora mismo a pedir socorro...

Bruno.—(*Puñetazo en la mesa*). ¡¡Sentarse!!

Otto.—(*Apacible*). Me da, pequeño, en serio, que te falta algún tornillo... Bruno ha degollado... ¡dos cerdos!

Hansi.—(*Aliviado*). ¡Ah!, bueno... Yo ya había pensado... (*Cara de desconcierto*). ¿Y por eso le han metido aquí? Matar cerdos no es delito...

Otto.—Si hubieran sido suyos nadie le hubiera dicho nada...

Hansi.—¡Ah! ¡Claro!, no eran suyos, entonces...

Otto.—No. Eran casualmente del señor alcalde.

Hansi.—¡Ah! (*Ríe*). Ahora entiendo. El señor alcalde no sabía nada de la matanza, ¿eh?

Otto.—¿De qué te ríes, pequeño?

Hansi.—(*Asustado*). Yo... yo... yo es que me he imaginado la cara del alcalde.

Otto.—Bruno, por así decirlo, mata al por mayor. Diez vacas y cinco cerdos a la semana, por lo menos.

Hansi.—¡Ajá! Y ¿ninguno es de su propiedad?

Otto.—No, naturalmente. Si no, ¿qué haría aquí?

Bruno.—Otto, pregúntale si sabe cantar.

Otto.—¿Sabes cantar, pequeño?

Hansi.—Cantar, ¿qué? ¿Cantar, cantar?

Otto.—Sí, cantar: do-re-mi-fa-sol..., etc.

Hansi.—Yo, como mucho, esa de «Pasimisí, pasimisá, por la puerta de Alcalá...».
¿Por qué lo preguntan?

Otto.—¿Se lo digo, Bruno?

Bruno.—¡Díselo!

Otto.—Tú cantarás mientras nosotros serramos.

Hansi.—¿¿Sierran??

Otto.—Sí, serramos los barrotes.

Hansi.—(*Atemorizado*). ¡Oh!, ¡¿quieren fugarse?!

Otto.—(*Hace burla*). «¡Oh!, ¡¿quieren fugarse?!».

Naturalmente que queremos. O crees tú que vamos a esperar aquí a que nos llegue la barba al suelo. El miércoles, como muy tarde, nos damos el piro. Ya han caído tres rejas.

Bruno.—(*Ampuloso*). Me viene una idea, Otto.

Otto.—Has oído, pequeño. Bruno tiene una idea.

Bruno.—Nosotros cantaremos y el pequeño se hará cargo de los cuatro barrotes que faltan.

Hansi.—(*Protesta con viveza*). Yo no he serrado en mi vida. No, yo no colaboro...

Bruno.—(*Con voz grave*). Otto, trae el cuchillo grande.

Hansi.—(*Fulminante*). ¡Alto!, no..., yo quería decir... un barrote podía probar, pero más...

Otto.—(*En son de amenaza*). Pequeño, pequeño...

Hansi.—Bueno... Dos, tal vez. Dos y no más. Resuelto. Además, yo sierro muy mal. En mi casa, en el jardín, tengo un tronco de abedul que lo estoy serrando desde hace dos años y voy por la mitad, todavía.

Otto.—(*Desconfiado*). No sé yo, Bruno...; este es un cara o no da más de sí.

BRUNO.—(*Acusador*). No sabe cantar, ni serrar. No le gusta el pescado...

Otto.—Da que pensar, ¿verdad?

Bruno.—Sí, mucho que pensar; que a los jueces no les da vergüenza meter en la trena algo así.

Hansi.—(*Se levanta*). ¿Saben qué?, señores, voy a llamar al vigilante... Mejor que me mande ahora mismo a otra celda. Así están ustedes tranquilos y no tienen que

enojarse por mi culpa. Quizá tenga un carterista auténtico para ustedes.



G. Peri

Otto.—¿Oyes? Bruno el pequeño quiere abandonarnos. ¿Vamos a dejar que se vaya?

Bruno.—(*Lánguido*). ¡Que se largue! Su cara no me ha gustado desde el principio.

Otto.—¿Y qué decimos al vigilante? Ya sabes que hoy está de guardia Alois, el guapito.

Bruno.—Al guapito le diremos... ¿qué le decimos? ¡Ah!, naturalmente, bien sencillo. Le diremos que el pequeño ha serrado tres barrotes y que nosotros nos oponemos a la fuga.

Otto.—(*Regocijado*). ¡Es genial! ¡Vamos, pequeño, toca el timbre!

Hansi.—(*Se dirige a la silla, cae de golpe sobre ella y suspira*). En este caso, es mejor serrar...

Otto.—¡Bravo!, pequeño, ¡bravo! En agradecimiento, esta noche puedes comerte tu pescado y ¡también el nuestro!

El detective Balduino Piff y el «lanzahuevos»

¡DIABLO! No había cosa que más le importunase a nuestro pequeño detective que alguien llamara a la puerta cuando estaba cocinando.

Sonó el timbre.

«Grrrrr», gruñó *Pincel*, que sabía cuándo su amo no quería ser molestado.

—¿Has oído, *Pincel*?, llaman a la puerta —dijo Balduino al diminuto cuadrúpedo que yacía a sus pies.

Pincel trataba inútilmente de apartar sus redondos ojos de una tentación inaccesible, allá en el rincón posterior de la mesa: salchichas de Viena.

El pequeño detective distendió los mofletes, expresión cierta de un ligero enojo, pasó las manos por el delantal y marchó hacia la puerta (un-dos-un-dos), retumbando el paso.

Sonó el timbre por segunda vez.

¡Qué tío impaciente, caray —protestó Balduino y corroboró *Pincel* con dos fuertes «guau-guau».

No era ningún tío impaciente, sino una delicada señora de pelo blanco.

Balduino Piff la miró impaciente.

—Soy la señora Albrecht. Hemos hablado antes por teléfono... —se quedó cortada un instante y, luego, añadió—: Es decir, si es usted el señor Piff.

—Je, je, je —rió el detective señalando su mandil de cocina—. Sí, yo soy, aunque ahora no lo parezca. Y tengo que confesar que me había olvidado completamente de usted.

—Ooooooh! —la señora Albrecht se mostró asombrada.

—Pase, por favor —rogó Balduino apoyado en el gesto de acogida que trazó con un brazo—. Espero que no tendrá inconveniente en que la reciba en la cocina en vez de en el despacho. Estoy ahora mismo con la comida...

—Admiro a los hombres que saben cocinar —asintió la señora.

—Entonces a mí me admirará mucho, je, je, pues yo cocino muy bien —se dio unas palmadas en la tersa esfera de su panza. Y, como puede ver, me sienta bien.

La señora se sentó en una silla de la cocina. Dedicó al mimoso *Pincel* unas caricias y, al cabo, alzó la cabeza indagando con la nariz:

—Olía a gloria ya al entrar en el jardín. ¿Qué está haciendo?

—¿Ha oído hablar alguna vez de «La Suerte del Cochero»? —preguntó Balduino sin dejar de picar perejil con el tajo de la carne.

—¿«La Suerte del Cochero»? —la señora Albrecht sacudió sus blancos ricitos—. Hasta ahora, no.

—Bien —explicó Balduino— hay otros especialistas que le llaman «patatas cocidas», pero yo prefiero el nombre original, de cuando se inventó...

—¿Podría darme la receta?

—¡Uhm! —Balduino alzó un momento la vista—. Digámoslo de otro modo: yo la iniciaré a usted en los secretos de «La Suerte del Cochero», pero después, cuando el caso esté resuelto.

—¡De acuerdo!

—Ahora descargue ya sus preocupaciones. ¿Le molesta si corto la carne mientras tanto?

—¡No, por Dios! Corte, corte...

Con Balduino Piff ocupado en cortar el magro de vaca para el puchero, la señora Albrecht comenzó su exposición:

—Tengo que reconocer que lo he pensado mucho antes de venir. Dudaba si sería mejor ir a la policía, a un detective privado, o no hacer nada en absoluto.

Un leve suspiro.

—Usted sabe. Cuando uno está solo y no tiene a nadie que le aconseje, no resulta fácil acertar...

Pincel alzó el morro y estornudó ruidoso y sin miramiento en medio del discurso de la señora Albrecht. ¡Por el Gran Can!, ¡otra vez aromas tentadores en densas oleadas ante su olfato! Le crecía el agua bajo la lengua hasta rebosar... Como nadie le hacía caso, empujó con la nariz la pantorrilla que colgaba entre las patas de la silla. Nada. Su dueña ni se enteraba. Seguía hablando y hablando, como si sólo ella tuviera problemas... ¡Uhmhhh!, ¡qué olor...!

—Desde hace tres días, señor Piff, alguien me tira huevos rellenos al balcón.

Balduino Piff elevó la cabeza, la sacudió a los lados y dijo enfadado:

—¡Cielos!, ¡qué despilfarro! Rellenos ¿de qué?



—De tinta roja. Tengo el balcón que parece un matadero.

—Fiuuu... —musitó el detective, y...—. ¡Auuuu! —gritó de pronto. La carne quemaba como un demonio.

—He visto muchas cosas en mi vida, pero el que a uno le tiren huevos de tinta al balcón, es algo del todo nuevo. ¿Sospecha de alguien, señora Albrecht?

Ella se encogió de hombros.

—Puedo parecer ingenua, pero me cuesta creer que alguien pueda hacer una cosa así. Naturalmente, sí, he pensado quién podría estar detrás de ellos, más ¿de quién voy a sospechar si solamente pueden ser los Korbman o los Heller? Unos viven a la izquierda de mi casa, y los otros a la derecha —otro tirón de hombros, este de lamentación, y añadió en voz baja—: Ninguna de las dos familias me hablan.

—¡Caramba!, ¿y eso por qué?

—Desde que pregunté al señor Korbman si no podría, quizá, tocar la trompeta en otra habitación, ni me mira siquiera. No hice más que preguntarle amablemente. Y es bien desagradable que una quiera dormir y al lado esté una trompeta dale que dale, como si no viviese nadie más en la casa.

—Pero si lo hace dentro de las horas permitidas... —objetó Balduino Piff pensando en su armónica. Aunque, bien mirado, no es lo mismo una armónica que una trompeta.

—Naturalmente que lo hace a horas permitidas, pero de qué me sirve a mí cuando tengo turno de noche y tengo que dormir durante el día. Trabajo de enfermera en un hospital.

Balduino Piff fue pescando una a una las zanahorias que había en el puchero y vertió en su lugar los trocitos de carne. Comenzó a dividir las mantecosas zanahorias en finas rodajas y preguntó:

—¿Y de qué vive el trompetista?

—Se ha jubilado por enfermedad y está todo el día en casa. Aunque le diré una cosa: desde que le dieron la pensión no ha vuelto a caer malo. Y pertenece a la agrupación musical «Opus 1». Si no tocase la trompeta tan, tan fuerte...

—Y ¿qué pasa con los otros?

—Bueno. Nunca podía haberme imaginado que los Heller fuesen a portarse así. Hace dos semanas bajaron al sótano un armario que les estorbaba en casa y lo fueron a colocar delante de la ventana, de modo que la taparon entera. Es una ventana corriente, que da luz a su trastero y al mío. Así que rogué al señor Heller que corriese el armario...

—¡Listo! —exclamó Balduino Piff. Echó las rodajas de zanahoria y todo el perejil en el hirviente puchero y al punto lo retiró de la placa—. Je, je, je —rió. Hizo luego un guiño a la señora Albrecht y continuó—: Pidió al señor Heller que retirase el armario de la ventana y él contestó que no. Entonces acudió usted al propietario o al administrador de la casa y estos le dijeron al señor Heller: «Señor Heller tiene que quitar el armario de la ventana para que la señora Albrecht no se quede a dos velas».

El señor Heller colocó el armario en otro sitio y desde ese momento no le han dirigido a usted ni media palabra. ¿Acierto?

La pequeña señora se quedó muda con los ojos fijos en Balduino Piff. Ojos de asombro, pero también de desconfianza e incredulidad.

—¿Por qué lo sabe usted? —acertó al fin a pronunciar.

Balduino Piff se quitó el delantal, lo ocultó en el armario y, sonriente, se dio unos golpecitos en el pecho:

—¿Ha olvidado que el cocinero era un detective? ¿Qué digo?, ¡un maestro de detectives!

—Pero... a pesar de todo, eso no lo puede saber.

—Saber no, pero sí suponer un cincuenta por ciento y deducir otro tanto.

La cliente sacudió la cabeza.

—Es imposible —decía en voz baja.

Y como el detective parecía haber terminado con el guiso, ella también se incorporó.

—¿Cree que podrá ayudarme, señor Piff?

Balduino Piff miró hacia abajo, donde ahora asomaba *Pincel*.

—¿Qué opinas tú, *Pincel*, podemos ayudar a la señora Albrecht?

—Guau-Guau —replicó *Pincel* con la vista torcida hacia las salchichas, que seguían allí.

—Dice que sí. Y ¿qué piensa hacer cuando sepa quién ha convertido su balcón en un matadero?

—Eso tengo que pensarlo despacio...

—Bien —Balduino Piff restalló unas palmadas—, ahora le invito a un plato de «La Suerte del Cochero», luego vuelva a casa y esta tarde haré una visita a sus simpáticos vecinos.

El señor Korbman parecía más el delantero centro de un equipo de viejas glorias, que un jubilado trompetista. Daba la impresión de poseer energía sobrante a montones, pues por el modo de abrir la puerta, uno diría que trataba de hacer pasar a las visitas por succión.

Balduino Piff llevó cortés la mano al sombrero y dijo sonriente:

—Me llamo Piff, con dos efes. ¿Tengo el placer de tener enfrente al honorable señor Korbman?

El trompetista no debía de estar de tan buen humor en ese momento. Hosco y desabrido preguntó a su vez:

—Es usted de la Compañía de Revistas, ¿no? ¿Cómo tiene valor para venir a dármele otra vez?

Balduino Piff cruzó un dedo en los labios e hizo:

—¡¡Psst!!

El señor Korbman bajó inconscientemente el volumen.

—¿Qué pasa?

—Lo mío no cuesta ni cinco.

—¡Ah!

—¡Un secreto!

—Qué gracioso. Me voy a morir de risa.

—Gracioso para usted y para mí, pero a la señora Albrecht no le hace ni pizca de gracia.

Una arruga se infló entre las cejas del trompetista.

—¿Qué tiene que ver la señora Albrecht con su secreto?

—¡Todo! Ella trata de averiguar quién tira huevos llenos de tinta a su balcón.

Los ojos de Korbman relampaguearon de ira:

—Y a usted, ¿qué le va en eso?

—Ella no sabía qué hacer y me ha encargado que desentrañe el misterio. Por eso estoy aquí, para preguntarle a usted si, por casualidad, sabe algo.

—Por mí quédese ahí hasta que desgaste las suelas. Yo no me trato con la señora Albrecht. ¿A santo de qué iba a tirar huevos a su balcón? Además, en mi casa no hay tinta roja. ¡Ni que fuese un maestro de escuela!

La puerta se cerró violentamente. Motas de yeso brincaron por doquier.

—¡Vaya con el trompetista! —murmuró Balduino Piff.

El pequeño detective se topó ahora con unos ojos de niño que le observaron con curiosidad. Pero antes de que pudiese preguntar si había en la casa alguien de mayor estatura, la cara del niño se perdió tras dos perneras gris marengo. La vista de Balduino Piff comenzó a escalar y escalar. El señor Heller medía cuatro metros, por lo menos... bueno, quizá no tanto, pero dos metros, desde luego.

—¿Siii? —preguntó una voz desde la cúspide.

Para dar un gancho a este necesito la escalera —pensó Balduino y preguntó—: ¿El señor Heller?

—Sí. ¿Qué se le ofrece?

—Me llamo Piff, soy detective y estoy investigando el lanzamiento de huevos al balcón de la señora Albrecht.

—¡Ooooooh!... —el señor Heller se inclinó y torció un poco la cabeza hacia un lado como si hubiese oído mal—. ¿Lanzamiento de huevos? ¿Qué huevos?

—Un mala sombra arroja a su balcón huevos llenos de tinta.

El gigante observó al pequeño detective con estupor, como si hubiese oído al enanito de los sueños.

—Eso será una broma, señor...

—Piff.

—Llámelo como quiera. Una broma de muy mal gusto.

—¿Qué es una broma, papá? —pio una boquita desde dentro.

Balduino Piff sacudió la cabeza con cordialidad, pero también con firmeza.

—No. La cosa no puede ser más seria. Y como por cálculo de balística la base de lanzamiento sólo puede encontrarse en la casa de los vecinos de derecha e izquierda, he venido a hacerles unas amables preguntas, je, je, je.

El grandón parecía asustado de verdad.

—Por el amor de Dios, usted cree..., quiero decir, cree la señora Albrecht que nosotros... —el señor Heller se tragó el resto de la frase, hizo un largo gesto de invitación con la mano y añadió en tono muy serio—: Pase, por favor, señor Piff. Si encuentra en la casa una sola gota de tinta roja yo me llamo... ¡qué sé yo!

—Yo conocí en cierta ocasión un tal Baltasar Queseyó, y sabía mucho —rió Balduino.

Y no registró la casa de los Heller, por descontado, pues carecía de la autorización judicial necesaria, pero hizo siete preguntas, tres de las cuales afectaban directamente al señor Korbman.

La señora Albrecht aguardaba nerviosa a Balduino Piff. La emoción había pintado de rojo sus mejillas. Con la voz empañada preguntó:

—¿Ha tenido éxito?

—¿Es que lo duda, acaso? —respondió el detective en tono de reproche.

—Ts-ts-ts-ts... —añadió al tiempo que señalaba con el dedo gordo por encima del hombro derecho—: ¡Ha sido ese!

La señora Albrecht tragó saliva:

—¿Ese? ¿De verdad?

—¡Sí, ese, ese! —Balduino hizo un guiño—. Y, ahora, si me trae la leche fría que me había prometido, se lo agradeceré en el alma...

¿Quién era el lanzahuevos, el señor Korbman o el señor Heller?

(La respuesta correcta puede verse en esta frase).

El tesoro enterrado

CUANDO ocurrió el hecho en cuestión, Jochen Zim pel tenía veintiún años, siete meses, dos semanas, un día y nueve horas. Jochen había intentado dedicarse al comercio por cuenta propia, pero luego desistió y entró a trabajar en la industria cervecera. Más concretamente: a repartir botellas.

Una ocupación que distaba mucho de hacerle feliz y a veces se sorprendía a sí mismo añorando los tiempos de «La Afortunada», la prestigiosa empresa textil.

Visto todo esto pensó que el camino que llevaba no era el de hacerse rico, precisamente.

Y, como muchos antes que él, cometió un error de cálculo...

El otro cometió también un error de cálculo. Uno sólo y no más, porque no era vicio suyo razonar. No es que careciese por completo de la facultad; quizá era culpa de su pereza, de su comodidad. Sí, Boty era demasiado vago para darse el lujo de pensar.

Boty no se llamaba Boty, naturalmente. Este era únicamente un sobrenombre para evitar un apellido impresentable, como él decía. En efecto, su carné de identidad rezaba: Manfred **Bobote**.

El día del suceso faltaban ya pocos días para que Boty cumpliera los veinte años. No era muy alto, un metro sesenta y ocho, pero a cambio, tenía unos grandes ojos azules y unas orejas de soplillo únicas.

Boty no fue a la escuela ni un día más de lo que manda la ley y luego sólo usó la cabeza para mostrar que la tenía de adorno. De aprendiz, a su primer maestro le salió una úlcera de estómago; el segundo estuvo a punto de tirarle a la cabeza una llave inglesa, y el tercero, resignado, opinaba llana y simplemente que Boty no servía más que para apilar ladrillos. Y Boty tan pancho.

Cogió el hatillo y empezó su carrera de peón. Así conoció a Jochen Zimpel. Fue un día cuando cargaba con toda parsimonia cascos vacíos a un camión de reparto en el que Zimpel iba de ayudante...

De esta suerte se unieron dos sendas paralelas. También la de Manfred **Bobote** tenía todas las trazas de dar en lo que dio.

Viernes, 17 de octubre de 1975: día de los hechos.

Hacia las once menos cuarto de la noche un *Volkswagen* azul claro remontó el puerto Beklum. Boty iba al volante del coche robado y Jochen junto a él. Los dos fumaban nerviosos cigarrillo tras cigarrillo. Echados hacia adelante trataban de penetrar en la oscuridad de la noche, pero metían la cabeza siempre que venía un

vehículo de frente, como si temiesen que los ocupantes, que cruzaban como rayos, pudiesen reconocerlos.

De pronto Jochen apagó la radio. Boty cogió el cigarrillo de la boca, echó una mirada rápida a la derecha y dijo:

—¿Qué pasa? ¿Por qué quitas la música?

—Me pone nervioso. No me deja pensar.

—¿Pensar?

—Sí, pensar, Boty. A fin de cuentas no se da un atraco todos los días. No paro de pensar qué ocurrirá si se ha colado tu colega, Peter —Jochen dio a Boty en el costado—. ¡Ve despacio, hay que torcer a la derecha en seguida!

¡Ya lo sé! —replicó Boty y soltó automáticamente el pie del acelerador.

Jochen dijo:

—Puede haberse equivocado, por ejemplo, en lo de que el viejo está solo en la casa.

—¡Acaba ya! —saltó Boty—. Si Peter dice que el profesor se ha «largao» con la familia, es que se ha «largao». ¿Y cómo no va a saberse las habitaciones y las puertas después de haber «estao» ahí seis meses de jardinero?

—Sí, pero... Hay algo que no me entra en el coco. El profe se las pira y deja sólo a un actor de teatro jubilado para cuidar de una colección de monedas de oro que vale una fortuna.

—¡Hombre!, él pensará que en ese cacharro... ¿cómo se llama...?

—La caja acorazada.

—Sí, que en la caja acorazada está segura...

Jochen señaló al frente.

—¡El indicador! Ahora viene el desvío.

Boty metió la tercera y tomó el desvío. Pero, al poco, dio un frenazo en seco y paró.

—¿Qué pasa? —voceó Jochen Zimpel asustado.

Boty dio un golpe con la mano al volante y preguntó:

—¿Y qué hacemos si suena, di?

—Si suena, ¿qué?

—¡El teléfono!, ¿qué va a ser? Imagínate que estamos sacando la chisma esa de la pared y ¡rinnn!, el teléfono. Bien puede ser que al profesor se le ocurra llamar al viejo.

Jochen comprendió que la pregunta de Boty tenía su fundamento.

—Hum... —masculló, y luego añadió—: No había pensado en ello...

Boty golpeó al volante otra vez.

—¡Ya lo tengo! Tiramos rápidamente del cable y desconectamos el teléfono.

—¡Lo justo! ¡Eso ni pensarlo!

—¿Por qué no?

—Suponte que el profesor llame de verdad al viejo y la línea esté cortada o

siempre comunicando. Se olería algo raro.

—¿Qué?

—¿Qué? Cualquier cosa. No preguntes bobadas... No, lo dejamos que suene. Así pensará que ese viejo Báumchen ha salido a dar un paseo o que está en el *water*.

—¿Y si a la media hora vuelve a llamar? Nadie está por la noche media hora seguida en el *water*...

Jochen Zimpel creyó haber encontrado la solución:

—¡Nada de eso! Haremos que el viejo coja el teléfono y diga que todo está en orden.

—¡Buena idea! —aprobó Boty; y decidió no pensar más en esa cuestión.

Se disponía a arrancar de nuevo cuando su cómplice añadió:

—Vamos a repasar el plan una vez más. ¡Cuanto más, mejor, Boty! Yo me bajo del coche cien metros antes de la casa. Tú esperas cinco minutos, luego continúas y te paras justo enfrente de la casa. Bajas la ventanilla y pones la radio a tope. En cuanto el viejo asome la cabeza das un toque a la bocina, que es la señal para que yo fuerce la puerta trasera y pille al viejo desprevenido. Tú sigues con la música y el motor en marcha hasta que yo te avise desde la ventana. Luego...

Boty movía la cabeza malhumorado.

—Lo sé de memoria. Luego voy con el coche al patio, cojo los trastos y entro en la casa. ¡Le hemos «dao» ya veinte vueltas!

—¡Hale, vamos! Debe faltar un kilómetro. Esperemos que, de verdad, el vecino más próximo esté a quinientos metros.

—Peter así lo ha dicho...

Cualquiera que no conociese a Ewald Báumchen le echaría cincuenta años, como mucho, cuando, en realidad, hacía ya dos meses que había dejado atrás los sesenta y uno.

Ewald Báumchen, tumbado en el sofá, disfrutaba con visible placer de aquellas horas tardías. Fumaba su pipa con deleite, daba frecuentes sorbitos de un sabroso vino blanco y seguía satisfecho el concierto nocturno de la radio, que hoy emitía obras de Tchaikovsky. De vez en cuando echaba una ojeada al reloj del aparador. Todavía faltaban cuatro minutos para las once... Pero..., se incorporó de un brinco y miró con mal ceño al aparato de radio... No, eso no era la radio. Venía de la calle. Música *rock* a todo volumen.

«Pobre Tchaikovsky», murmuró el señor Baumchen. Se puso en pie despacio, desconectó su receptor, fue hacia la ventana y la abrió. A la poca luz de la calle distinguió un *Volkswagen* delante de la casa con la ventanilla bajada y una cabeza dentro que se movía al ritmo de la música. Como si tirasen de ella.

—¡Eh!, ¡oiga usted! —voceó el señor Báumchen tan fuerte como pudo.

La cabeza giró hacia él —sonó el claxon— y se asomó a la ventanilla.

—¿Pasa algo? —gruñó una voz.

—¡Buena música, sí señor! ¿Qué emisora? —gruñó Ewald Báumchen poniendo cara de pena.

—¡No entiendo nada. La música está muy alta!

El señor Báumchen hizo un embudo con las manos.

—¡Aquí es zona de si-len-cio!

Se movió una mano.

—¡Esto es *rock!* ¡*Rock* de primera!

Bäumchen:

—¿No podría ponerla un poco más fuerte?

—¡No puedo más!

—¡Lástima!

—Lástima, ¿por qué?

Ewald Báumchen señaló con el pulgar hacia atrás.

—Tengo aquí un chimpancé algo sordo al que le chifla el *rock*.

Cerró la ventana de golpe, farfulló un «¡valiente imbécil!», se volvió y se quedó de piedra a mitad de camino. Durante unos segundos sintió auténtico pavor frente a aquel joven de expresión tensa y pistola apuntándole.

—¿Quién es «un valiente imbécil», abuelo? —preguntó una voz adolescente, algo empañada.

Ewald Báumchen respiró hondo y exclamó:

—¡Cielos!, me has asustado de verdad —inició un paso hacia adelante...

—¡Alto!

—¿Pero esto qué es? —preguntó Báumchen con gesto de sorpresa.

—¡Venga, abuelo, no te hagas el tonto! ¡Pezuñas arriba o este cacharro hace piff-paff-puff y eres abuelo muerto!

La cara de Báumchen cambió de la sorpresa al estupor y, en seguida, del estupor a la cólera. Su voz resonó de pronto fuerte y airada:

—Oye tú, guarrete, si me dices otra vez «tú» o «abuelo» te parto por la mitad ¡Entendido!

—¡Quieto o aprieto el gatillo...! —gritó Jochen Zimpel intranquilo.

Ewald Báumchen meneó la cabeza. Ahora el tono de sus palabras era casi de compasión:

—¡Ay chaval, que te la estás jugando! ¡Mira el mocoso que viene a ponerme el tirachinas en las narices!... —aparentó que le asaltaba una sospecha—. Pequeño, ¿tú sabes, acaso, quién soy yo?

Zimpel, pendiente de la menor contracción muscular del rostro del hombre, reaccionó como un muelle. Amenazó, ahora con pánico en la voz:

—¡Alto o disparo!

Ewald Báumchen, a un metro de distancia —todavía— del espontáneo huésped, se detuvo. Le miró fijamente y tornó a mudar la expresión con singular maestría. Del

espanto a la reflexión, de la reflexión a la cavilación profunda y, por último, de esta al descubrimiento de algo. Sus ojos comenzaron a brillar y sus labios se estiraron para trazar una sonrisa irónica. Dio entonces un respingo de júbilo y se golpeó la cabeza con la palma de la mano.

—¡Dios!, ¡qué tonto soy! Te manda el General...

—¿General? ¿Qué General? —Jochen Zimpel sintió desazón. Su plan tan redondo tenía fisuras por algún sitio.

—No te hagas el tonto —oyó bufar el viejo—, tú sabes de sobra que hablo de Otto Petersen —y otra vez el resplandor de gozo en las pupilas de Baumchen—. ¡Claro!, hace ya una semana que salió de la cárcel... —asentía con la cabeza y se frotaba las manos—. ¡Eso es un amigo, sí señor! Salir y acordarse de mí...

El señor Baumchen se interrumpió y se le iluminó bruscamente el semblante como a quien se le enciende una bombilla dentro.

—¡Eh, tú!... Pequeño... di la verdad. ¿No habrá venido contigo también, por casualidad, mi amigo Otto? ¿No estará ese viejo zorro detrás de la puerta partiéndose de risa? Espera ahí Otto...

Fue todo tan imprevisto y veloz que a Zimpel sólo le dio tiempo a gritar:

—¡¡¡Au!!! —Ewald Baumchen, como un rayo, le había dado con la mano izquierda en la boca del estómago a la vez que con la derecha, le arrancaba el arma de la mano.

Ahora fue el viejo quien se encaró al joven con porte férreo y dijo impasible:

—Un golpe de *jiu-jitsu*. Claro que de eso, el guarrete, que es un chapucero, no tiene la menor idea, naturalmente. ¡Venga, guarrete, pezuñas arriba o este cacharro hace piff-paff-puff y eres chapucero muerto!

Jochen Zimpel sabía que la pistola estaba cargada, así que obedeció sin rechistar.

—Cuidado, por favor —rogó espantado—, está cargada de verdad.

—Yo también, niñato —se burló Ewald Baumchen—. ¿Cuántos atracos van con este?

Jochen Zimpel tragó saliva a duras penas.

—El primero... ¡palabra!

Baumchen sacudió la cabeza incrédulo:

—¡Y hacéis el debut, precisamente, con «Walli, el Barreno»!

Zimpel puso la misma cara del que está por primera vez bajo la Torre de Pisa y no sabe si aquello se tiene en pie o se va a caer de un momento a otro.

—¿Quién es «Walli el Barreno»?

El señor Baumchen se dio un golpecito en el pecho con la punta de la pistola.

—¡Quién va a ser! Yo, naturalmente.

—¿Pero yo creía que usted era el señor Baumchen?

Ewald Baumchen guiñó el ojo izquierdo.

—Así me llamo ahora... —aquello sonó amistoso y abrió a Zimpel un resquicio de esperanza, mas, al punto, la voz del vencedor surgió otra vez fría y peligrosa—:

No hablemos más de mí. ¡Vamos!, ¿cómo seguía la película?

Zimpel callaba. Cien ideas bullían en su cabeza. Pero no le quedaba mucho tiempo para pensar. El arma ya se orientaba a sus pies y el hombre que la empuñaba decía:

—¡Habla o te abro un ojal en el dedo gordo!

—¡No!, ¿a qué se refiere con lo de película?

—El *rockero* de ahí fuera, ¿a qué está esperando?

—Una señal mía —confesó Zimpel temeroso—. Una vez que le tuviese a usted en mi poder, yo tenía que avisarle desde la ventana.

—Pues, venga, haz la señal. Pero, como te pases un pelo, esto hace ¡Bum!

Con la cabeza gacha, avanzó Zimpel paso a paso. Notaba la presión firme del cañón en los riñones. Abrió la ventana e hizo a su colega la señal convenida.

—Bien, y ahora cierra la ventana y ponte cómodo. Siéntate en el sofá.

Zimpel hizo lo que le ordenaban. En silencio, los dos siguieron con atención los ruidos que llegaban de fuera. Zimpel acongojado, el señor Báumchen, alias «Walli el Barreno», con visible regocijo. Oyeron cómo el *Volkswagen* se retiraba y desaparecía tras las puertas del patio... Al cabo de tres minutos, más o menos, un portazo y el golpear de unos pasos en la escalera que conducía al piso superior.

—¿Dónde te escondes, Jochen? —llegó una voz desde el pasillo.

El señor Báumchen fue a la puerta y la abrió sin dejarse ver. Boty entró cargado hasta los topes, jadeante. Y por lo visto no le pareció nada extraño ver mano sobre mano a su socio sentado en el sofá y mirándole fijamente.

—¡Demonios! —saltó entre resuellos—, ¡has «tardao» la tira!

—¿Es que ese burro viejo...? —enmudeció. Aturdido, siguió la mirada de Zimpel.

El señor Báumchen dio un empujón a la puerta, que se cerró con estruendo. Hizo una leve inclinación a Boty y dijo:

—Así que tú eres el guarrete número dos. ¿Cómo puede ser uno tan sordo con esas orejas? Deja los juguetes aquí bien ordenaditos y siéntate junto a tu amigo. Pero ¡muévete!

Aunque estaba todavía en la luna, Boty obedeció en el acto. Mientras dejaba en el suelo picos, martillos de fragua, palancas y barrenas, Zimpel le siseó enfadado:

—Es un profesional Boty... —tu Peter, ¡vaya desastre!

Sin enterarse aún de lo que pasaba Boty fue dando traspiés hasta el sofá, y se dejó caer junto a su compinche. El señor Báumchen echó mano a una silla, se sentó y comenzó a jugar con la pistola capturada; una vez apuntaba a Zimpel, otra a Bobote.

—Vamos. ¿Qué pretendíais? ¿Para qué tanto pico, martillos y barrenos?

—¡No diremos una palabra! —dijo Boty intentando oponer resistencia. Pero Jochen le dio en el brazo.

—Es un profesional Boty —musitó.

—Exactamente. Soy un profesional. De momento fuera de servicio, pero no

importa. ¡Y ahora soltad la lengua de una vez, mocosos!

—Queríamos sacar la caja de caudales de la pared —cedió Jochen de mala gana.

—¿Caja de caudales? Pero..., ¿para qué demonios?

—Por la colección de monedas de oro.

El señor Báumchen adelantó la cabeza sorprendido y estiró el cuello como si hubiese oído mal. Luego soltó a reír:

—Jajajajaja... jajajajaja... ¡Dios!, vosotros sois la monda. ¿Quién os ha soplado ese cuento?

—Se lo hemos oído a un borracho —gritó Boty fuerte y veloz.

—Entiendo. A un borracho llamado Peter, ¿no? Una vez hubo en esta casa un muchacho llamado Peter Machlowiz...

—¡No ha sido él! —protestó Boty con voz menos convencida.

Añadió Baumchen:

—Seguro que ese borracho os habrá dicho también que el profesor y toda la familia están de viaje y que al cuidado de la casa quedaba solamente un actor de teatro viejo y chocho, ¿eh?

Los dos asintieron con la cabeza al compás.

—Habéis tenido suerte, criaturas. Mucha, mucha suerte en haber dado con «Walli el Barreno». Una hora antes y habríais caído en manos del profesor y toda la familia.

—¿Una hora antes? —preguntó Boty.

Jochen le silbó hiriente:

—¡Mira tu a-mi-go!

En los labios del señor Bäumchen danzó una sonrisa pícara.

—Oíd, basura; hay tres posibilidades. Primera: llamo a la policía. Sería lo mejor. A los chapuzas como vosotros habría que apartarlos a tiempo de la circulación. Y a tiempo quiere decir, ¡cuanto antes!, para que no hagáis mayores destrozos. ¡Caramba!, sería realmente una buena idea, ¿eh?

Pensar en la policía y en sus consecuencias había hecho palidecer aún más a la pareja de principiantes.

—Pero a usted no le hemos hecho nada...

—Jochen Zimpel intentó la baza de la ingenuidad, mientras Boty, que se hurgaba en los bolsillos, propuso al señor Baumchen un canje económico.

—Tengo casi cuatro mil pesetas en el bolsillo. Si nos deja marchar, se las doy.

«Walli el Barreno» fingió no oír el intento de soborno y continuó impasible:

—La segunda posibilidad sería llamar a Otto Petersen el General. Otto es mi amigo desde hace treinta años y tiene cosas que agradecerme. Si le digo que dos bisoños me han llamado «abuelo» y «burro viejo», me envía a los Vengadores Rojos a vuelta de correo. ¿No habíais oído hablar de los Vengadores Rojos?

Jochen y Boty sacudieron la cabeza como marionetas movidas por el mismo hilo. No podían disimular sus nervios.

El señor Baumchen chasqueó la lengua, estiró el brazo izquierdo hasta la vertical,

tieso como una vela, y dobló la muñeca en ángulo recto.

—Son así de pequeños. Pero ninguno pesa menos de cien kilos. Si caéis en sus garras no queda de vosotros más que el pellejo.

Boty, en cuyos ojos tomaba cuerpo el espanto, se palpaba ahora el otro bolsillo.

—Creo que tengo aquí más dinero.

—¡Entonces, llame usted mejor a la policía! —exclamó Jochen Zimpel con el ánimo agobiado por sus propios reproches.

—Tengo siete mil pesetas en total —repitió Boty su oferta. No quería pensar en los Vengadores Rojos ni en la policía en tanto hubiese una esperanza de comprar la libertad. Mas esta esperanza se truncó en seguida.

—Siete mil pesetas..., pero ¿me has tomado por un mercachifle de porra gorda? ¿Cómo te llamas tú?

—Boty.

—Boty no es un nombre. Dime lo que pone el carné.

—Manfred Bobote... —Boty temió que el señor Báumchen tomase a chirigota su apellido, pero la mente del señor Báumchen andaba en ese mismo instante por otros derroteros.

—Tienes que visitar al doctor Rapinsky, que te arregle de maravilla esos auriculares tan feos —dijo benévolo.

—Yo no sé a qué se refiere —Boty no se enteraba de nada.

—Me refiero a tus orejas. Una cosa así no debe dejarse... ¡Bah!, y a mí que me importan tus pingajos. Volvamos a lo nuestro. Primera posibilidad, pues, la policía; segunda, los Vengadores Rojos. ¡Falta la tercera!

Los dos del sofá sintieron un escalofrío de esperanza.

—Os propongo un negocio.

—¿Un negocio? —clamaron ambos al tiempo, que pareció hablar una sola boca.

—¿Un negocio de verdad? —preguntó de nuevo Jochen, sin poder evitar un cierto tono de desconfianza.

—¡Un negocio de verdad! —confirmó el señor Báumchen.

Jochen y Boty se miraron, primero entre sí y luego al señor Báumchen. Movieron a dúo la cabeza para mostrar su conformidad. Boty, incluso, tuvo arrestos para preguntar:

—¿Un negocio en el que se gana algo?

—Cuando yo hago un negocio es porque me reporta beneficios... Vamos, guarretes, relajaos y oídmelo. «Walli el Barreno» os va a contar una historia breve, pero muy interesante.

La pareja, no obstante, siguió en tensión. No las tenían todas consigo...

—¡Que os relajéis, he dicho! —gruñó el señor Báumchen.

Luego, burlón, metió la pistola en el cinto y cruzó los brazos en el pecho con ademán ampuloso. Ahora respiraron, al fin, los aturdidos jóvenes y se reclinaron en el sofá animados de una ligera confianza.

El señor Báumchen empezó su apasionante relato. Sus palabras fluían acompañadas de una rica gesticulación y de una mirada refulgente.

—Hace tres trimestres que llegué a esta casa por primera vez. Empleado como guardia de vacaciones. Busqué hasta en el fondo de los abrigos, podéis creerme. Entonces no sabía nada en absoluto del oro. Claro que hubiera podido llevarme un montón de cosas de valor, pero no dar un auténtico golpe. El día que volvió el profesor oí hablar por primera vez de las monedas de oro. Podéis imaginaros cómo me puse después del registro inútil. Pero entonces ocurrió algo... —el señor Báumchen se rió para sus adentros—, el profesor me preguntó si quería quedarme de mayordomo.

El señor Báumchen miró confidencial a los dos jóvenes del sofá, cuyos ojos seguían embelesados el trajín de sus labios.

—Acepté la oferta, claro está. Aunque el Profesor paga una miseria y es más tacaño que un huevero danés... Sí, las monedas de oro... ¡Suman tres cuartos de millón! —las pupilas del señor Baumchen giraban del mareo...

Mientras a Jochen se le cortó la respiración, Boty balbuceó, primero con miedo:

—¿Tres-cuar-tos de mi-llón? —y luego—: ¡Me vuelvo loco! ¡Dios!, Jochen, ¿has oído? —hubiese preguntado también con gusto, cuántos ceros tiene tres cuartos de millón.

Jochen Zimpel, a quien la suma le había espantado de verdad, farfulló al cabo:

—Un montón de dinero...

—Lo mismo pensé yo cuando oí hablar de ello la primera vez. Entonces cogí... —el señor Bäumchen se frotó las manos—... y me dije, Walli, tú te quedas aquí a darle al barreno. Estaba convencido de haber dado con el negocio de mi vida. Tenía ya un plan para sacar las monedas de la caja fuerte. Pero entonces... —se encogió de hombros y puso cara de lamentación.

—¿Pero, entonces? —preguntó Boty anhelante.

Y Jochen añadió:

—¿Pero, entonces, qué?

—Entonces, el profesor desbarató mis proyectos... Fue hace unos tres meses. Yo estaba abajo, en el cobertizo de las herramientas, arreglando la segadora del césped, cuando llegaron el profesor y su hijo. A ninguno de los dos se le ocurrió pensar que yo me encontraba allí. Oí la palabra «oro» y me quedé quieto. Creo que hasta contuve la respiración. ¿Sabéis qué le contaba el sabio a su hijo Christian? «Christian —dijo — me gustaría sacar las monedas de oro de la caja fuerte de la pared y guardarlas en la caja de tierra».

Boty abrió los ojos.

—Caja de tierra, ¿y eso, qué es?

—¡Bah!, sencillo. Una caja fuerte enterrada —le aclaró el socio.

—¡Exacto! —el señor Bäumchen sonrió—. ¿Y qué contestó el hijo, el muy bellaco? «Okay, papi»... —ahora el señor Báumchen torció la boca con una mueca

de sarcasmo—. Malo cuando uno llama «papi» a su padre... Bueno, Christian dijo: «Okay, papi, mañana que hay luna llena podemos arreglarlo. Pero no te olvides de mandar fuera al viejo Ewald. Lo mejor sería que se fuese a pasar dos días con tía Amalie. Puede ayudar en la recolección de la fruta».

—¡Zorro! —siseó Boty apretando los puños.

—Dos horas después me llamó el profesor —Bäumchen imitó el ceremonioso hablar de su señor—: «Ewald, ¿tendría usted inconveniente en desplazarse mañana a mediodía a casa de mi hermana? Necesita alguien que le ayude estos días a recolectar y nadie mejor que usted...».

—¡Tío falso! —saltó otra vez Boty.

—¿Y qué respondió? —quiso saber Jochen.

—«Lo que usted quiera, señor profesor —dijo “Walli el Barreno”—, claro que iré a echar una mano, faltaría más». Al día siguiente después de la comida, cogí la moto y me largué. ¡Pero no fui a casa de su hermana sino que me metí en un cine de sesión continua hasta que anocheció! Y, al atardecer, ya estaba «Walli el Barreno» escondido tras el matorral grande de lilas que hay al fondo del jardín. Cinco minutos después de la medianoche salieron de la casa, bajaron al cobertizo y cogieron dos picos, dos palas y la carretilla. Levantaron con todo cuidado la capa de césped de una superficie circular y apilaron los trozos unos sobre otros, como una tarta.

Acarrearon la tierra excavada a unos diez metros.

—¿Cavaron muy profundo? —preguntó Boty. Sus orejas empezaron a brillar.

—Un metro, o así. Oí luego cómo daban en hierro. El profesor cogió una escoba y se puso a barrer algo.

—¡La caja fuerte, naturalmente! —dedujo Jochen. También en él había prendido la emoción.

—El hijo sacó de la casa siete talegos grandes y los ocultaron. Toda la operación duró unas tres horas. Cuando regresaron a la vivienda, yo me dirigí a Schummelburg a casa de la hermana del profesor y le conté que había tenido tres pinchazos. Y ahora, a ver vosotros, ¿no tenéis nada que preguntar?

Boty no llegaba ni a poner cara de pensar.

Jochen, primero, salió del paso con una repetición:

—¿Nosotros tenemos que preguntarle algo a usted?

—¡Exactamente!

—¿Y sobre qué?

—¡Sobre la caja fuerte!

Jochen cavilaba pensando la pregunta, Boty, mientras, le observaba tenso. Nada, el repartidor de cerveza se dio por vencido.

—Es algo que necesitamos para poder llegar hasta las monedas de oro —dijo el señor Bäumchen, y ¡ahora sí que cayó Jochen!

—¿Cómo abrimos la caja? ¿Tiene una combinación?

El señor Bäumchen dio unos aplausos de aprobación.

—¡Ánimo, hijos, no todo está perdido! Esa es la pregunta. Y esta la respuesta: la caja tiene una combinación numérica. El mezquino de Christian la fue diciendo en voz alta mientras la ajustaba. «Walli el Barreno» ha tenido siempre una retentiva de primera, pero en este caso hubiese bastado con la peor del mundo. Es la combinación más chusca que me he echado a la cara, je, je, je. Del uno al siete, todos seguidos, sin el más pequeño salto, je, je. Así que no tenemos dificultades.

Jochen, sin embargo, parecía tener una:

—¿Podría usted reconocer el lugar donde está enterrado el tesoro?

El señor Báumchen agitó la cabeza molesto.

—Si os estoy haciendo partícipes de un secreto tan colosal, no es para que me vengáis con esas estupideces. El sitio exacto, al centímetro, no lo puedo saber, naturalmente, pero tengo puntos de orientación suficientes. Bueno, mi propuesta es esta: yo os marco la zona, vosotros caváis el hoyo, sacamos el oro, volvéis a llenar el hueco y hacemos tres partes. Luego desaparecéis y no asomáis el coco por aquí nunca más.

—¿Y usted? —preguntó Jochen.

—Yo me quedaré. No me marcharé hasta que se les ocurra cavar otra vez. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho!

—Podéis dejar aquí vuestras herramientas. Un momento que voy a buscar una luz.

Ewald Báumchen volvió al segundo. Traía en la mano una linterna larga. A cambio, había renunciado a la pistola, que arrojó bajo su armario.

—¡Vamos! —dijo a sus nuevos socios. Le siguieron nerviosos, embargados por la idea de tener el oro en sus manos dentro de unas horas. Báumchen dirigió a la pareja hasta el cobertizo, dejó que se armasen de picos, palas y carretilla y les condujo al lado derecho del grande y cuidado jardín. Marcó a cuerda una circunferencia de cuatro metros veinte de diámetro.

—Bien —jadeó luego—, aquí debajo tiene que estar. Después de que hayáis levantado la capa de césped lleváis la tierra allá arriba, junto a la cisterna del agua de lluvia. Un metro de profundidad y ni un solo ruido innecesario. ¡Pensad lo que nos jugamos!

—Y, ¿usted que hará? —preguntó en voz baja Jochen.

—Yo voy a la casa. El profesor telefona todas las noches y hoy todavía no lo ha hecho. He de estar al tanto.

—¿Y si ha llamado ya? —Boty recordó la conversación que había mantenido con Jochen no hacía mucho.

—Descolgué el auricular antes de que bajáramos, je, je, je...

Mientras los dos «buscatesoros» comenzaban la excavación, Ewald Baumchen volvió al lugar donde le había sorprendido la inesperada visita, es decir, al sofá. Consumió el vino —que entretanto se había calentado unos grados— con una leve

mueca de disgusto y se fumó otra pipa.

—Ja, ja, monedas de oro, quién hubiera dicho que me iba a tocar actuar otra vez, y en un papel de esta categoría.

Se alzaba de vez en cuando y echaba un vistazo a sus dos peones. Paleaban como fieras y avanzaban que era un gusto.

El profesor se va a quedar de una pieza.

Y tanto...

El señor Bäümchen miró pensativo al teléfono. El profesor no había llamado todavía. ¿Y si fuese al sótano a por otra botella de ese blanco superclase?

Cero horas cincuenta y ocho minutos.

El sargento Steven de la Comisaría, a medio camino de reprimir un bostezo, se sobresaltó ligeramente al oír el teléfono. En fin, la noche no iba a ser tranquila del todo. Contestó; durante sesenta segundos escuchó con interés creciente el negro auricular; asintió varias veces con la cabeza; concluyó: «Muchas gracias, me ocuparé de ello inmediatamente».

Lo que se dice en un..., bueno, en cinco segundos, ya tenía Steven comunicación con Jens Jansen, del coche patrulla «Tiede II».

—Olaf Grómwold al aparato.

—¿Dónde os encontráis en este momento?

—En la carretera de Klexen.

—Ve rápido a Pintorf, al número uno de la calle Heidemarsh. La finca pertenece a un tal profesor Vondembrinck. Acabo de recibir aviso de que hay unos desconocidos cavando en el jardín. Mejor si os bajáis del coche antes de llegar.

—¿Hay peligro de que estén armados?

El sargento Steven transmitió todos los pormenores que conocía.

¡Entendido!, ya hemos girado. Vamos en dirección a Pintorf.

Una hora veintiséis minutos.

El señor Báümchen salió de la casa, cruzó el sendero de grava y se dirigió a los afanosos buscadores, que estaban metidos ya hasta la rodilla en el hueco excavado.

Ambos respiraban trabajosamente.

Ewald Báümchen pudo distinguir el sudor de sus caras a la escasa luz de la luna.

—¿Qué, cómo va eso? —preguntó, mitad impaciente, mitad cordial.

—¡Muy bien! —jadeó Boty, y se pasó el brazo por la frente.

—Calculo que habéis hecho ya las tres cuartas partes del metro. Y tan redondito...

—¡Nos hemos guiado exactamente por la marca! —atestiguó Jochen igual de jadeante. Preguntó la hora.

—Casi la una y media...

—Se me ha parado el reloj. Sí, serán unas tres cuartas partes. El suelo está bastante duro.

—¡No me digas! —se maravilló «Walli el Barreno».

Boty señaló la carretilla, y sugirió:

—Si usted trasladase la tierra y nosotros dos sólo cavásemos la cosa iría más rápida.

—¡Tú estás loco! —se encolerizó el señor Báumchen—, ¿a mi edad? —y para estupor de la pareja agregó—: Por mí podéis dejar ya la faena.

—Yo no lo decía en serio —refunfuñó Boty cargando la pala con golpe enérgico.

—¡Pero yo sí! —el señor Báumchen miró, radiante hacia abajo—. ¡Basta ya!

Jochen Zimpel miró expectante hacia arriba.

—¿Cómo que basta, si todavía no asoma la caja fuerte?

—¿Caja fuerte? —el señor Báumchen se asombró. Sus ojos eran todo inocencia—. ¿Qué caja fuerte?



En el cerebro de Zimpel saltó algo. Mudo, dejó caer la pala. Ya se disponía a responder, cuando Boty bramó:

—¡Dios!, ¡Jochen, la policía!

—Os aconsejo que no hagáis ningún movimiento extraño —gritó el sargento, que entró en escena por la izquierda, mientras el capitán afluía como por encanto del matorral de las lilas.

Bobote, tieso, retraído al estado mineral, articuló apenas con voz ronca:

—Alguien ha ido con el soplo.

Jochen Zimpel le bufó colérico:

—¡Tú, imbécil, tonto de las orejas, todavía no lo has entendido: el viejo nos ha denunciado!

—«¿Walli el Ba-ba-barreno?» —Boty dejó caer la mandíbula y aceleró la respiración, que recordó la de un pez. Contempló embobado a un Ewald Báumchen triunfal, como quien viene de ganar un *Oscar*.

—No es ningún profesional —profirió Jochen Zimpel— ¡es sólo un actor!

Ewald Báumchen hizo una grácil reverencia a los vítores de un público imaginario. Y entonó luego con gran emoción:

—Cierto, soy sólo un actor. Pero algo sé, de todas todas: ha sido el mejor papel que me ha sido dado interpretar en los últimos diez años.

—¿Y por qué nos ha hecho cavar este hoyo enorme si pensaba entregarnos a la policía?

Boty apoyó la curiosidad del socio con un flamear de orejas y un eco:

—Sí, ¿por qué este hoyo...?

—Primero, en castigo por el susto, lo del «abuelo» y lo del «viejo burro», y, segundo, en beneficio propio. Justo en este sitio quiere el profesor poner una fuente. Si vosotros no hubiérais cavado, me hubiera tocado a mí. Agente, usted dirá.

—Vamos dentro y escribiremos el acta.

—¡Eh, oiga! —voceó Boty con el rostro aún escarchado de sudor—. ¿Y qué hay del General?

—¿Del General?

—¡Otro cuento!, a ver —silbó Jochen Zimpel y escupió con asco la tierra dura y real del hoyo recién cavado.

—Pero un cuento sutil y de gran eficacia, ¿eh?, guarretes. Eso tenéis que admitirlo si sois sinceros.

En ese instante el reloj dio la una y media. El suceso estaba aaa pun... to de aaaa... ca... bar.

Una gente encantadora

(Una comedia en seis actos).

Primer acto

Domingo, 12 de junio.

Nueve de la mañana y minutos.

Parte meteorológico: tiempo apacible y despejado. Sol.

EMI y Artur Grauman, satisfechos en medio del lujoso mobiliario de su cuarto de estar, gozaban de las primeras horas del radiante día leyendo el periódico.

Mientras Artur, cincuenta y ocho años, obeso director general del Ministerio de Abastecimientos Hidráulicos, después de hojear la política interior y la exterior, entraba en la local, Emi, rubia de frasco, cincuenta y dos años, sus labores, acometía con actitud resuelta la sección de anuncios varios.

Emi y Artur habitaban el piso superior de una elegante casa de dos plantas, situada en un barrio tranquilo y distinguido.

Emi y Artur no tenían hijos.

A las nueve horas cincuenta y cinco minutos, ocupado Artur en estudiar las cotizaciones de la Bolsa, Emi dio un patente respingo de sorpresa. Bajó un poco el periódico, volvió a subirlo y leyó otra vez en el mismo sitio.

—¡Artur! —clamó a la postre y dirigió la vista hacia el lugar donde, tras la muralla de papel, suponía la cara del esposo.

—¡Ahora! —respondió Artur.

Siempre decía «ahora» cuando se le llamaba. Lo mismo si estaba en el sillón, mano sobre mano, que si, como ahora, leía el diario.

—Artur, escucha esto...

—¿Tan urgente es?

—Te vas a asombrar...

En vez de responder lo que estaba pensando, o sea, que ya nada le asombraba, masculló:

—Luego lo leeré.

—Es que quiero leértelo yo ahora —la voz de Emi subió un grado de tono e intensidad.

Resignado, abatió Artur la Bolsa sobre las rodillas y preguntó sin el menor asomo de curiosidad:

—¿Vamos a ver, qué pasa?

La mirada de Emi prometió algo muy especial. Sin más, comenzó a leer:

—¡Ocasión! En breve va a quedar libre una vivienda de alquiler en zona tranquila y señorial. Casa de dos vecinos. Confort. Ciento cinco metros cuadrados y doce de terraza. Chimenea, baño y cuarto de aseo alicatados con cerámica italiana. Cocina completa con frigorífico y congelador, horno eléctrico de veinticuatro combinaciones, *supergrill*, placa eléctrica «Gran Pinche» con cafetera exprés, cortadora de pan, cuchilla abrelatas y batidoras diversas. Lavadora superautomática con equipo de secado y lavaplatos. Alquiler mensual: quince mil pesetas. Jardín y garaje. Interesados, escriban citando la referencia ZH-229.

Emi miró al marido con ojos de expectación.

—¿Eh?, ¿qué me dices? —su dedo índice señaló al suelo con agitado vaivén.

—¿Quieres decir que es el piso de abajo?

—¿Cuál, si no?

—¿Y por qué dice «va a quedar libre», si hace ya dos meses que lo está?

Emi creyó saber el porqué.

—Suenan mejor así. Causa mala impresión una vivienda que permanezca vacía mucho tiempo. Puede pensarse que tiene algún fallo. Humedad en las paredes, por ejemplo, o que se oye hasta la respiración del vecino.

Artur negó.

—Lo que ocurre es que es muy cara. Quince mil pesetas es una fortuna para el que gana sólo cincuenta.

—¡Tú bromeas! —opinó Emi, y, al ver que Artur sacudía de nuevo la cabeza, recordó—: Pues nosotros pagamos ya mucho.

—En el momento que encuentre un inquilino que le dé lo que pide, intentará subir nuestro alquiler enseguida.

—¿Y qué podemos hacer para impedirlo? —quiso saber Emi.

—Nada. Pagar o largarnos. Pero Emi, no te apures antes de tiempo. No tiene por qué ser esta la casa del anuncio.

Emi se tacleó el pecho a la altura —más o menos— del músculo cardiaco.

—Siento aquí, Artur, que sí es.

Artur calló. Sabía por experiencia que luchar contra el corazón era trabajo inútil.

Segundo acto

Viernes, 28 de julio.

Dos de la tarde.

Artur, que aquel día había abandonado dos horas antes su mesa del Ministerio por culpa de la ciática, estaba ya en casa, echado en el sofá, con una almohada eléctrica en los costillares.

De pie, a un lado de la ventana y amparada en la cortina, fisgaba Emi el trajín de la mudanza. Endosaba un comentario más o menos irónico o mordaz a cada mueble que bajaba del camión. Tan absorta estaba en el «repasso» que olvidó completamente la postración de su esposo. De pronto soltó una risa ahogada y exclamó:

—Ven Artur, tienes que verlo... ¡Virgen Santa!, a ese sofá no se hubiera subido ni nuestro *Bello*.

—Porque tenía muchos kilos y mucha vagancia —repuso Artur escueto, sin dejar la postura que le eximía del dolor. Ni ver, tampoco, el ceño de indignación que frunció Emi. A cambio, las palabras de reproche le llegaron al tímpano con mayor empuje:

—¡Debería darte vergüenza, Artur! ¡Hablar así de nuestro difunto perro!

—Ya sabes lo que dijo el veterinario. *Bello* murió de atracones y falta de ejercicio.

Emi, otra vez pendiente de la calle, murmuró:

—Artur, niños en casa.

—¡Qué bien! —opinó Artur—. ¿Chicos o chicas?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Acaban de meter un triciclo... Mira, mira el sillón. Ese estuvo en la guerra de los Cien Años... desde el principio...

—Una antigüedad valiosa, seguramente.

—Estará plagado de bacterias.

—¿De dónde sacas tú eso? —la voz de Artur brotó levemente excitada.

—¡No hay más que verlas!

Artur abrió los ojos y volvió la cabeza hacia la ventana. Amonestó enfadado:

—Haz el favor de no asomar tanto la nariz. No tienes por qué pregonar a todo el mundo que te mueres de curiosidad.

—¡Artur! —Emi tembló de indignación—. Es importante saber quién viene abajo. A fin de cuentas, hay que vivir con la gente, ¿no?

Cuidadosamente Artur apalancó sus huesos hasta la vertical.

—Claro que es importante —concedió mientras daba el último tirón—. Pero ¿no crees que el propietario ya nos informará?

—Su obligación era haberlo hecho antes, y no esperar a que los señores metan los trastos —el maquillado rostro de Emi adoptó una expresión de suficiencia—. Pero... ¿cómo va a saber un trapero cuál es su obligación?

—Quizá los nuevos vecinos se presenten ellos mismos, Emi —intentó apaciguar Artur. Y se colocó detrás de su mujer, a distancia discreta, pero suficiente para inspeccionar la calle.

—¡Agg! —exclamó Emi cáustica y mordaz—, todavía no he visto a nadie con pinta distinguida. Y, encima, esos muebles, esos pingajos carcomidos.

—Ese del abrigo blanco y la libreta puede ser el nuevo inquilino.

—¡Qué va! Es el de la empresa de mudanzas. Cada vez que bajan algo del camión comprueba en el cuaderno. Creo que tiene una lista para saber dónde hay que poner

cada cosa...

Y otra vez encontró Emi motivo de regocijo:

—¡Dios mío!, ¡qué monstruo de reloj! En esa péndola se han columpiado los ratones de la Cenicienta.

—No juzgues tan deprisa. Un modelo parecido cuesta veinte mil pesetas en la Galería Central.

Emi dio de pronto una palmada, lo que —sin duda— era preludio de alguna idea feliz.

—Pero ¿cómo no hemos caído antes?

—¿En qué? —Artur cargó el acento de desconfianza.

—Llama ahora mismo al señor Wümsel y pídele información sobre los nuevos inquilinos. Sobre todo, cuántos hijos tienen.

—No lo voy a hacer, Emi.

—¿Por qué no?

—Me sería molesto.

—Molesto, molesto, ¿qué hay en ello de molesto?

—Te lo repito: me resultaría molesto.

—¿Eres director general o no?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Si uno es director general de Abastecimientos Hidráulicos y paga un elevado alquiler, tiene derecho a preguntar al dueño de la casa sobre los nuevos inquilinos.

El gesto no dejaba lugar a dudas. Estaba convencida del razonamiento.

Tras un suspiro, Artur se resignó a lo inevitable. Soltarle a Emi un discurso lógico era tan inútil como enseñarla a andar en zancos con palillos de dientes.

Tercer acto

Benedikt Wümsel descolgó el teléfono a la segunda señal.

—¡Aquí Wümsel! —bramó al auricular con notorio derroche de voz. Como la mayoría de los duros de oído tenía la costumbre de hablar muy alto.

—¡Buenos días, señor Wümsel, soy Grauman!

—¿Quién está al aparato?

—¡Grauman, aquí Grauman!

—¡Ah!, señor Grauman, cuánto me alegra saber de ustedes. Han debido pasar años desde que hablamos la última vez. ¿Cómo va la vida?

—Muy bien, gracias. ¿Y a usted? ¿Los negocios?

—¡¡Niños!! —siseó Emi a su esposo dando al aire un enérgico golpe de kárate con la diestra.

—Los negocios van divinamente. No me puedo quejar.

—Me alegra mucho, señor Wümsel.

—¿Qué tal Bello, su señora? Así se llama su encantadora esposa, ¿verdad? Tenía problemas de discos... no de ciática. ¡Ja!, mi memoria sigue de primera.

Los ojos del jefe de Abastecimientos Hidráulicos relampaguearon.

—Gran cosa la memoria —se le escapó más alto de lo pretendido.

—*Bello*, no es mi mujer, era nuestro perro. Y el de la ciática soy yo.

—¿Sí? ¡No! —rió tronante el señor Wümsel dentro del teléfono—, hay que ver los fallos que puede tener uno.

Artur, callado, aguardó a que amainase el alborozo. Y no se quedó colgado por un pelo, pues la risa escampó de golpe y ya el vozarrón de Wümsel se despedía:

—Muy agradecido por su llamada. Salu...

—¡Un momento!, señor Wümsel, desearía preguntarle una cosa —gritó Artur.

—¡¡¡Los niños!!! —insitía Emi.

—Si, usted dirá.

—Nos llega aquí gente...

—¿Son parientes?

—No a nuestra casa. Al piso de abajo...

—¡¡¡Niños!!!!

—Sí, quiero decir niños... —Artur se hizo un lío.

—¿Niños? —preguntó la voz del otro lado del cable.

Artur procuró corregir.

—No, no me ha entendido, yo...

—¡Cuántooooos! —interpuso Emi.

—¡Por Dios! ¡Cierra ya el pico de una puñetera vez!

—Pero, señor...

—No, perdone, no era a usted, señor Wümsel.

—¿Qué está usted diciendo todo el tiempo de niños?

—Quería informarme de la gente que viene a vivir debajo de nosotros... Por ejemplo, los hijos que tienen.

—¡Acabáramos! ¡Haberlo dicho antes! —sonó alegre la voz de Wümsel—. Por lo que yo sé, cuatro.

—¿¿Cu-cuatro??

—Sí. Cuatro chicos.

—¡Dios nos ampare! —suspiró Emi horrorizada a la oreja de Artur.

—Gente encantadora esos Zeblynsky... ¿eh?, señor Grauman, ¿me oye?

—¡Naturalmente!

—La mujer es de Viena y él de algún lugar de Bohemia. Gente encantadora, realmente. Hoy les han llevado los muebles, nada más. Ellos están todavía de *tourné*.

—Tou... —a Artur no le salió la palabra de los palidecidos labios.

—Es gente del mundo del arte... Los chicos son ya mayores... ¡Oh!, ahora llaman a la puerta. Por favor, vuelva a telefonearme en otra ocasión, señor Bel...,

señor Grauman.

Y, ¡crakk!, colgó.

Sin un ruido Artur depositó el auricular sobre la horquilla y una mirada ausente sobre su mujer.

—¡Tramposo! —articuló, al fin, entre dientes.

—Estás blanco como la pared, Artur —constató Emi preocupada.

Artur volvió la cabeza.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te metas cuando estoy hablando por teléfono?

—No me grites así, por favor, que no soy sorda.

—Pero tú, dale que dale. ¿Por qué no vas y llamas tú misma a ese... ese tramposo?

—¿Qué ha dicho?

—¡Tah!, ya lo has oído. Me confunde con *Bello*, los nuevos de abajo tienen cuatro chicos y están de *ourné*.

—¿Los chicos?

—¡Los padres!

—¿Qué clase de *ourné*, por el amor de Dios?

—¡Maldita sea!, ¿y yo qué sé? Son una especie de artistas. La mujer procede de Viena y el hombre de Bohemia.

—¿Cómo se llaman?

—Algo así con... terminado en «linsky». ¡¡Auuü!!

La ciática hizo valer su dolorosa presencia. Doblado, como una navaja a medio abrir, el director general del Ministerio de Abastecimientos Hidráulicos (esquiando a pasitos) llegó al sofá.

Cuarto acto

*Pasó un día, un segundo,
un tercero, una semana...*

Habían transcurrido, al cabo, desde aquella jornada del mes de julio, un mes, dos semanas, cinco días y media noche.

Dieciséis de septiembre, sábado, una y media de la madrugada.

Emi y Artur dormían. Emi alto y profundo, Artur silencioso y superficial. Emi roncaba con la brusquedad de un hombre; Artur respiraba con la dulzura de una mujer. A él, de pronto, se le quebró el ritmo. Segundos más tarde dejó de respirar. (Pasajeramente).

Artur escuchó.

Artur escuchó en la muda noche, en pos de los extraños ruidos que había captado

su oreja.

Ahí..., ahí estaban otra vez.

Artur se atragantó al reponer aire con urgencia y se incorporó.

—¿Me habré vuelto loco?... ¡¡Emi!! —cazó un mechón de pelo y tiró. Cesó el ronquido.

—¿Qué pasa, Artur? —preguntó con voz áspera y soñolienta.

—Ha hecho ¡quiquiriquí!

Emi bostezó, se volvió del otro lado y masculló:

—Toma Baldrian; relaja mucho.

—Ha cantado un gallo, Emi. Y antes relinchó un caballo. Lo he oído bien claro.

Emi no dio señales de vida.

Artur dio la luz, Emi otro bostezo. Concluido, gruñó enfadada:

—¿Por qué das la luz? ¿Qué hora es?

—Son... la una y media pasadas.

—Por favor, apaga la luz, me molesta.

—Pero ¿te has enterado acaso de lo que te he dicho?, Emi.

Otro bostezo.

—Sí, que son la una y media pasadas.

—Te he dicho que ha cantado un gallo y ha relinchado un caballo.

—¡Uy cielo!, tú has soñado con el pueblo. Anda échate y apaga la luz, Arturucho.

Artur golpeó airado su almohada.

—Primero, he oído lo que te he dicho, y, segundo, ¡no me llames Arturuucho!

Se oyó un estampido tremendo.

Ahora también Emi se puso recta en la cama. Pavor...

—¿Q... qué ha sido eso, Artur? —musitó la pregunta.

—Una puerta, creo yo —musitó la respuesta.

Emi se deslizó hacia los pies de la cama y dijo en voz baja:

—En la casa de abajo hay ladrones. ¡Llama a la policía!

Artur, callado, sacudió la cabeza.

—¡Llama a la policía, Artur!

Nueva negativa. Ella pretendió gatear por encima de él hasta el teléfono (que estaba en la mesilla del esposo), pero Artur la rechazó.

—¡Deja, Emi! Los ladrones no dan portazos y...

Y se quedaron los dos helados, mirándose perplejos. La mano de la mujer palpó en busca del hombre. De abajo llegaba, con toda claridad, el balido de una cabra y el graznido de un ganso.

—Artur, ¿estoy soñando?

—No, no sueñas. Se ve que los artistas han terminado la *tourné*.

—Los artistas... —Emi temblaba—. ¿Sabrá el señor Wümsel que son tan amantes de los animales?

—No tengo la menor idea, Emi.

Artur saltó de la cama, se arrodilló al lado y aplicó al suelo la oreja derecha.

—¿Oyes algo? —Emi tiró del embozo hasta la barbilla y se quedó fija en el redondo trasero de Artur, rayado verde-azul, que emergía como un monte a la orilla del lecho.

—Nada —llegó a Emi una voz bronca—. Me gustaría saber en qué habitación han puesto el caballo.

—Me da miedo, Artur... —y, espantada, voceó en pos del marido, que se alejaba andando de puntillas—: ¡Por Dios!, ¿adonde vas?

Sólo voy a ver si está echada la cadena y cerrada la puerta del balcón. No sabemos qué más bichos habrán traído los artistas en el equipaje...

Quinto acto

Sábado

Emi y Artur estaban desayunando.

Artur, desganado, removía el té. Emi, ausente, miraba a su tostada con miel. El periódico, sin abrir, yacía al pie de la tetera.

Llamaron a la puerta.

Artur siguió, impasible, agitando el té.

—Han llamado, Artur.

Un golpe de ojos pesados.

—¿Desde cuándo soy sordo?

—¿Por qué estás tan irritable?

—¡Qué pregunta! Después de una noche como esta. Yo apenas he dormido. No como tú...

—Puedes recuperar el sueño. Ahora tienes una semana de vacaciones.

—¿Piensas que voy a malgastar las vacaciones durmiendo? —borbotó él.

Sonó el timbre por segunda vez. Algo más largo y —se diría— un poquitito más fuerte. Artur miró a Emi.

—¡Venga, di otra vez que han llamado!

La repetición se le quedó a Emi —literalmente— prendida en la garganta.

De la puerta, llegó el canto fuerte y agudo de un gallo.

—¡Oh Dios!, ¡los artistas! —farfulló Emi llevándose un puño a la boca.

—¿A que traerán un gallo? —Artur se levantó. La cucharilla volvió tintineante al plato. El director general adoptó al vuelo sonrisa de embajador. Sus palabras, sin embargo, desentonaban con semblante tan servicial—: ¡Voy a decir un par de cosas a esos... esos «bichófilos», esos... linsky!

—¡Sé prudente! —recomendó Emi con voz queda.

En circunstancias normales Artur hubiese alcanzado la puerta en nueve pasos, pero la ira le dio piernas y llegó en siete. Abrió con tal ímpetu, que la puerta se le escapó de la mano y golpeó escandalosa contra la pared. El susto mayor fue para él mismo.

Y del susto a la perplejidad. En efecto, perplejo halló frente a sí dos caras radiantes, una de las cuales estaba cortada por un bigote increíblemente ancho; perplejo miró al ramo —carísimo, seguro— de, por lo menos, dos docenas de rosas rojas, amarillas y salmón; y perplejo oyó decir a la riente boca que asomaba bajo el mostacho:

—¡Oh!, mira Elvira, ¡qué bien, un hombre con tanta enérgico!

—Se dice energía, Anatol —fue corregido Anatol dulcemente.

—¿Qué te parece?... Tan pronto por la mañana, ¿eh?

—Correcto —Artur hizo un esfuerzo para asentir—. Son sólo las nueve.

—Buen hora para la visita. Como dice la refrana: «Al que madrugar, Dios ayudar». Querido señor Grauman, por favor, ramazo de rosas, para distingua señora esposa. Para saludo. Este es Elvira, yo soy Anatol Zeblinsky. Son amigos nuevos a casa.



—N... N... Nosotros es-estábamos justo en el desayuno. P... Por favor, pasen — mientras balbuceaba esta invitación, buscaba Artur desesperado al tercer visitante. Pero, nada. Ni rastro del gallo por ningún sitio... Y casi se cae de espaldas cuando retumbó en su oído un fuerte gruñido de cerdo: «¡grgrgrgrgr!». Fuera de sí, miró al causante. Anatol guiñó un ojo. Los enormes rabos del bigote se columpiaban al ritmo de los gruñidos.

—Esto trae suerte, señor Grauman —dijo Elvira cepillándose el mechón rojirrubio que tapaba su ojo izquierdo.

Expectante, Emi miró a los tres con la sonrisa helada. Luego, sus ojos vagaron de un lado a otro. No buscaba al gallo solamente. A nada en este mundo temía más que a los cochinos sueltos. Se tranquilizó. Al parecer, los nuevos inquilinos habían dejado el zoo a la puerta.

Artur, en cambio, aún desconcertado, se quedó de pie entre Elvira y Anatol, agarrado a los tallos de las rosas. Dijo algo de «tomen-asiento» y de «poner-flores-en-agua».

Y tomaron asiento con toda naturalidad, como quien no hace otra cosa cada mañana, a las nueve, que ir a compartir la mesa del primer desconocido.

Volvió Artur con flores y florero cuando Anatol abrió los brazos y exclamó:

—Bueno, qué voy a decir. Naturalmente que habríamos venido a saludar en seguida, claro que sí, pero esta, mi amada esposa, no querió.

Elvira, la amada esposa, asintió de buen humor.

—Sí. No hubiera sido correcto venir a molestar a esas horas. Era más de la una.

—¡Ya les oímos! —se apresuró Emi a informar. (¡Ah!, ¡qué a punto!).

—¿Oírnos? —protestó Elvira.

Y Anatol:

—No posible. Nosotros sólo hemos hablado baguito.

Entonces agregó Artur:

—Cierto, lo que oímos, en realidad, fue a los animales.

—La cabra y el gallo —dijo Emi.

—El caballo y el ganso —dijo Artur.

Anatol y Elvira se miraron. Brilló en sus ojos la picardía —Emi diría: la burla— y luego se desataron a reír como si en el mundo no hubiera nada más importante que esa hilaridad desbordada.

—Yo aclaro a ustedes. Elvira, mi esposa, y yo siempre práctica al deshacer maletas, para no perder ejercicio...

—Desde hace veinticinco años se ha convertido en el pan nuestro de cada día.

—Hacemos práctica en hotel, cuando llegar, por mañanas en coche, o en casa...

—Ja (Je). Ja (Je). Ja (Je)... —estallaron de nuevo.

Artur no encontraba la gracia. Incluso, durante unos segundos, albergó la sospecha de que la parejita de las rosas trataba de tomarles el pelo a Emi y a él.

—¿Qué..., qué quiere decir con hacer práctica, señor Z... Zelinsky?

Anatol trazó con el dedo una letra en el aire y aclaró:

—Zeblinsky, ja-ja-ja, se ha comido una b. Los Zeblinsky vienen de Bohemia. Desde trescientos años haber en familia imitadores y magos.

—¿Magos? —balbuceó Emi asustada, con la imaginación puesta en baúles atravesados por cuchillos y «hombres lanzallamas».

Artur también pugnaba, a ojos vista, por mantener la calma.

—El señor Wümsel nos había dicho que eran ustedes del mundo del arte...

—¡Vaya! ¿Usted qué pensar? ¿Imitador no es arte? —preguntó Anatol de carrerilla con las manos en alto pidiendo aplausos.

—Nosotros, por ejemplo, somo «bucalistas» —dijo Elvira.

—Famosos en todo mundo. Podemos imitar todo clase animal. Gallinas ponedoras, ¡putt-putt-putt-puuuutt! —la boca de Anatol se hizo un triángulo con labios—. O serpiente cascabel —e hizo repicar el castañeteo característico.

—Anatol, tú ibas a decir algo de los Zeblinsky.

Anatol dedicó a Elvira una mirada luminosa.

«¿Cómo puede quedarse uno así, tanto tiempo embobado?», pensó Emi con oculto enojo. Los nuevos empezaban a resultarle sospechosos.

—Tienes razón, como siempre. Pero ¡ahá!, señor Wümsel, hanos soplado que aquí señor Grauman, de Correos...

—¿¿¿Correos??? —sonó como un obús, pero Anatol ni pestañeó. Sólo miró a Emi con cara de asombro.

—Nos ha dicho señor Wümsel que señor Grauman de Correos. ¿No es?

Emi puso en la respuesta toda la ira almacenada.

—¡Mi marido es director general del Ministerio de Abastecimientos Hidráulicos! Elvira pareció impresionada.

—¿Has oído, Anatol? Director general. Un alto funcionario y tú dices «de Correos».

—¡Uhm! —aparentemente abochornado Anatol se atusó las puntas del bigotazo—. Extraño veramente, ¿pregunto a mí por qué digo Correos?

—No tiene tanta importancia —terció Artur. La intervención de Emi le había resultado un poco desagradable. Al fin y al cabo, también había altos funcionarios en Correos.

Anatol se tecló la frente.

—¡Ahora sé por qué Correos! He hablado antes con cartero. Cartero es funcionario y señor Wümsel dijo este también señor Graumann funcionario. Yo, tonto, lo he mezclado todo... —Anatol frunció su cara de artista en mil pliegues—. Pero, tengo que contarles de los Zeblinsky. He dicho, yo procedo de Bohemia. Esta, mi Elvira, de Viena, distrito dudécimo. Desde hace más de veinticinco años «bucalizamos» en la revista y en el circo. Dos hijos de nosotros, valientes, trabajan de hombres voladores...

—En América —aclaró Elvira.

—... el Boneslaw, el mayor nuestro, de restaurador...

—En París.

—... y el hijo más pequeño, Peter, todavía internado en Suiza.

—En Ginebra.

Anatol chocó sus palmas.

—Y cuando es Navidad y es Pascua todos se juntan con papá y mamá y hacemos una fiesta de despedida de catorce días sin parar. Siempre muy divertido, ¿verdad, Elvira?

—Sí, Anatol. Son las dos épocas más hermosas del año —el suspiro de Elvira fue profundo..., pero en seguida volaron las nubes de su rostro—. Así es la vida. No podemos impedir que los hijos crezcan y se emancipen.

—¿No sabía que uno pudiese ganarse la vida imitando voces de animales? —Artur vistió su pregunta de inocente curiosidad.

Emi, en cambio, desnudó el tono belicoso con menor pudor.

—Y, sobre todo, para pagar cada mes una renta así...

Anatol se inclinó hacia adelante, hizo un megáfono con la concavidad de las manos y sopló por él:

—¡¡Nosotros no pagar renta!! ¡¡¡Jamás!!!

—¡Oh! —exclamó Artur.

—¡Aaaaaaah! —exhaló Emi y su mano diestra corrió al cuello, a proteger el valioso medallón. Quien no paga alquiler, roba también medallones de oro.

—No pagar renta es para nosotros cuestión de principios, ¿verdad, Anatol?

—¡De principios! ¿Para qué hacer ricos otros, si nadie manda a nosotros? Je-je-je-je-je. Sí..., de los animales imitamos todo lo que la gente pedir.

—Pero, mayormente, hemos cogido cariño a los pequeñitos...

—¡Mayormente! Habernos trabajado cuatro años en Hollywood para cine.

—¿¿¿En Hollywood??? —por la cabeza de Emi cruzaron Clark Gable, Spencer Tracy y Gary Cooper.

—Hemos sincronizado el sonido de elefantes, leones, monos, pavos, papagayos y hasta hipopótamos. Pues, a pesar de ello, para Anatol el preferido es un gallo arrogante. ¿Eh, Anatol?

En lugar de responder con palabras, Anatol lanzó al aire un quiquiriquí que hubiera hecho paliceder de envidia a un gallo de verdad.

—¿Qué, gusta ustedes mi gallo?

Artur tragó. Nunca se había visto en situación parecida.

—¡Magnífico! —atinó al cabo.

Anatol sonrió picaro y explicó:

—Gallo da mucha sed. Si os sobra a ustedes un trago té, yo no me opongo.

Para Emi esto fue ya el colmo de la frescura. No obstante, sacó fuerzas para un: «¿Cómo no?». Anatol siguió:

—Y Elvira, la gusta trago vino de desayuno.

—¿¿Vi... vino para desayunar?? —tartamudearon a dúo Artur y Emi.

Elvira asintió vivaz.

—Sí, me sienta de maravilla. Pero, vino blanco, si es que no hay más remedio...

—¿Tenemos vino blanco, Artur? —preguntó Emi, cercanas ya las lágrimas del estupor.

—Sí, abajo... —respondió Artur camino del sótano...

Sexto y último acto

Una semana después.

23 de septiembre. Nuevamente sábado.

En la comida de mediodía.

Emi había cocinado tortilla de patatas. Su cara abatida colgaba ahora sobre el plato, y con el tenedor —levemente empuñado— no cesaba de hacer agujeritos en la superficie de su ración.

—No tengo ni pizca de hambre —murmuró.

También Artur estaba inapetente. Debido, quizá, a que —en la desesperación y por primera vez en su vida— en lugar de té o café, había desayunado vino.

—Artur, por favor, llama al señor Wümsel.

—A estas horas estará durmiendo la siesta, como de costumbre.

—No importa —replicó extenuada—. Tenemos que decirle que ha alquilado la casa a unos sinvergüenzas.

—Pedirá pruebas, Emi.

—Todos los hijos —que dicen tener— están en el extranjero, los muebles carcomidos...; sólo esperan a que nos marchemos de aquí unos días, ¡quieren arrasarnos la casa, Artur!, ¡esa es la cuestión!, ¡¡¡ay, Artur, aquí se está fraguando un crimen horrible!!! —la voz de Emi fue creciendo paulatinamente de intensidad. Al final retumbó tan fuerte contra la pared que Artur se llevó a los labios un dedo, hizo «¡psssst!» y apuntó al suelo con él.

Emi empezó a sollozar.

—No puedo soportar más el arrullo de paloma. ¡¿Oyes, Artur?! El arrullo de paloma me vuelve loca. Toda una noche entera el arrullo...

Artur se levantó y acarició su espalda. Trató de consolarla.

—Bien. Vale ya, Emi. Todo se arreglará. Nada es eterno. También a mí me saca de quicio el croar de rana y el gallo ese.

—Por favor, llama a Wümsel, Artur... —sollozó Emi de nuevo.

Esta vez Artur se levantó. Erguida la cresta marchó al teléfono y atacó el número de Wümsel a picotazos.

—Aquí Wümsel —contestó Wümsel.

—¡Quiquiriquí! —chilló el director general contra el teléfono—. ¡Aquí Grauman! No, aquello no era normal. Así que el señor Wümsel —con hosca normalidad— resolló:

—¡Ah!, es usted..., ¿está ya trompa a estas horas?

—¿Por qué dice tal cosa? —se indignó Artur.

—No grite tan fuerte, si es tan amable, que tengo un aparato nuevo en la oreja. ¿A qué viene esa tontería del quiquiriquí?

—Señor Wümsel, ¿recuerda nuestra conversación sobre los nuevos vecinos?

—¿Se refiere a los encantadores Zeblinsky?

—En-can-ta-do-res —ladró Artur—, a qué se llama ahora en-can-ta-do-res. Día tras día, desde hace una semana, esa gente encantadora se cuele a desayunar en nuestra casa, cargados de rosas, quiquiriquís y más sed que una esponja. El señor Zeblinsky bebe el té por litros y su mujer es una fanática del vino. Ya se ha bebido siete botellas. ¡Para desayunar, señor Wümsel! Y el resto del día y la mitad de la noche arrullan como palomas, resoplan como locomotoras de vapor. Cada diez minutos canta el gallo del señor Zeblinsky y cacarea la gallina de la señora Elvira.

En la pausa que hizo Artur para tomar aire, aprovechó el señor Wümsel para comentar:

—Pero ha de ser gracioso...

Artur dio rienda suelta a su cólera.

—¡Señor Wümsel, mi oficio no es el de gracioso, sino el de funcionario ministerial! Esto ya es el final o, si lo prefiere, el principio de la locura. Ayer por la tarde íbamos a oír el concierto sinfónico de la radio. ¡Imposible! Y ¿sabe usted por qué?

—¿Por qué?

—Porque a los Zeblinsky les dio por montar una granja.

—Y ¿por qué me cuenta a mí todo eso?

—¡Tiene que hacer algo, señor Wümsel! ¡Muévase! ¡Eche de la casa a esa gente encantadora! ¡Hoy mismo, si puede ser!

Silencio. Durante unos segundos sólo llegó a la oreja de Artur ruido atmosférico. Finalmente, el señor Wümsel dio otra vez señales de vida. Preguntó en voz baja y tono desconfiado:

—Señor Grauman, por Dios, dígame: ¿está sereno o tiene media cogorza?

—¡¡Estoy serenoooo!! ¡Váyase al diablo!

El señor Wümsel carraspeó:

—¡Uhm, tja, tja! —y añadió titubeando—: Al parecer, no sabe todavía...

—¿Qué es lo que no sé todavía?

—Si... con el anuncio...

—Naturalmente que sé lo del anuncio en el periódico. Exageraba usted más que un mercader de alfombras persas. Pero no se cuidó tanto de observar a la gente más

de cerca. ¿Resultado? ¡Nos ha metido en casa a unos «bucalistas» criminales!

—¡Pamplinas! —aulló el señor Wümsel—. Solamente recibí una contestación al anuncio. ¡Una sola y miserable contestación!

—Bien, ¿y...? —inquirió Artur, aunque ya sabía lo que aquello significaba.

—¡Esa única contestación fue la de los Zeblinsky!

—¡Dile lo del alquiler, Artur! —dijo Emi mientras sacudía el pañuelo de los llantos.

—¿Sabe usted, acaso... —Artur recogió la sugerencia—, que los Zeblinsky, esa gente encantadora, ¡no tienen la menor intención de pagarle la renta, señor Wümsel!?

Artur pensó que de esta no se levantaba, cuando, por segunda vez, se prolongó el silencio. Pero acabó la pausa y, perplejo, oyó cómo la voz de Wümsel tornaba:

—Mi querido señor Grauman, tengo la impresión de que no está al corriente de las novedades. Tal vez sería mejor que se sentase para oír esto.

No. No era sólo la formulación, las palabras, que habían fluido groseras de sus labios para decir que no tenía ganas de sentarse, lo que le intranquilizaba. Era esa otra música de acompañamiento... La prevención, la amabilidad, sí, la compasión... Y cuanto más oía, más palidecía...

Por último, tuvo que recurrir al asiento.

Cuando al fin colgó, su cara parecía la del que vuelve de su propio entierro.

—¡Ay Dios, ay Dios!, ¿qué ha pasado, Artur? —Emi, con las rodillas flojas fue tanteando el aire hasta su marido. Por su cara, algo horrible había sucedido.

Ni siquiera advirtió el arrullo de paloma que en ese momento entraba por el balcón.

—¡Artur...!

Artur Grauman, director general de Abastecimientos Hidráulicos, hizo un esfuerzo. Tuvo que toser dos veces para dominar —de alguna manera— los gallos de la voz.

—Emi —dijo—. ¡¡Valor!!

—¡Ay Dios, ay Dios!

—Los artistas no son unos sinvergüenzas, sino artistas de verdad, y, además, tampoco son pobres.

—¿Tampoco son pobres? —repitió Emi sin comprender su verdadero alcance.

—Y ¿sabes por qué no pagan el alquiler?

—No, Artur.

—Porque no es corriente que uno se pague alquiler a sí mismo. En otras palabras: los Zeblinsky han comprado a Wümsel toda la casa y, según dice él, sin regatear una peseta. ¡Y como quieren hacerse un estudio arriba, nos van a rescindir el contrato el 30 de septiembre para que desalojemos el piso el 31 de diciembre!

—Pero..., pero ¿por qué nos visitan...? —Emi sorbió el resto de un sollozo.

—Tú quieres saber por qué hace una semana que nos están destrozando los nervios. Eso es sólo una impresión nuestra, Emi. Es que han prometido al señor

Wümsel tratarnos con la mayor cordialidad hasta el día en que nos vayamos.

Artur se incorporó de un salto, se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Ven, nos vamos!

—¿Adonde, Artur?

—¿Adonde va a ser? ¡A buscar una casa nueva...!

Y en el bosque esperan los ladrones

ERAN las nueve y diez de la mañana y la radio deseaba «que un día tan hermoso como el de hoy no termine nunca». ¡Y eso ya a las nueve y diez!

Peter Kleinschmidt sorbió con deleite el resto de su manzanilla, aspiró una toma de mentol, se levantó y fue al armario, de donde sacó un libro gordo. Además de gordo, daba la impresión de viejo y reposado. Su título era: *Todas las sopas del mundo*.

El hombre volvió la tapa y sacó del interior del libro un puñado de monedas. Una verdadera pena que esa joya bibliográfica del año 1911 se hubiese malbaratado para hacer una hucha.

Peter Kleinschmidt, treinta y nueve años, dotado por la naturaleza de una cara cándida-amable-impersonal, practicaba el pluriempleo dentro de la profesión poco recomendable de ratero-carterista-ladrón.

Echó un último vistazo general a su habitación realquilada y cogió la «cartera de muestras», que no contenía muestras, sino herramientas del oficio.

—¡Adiós, señora Schnetzler! —vociferó desde el pasillo, pues su patrona era muy sorda. La buena señora tenía a su pupilo por un honrado viajante de comercio.

Huida Schnetzler asomó la cabeza por la puerta de la cocina y respondió, también a voces:

—¡Adiós, señor Kleinschmidt! ¡Que haga buenos negocios!

Todos los días expresaba este deseo y siempre correspondía Kleinschmidt con saludo cordial. Ya había gritado a la oreja de la señora la tarde anterior que iba a estar dos días fuera y que no vendría a dormir esa noche.

Un último saludo.

Silbando *El puente sobre el río Kwai*, trepó los ciento veinte peldaños. Momentos después, al mismo ritmo de marcha entró en la cabina telefónica de la esquina calle Bückler-calle Hornberg.

El señor Kleinschmidt puso dos monedas en el lugar correspondiente. Marcó: siete-nueve-ocho-tres-seis-uno. La llamada..., una voz con mal genio contestó:

—Restaurán Grüner Baum.

—¡Hola Max! —exclamó cordial el señor Kleinschmidt—, soy Peter. Pásame a Hans Dieter.

—No está aquí —tornó seco, sin ninguna amabilidad—, hoy hemos cerrado.

—¡Oh! —Kleinschmidt pareció sorprendido—. ¿Cerrado? ¿Por qué motivo?

—Porque es miércoles y en miércoles cerramos siempre. ¡Bueno, hasta mañana!

Peter Kleinschmidt rió para sus adentros. Se imaginó al asmático Max echando pestes mientras colgaba trabajosamente el auricular del teléfono para dejarse caer luego sobre el sofá de la cocina.

Dos monedas más al teléfono.

Dos-cuatro-ocho-tres-ocho-nueve.

—¡Turmschenke!

—Menos mal que vosotros no habéis cerrado. Quisiera a Hans Dieter al aparato, si no es mucha molestia.

—¿Quién le llama? —preguntó un soprano.

Kleinschmidt sonrió burlón y dio a la voz un tinte de misterio.

—No se lo diga a nadie. Soy el director de la fábrica de mantas y alguien se está buscando una «manta de palos» —la cara del viajante, divertida y tensa por igual, cambió de golpe. Miró perplejo al auricular que tenía en la mano, del que ahora surgía una señal rítmica—. Ese periquito me ha colgado de verdad —siseó enojado.

El tercer par de monedas tomó el relevo. Dos-cuatro-ocho-tres-ocho-nueve. Esta vez el periquito tardó siete llamadas en asomar.

—¡Turmschenke!

—Y aquí Peter. Oye, tú, «mandiles» —insultó irritado Kleinschmidt a través del hilo.

Con igual tono de enfado llegó la réplica:

—El director de la fábrica de mantas, ¿eh? ¡Haz el favor de no andar con chistes que ya tengo yo aquí diversión de sobra!

—¡Venga, déjate de lamentos, y que se ponga Hans Dieter!

—Lo siento Peter —dijo algo más conciliador—, hoy sólo le he visto asomar a la puerta. ¿Le digo algo si vuelve por aquí?

Peter Kleinschmidt pensó un segundo y contestó:

—No, deja. Tengo que hablar con él personalmente. ¡Hasta otra!

El fingido viajante de comercio siguió con el teléfono en la mano mientras hundía, poco, la palanquita de colgar y depositaba otras dos monedas.

Ocho-ocho-uno-cuatro-seis-uno.

¡La llamada!

—Rotes Eck —dijo una voz femenina, para cambiar.

—Aquí Kleinschmidt. ¿Está ahí Hans Dieter, por casualidad?

—¿Hans Dieter?, ¿qué Hans Dieter? —preguntó la voz.

—Ese que tiene verrugas en las orejas.

—¿Verrugas en las orejas? —preguntó la voz de nuevo, y Peter Kleinschmidt se impacientó.

—¡Sí! —ladró áspero al teléfono—, ¿es usted nueva en Rotes Eck o qué?

—¡Acertó, soy nueva! Aguarde un momento que voy a mirar. Sólo hay cuatro clientes.

Kleinschmidt esperó. No mucho, por cierto. Llegó otra voz, timbrada por la curiosidad:

—¿¿Si?? ¿Quién es?

—Soy Peter —murmuró Kleinschmidt.

—¡Hola Peter! —exclamó Hans Dieter contento—. Buenos días tenga usted. ¿Por qué estás tan agrio?

—He tenido que llamar a tres tascas, tres, para echarte el guante —respondió Peter de mal temple.

—Pero si era bien sencillo —se defendió Hans Dieter—. El Grüne Baum cierra los miércoles y en el Turmschenke se me quitó el hambre en cuanto asomé la nariz.

—¿Por qué?

—¡Había dos policías desayunando en nuestra mesa! —¡Fiiuuu!, ¿en nuestra mesa?

—Sí. No tuve más remedio que venir al Rotes Eck. Que ya no es lo que era. Hay una camarera nueva. Una delgada con minifalda y lengua muy suelta.

—¿Y qué ha sido de Paula, la gorda?

—Willi dice que se ha «largao» a Marruecos. ¿Hay alguna cosilla?

—Sí. Vete corriendo y avisa a Paulchen. Dile que tengo un asunto estupendo para los tres. Y toma nota de esto que va para vosotros dos: cogéis una buena manta de lana y un paraguas y decís a vuestras respectivas patronas que vais a estar dos días fuera. Que vais a ventilar una herencia. A las dos de la tarde, en punto, me reúno con vosotros en la antigua parada del tranvía de la plaza Sprossen. ¿Está todo claro?

—¡Todo claro! —exclamó feliz Hans Dieter—. ¿Es un trabajo elegante, como el de la última vez?

—¡Pudiera ser! —fue la seca respuesta.

—¿Y qué hay de las provisiones?

—Ya me ocupo yo de todo. ¡Ah!, otra cosa: pásale a Paulchen la mano por el lomo para que no se ponga tan nervioso.

Durante unos segundos los dos teléfonos permanecieron callados. El silencio decía a las claras que había alguna pega. Al cabo, rompió Hans Dieter quejoso:

—¿Le necesitamos a él? ¿No podríamos valernos tú y yo solos?

La respuesta de Kleinschmidt no dejó lugar a dudas.

—Paulchen es el mejor «avisador» que conozco y además hasta ahora siempre nos ha traído suerte.

—Sí, en eso tienes razón —comentó Hans Dieter hurgándose una verruga de la oreja—. ¿En qué dirección va el asunto? —preguntó luego curioso. Pero, al instante, comprendió que había metido la pata.

De Peter Kleinschmidt había llegado un berrido de censura:

—¿De cuándo acá hablamos estas cosas por teléfono?

—Ha sido una tontería, ¿eh? No volverá a ocurrir —prometió Hans Dieter. Pero le sentó mal que Peter «el Piadoso» (apodo por el que se le conocía entre los del ramo, ya que iba todos los domingos a la iglesia vestido de negro) le hubiese gritado así.

—Bueno, hasta las dos —dijo Peter y colgó.

—Hasta las dos —contestó bajo Hans Dieter, aunque sabía que ya nadie le

escuchaba.

Hans Dieter y el pequeño Paulchen, regordete y colorado, eran las únicas personas que estaban allí, plantados, en la antigua parada del tranvía de la plaza Strossen. Hans Dieter con una bolsa de plástico llena a reventar en una mano y un paraguas en la otra. Paulchen, por el contrario, llevaba la manta bajo el brazo, enrollada, que parecía una morcilla gigante. Los dos subieron al coche de Kleinschmidt.

Hans Dieter empujó al radiante Paulchen hacia el asiento de atrás y dijo:

—Peter, eres más puntual que la gripe —luego se acomodó al lado de este—. Te prevengo que Paulchen está tan nervioso como si fuese la primera vez —cerró la puerta.

Paulchen movió la cabeza diligente.

—Mumumuchas gracias, Pepeter, popopor llamarme otra vez.

—No tiene importancia. Para eso están los amigos. Mirad si están las puertas en orden.

—Veveverdaderamente estoy la mmmmmmar de nervioso. Es la primera vez que me lío en un rororollo con una manmanmanta de lalalana.

—Je-je. Alguna vez tiene que ser la primera, Paulchen.

Paulchen nubló la cara de improviso y renegó:

—¡Pu-pu-puñeta!, que tenga que ta-ta-ta-tartamudear siempre que estoy ne-nervioso.

—¿Por qué no vas a un psicólogo? —preguntó Peter Kleinschmidt.

—¿De qué si-si-sirve e-e-eso? —no parecía que Paulchen apreciase mucho esta posibilidad.

Hans Dieter, divertido, abundó en el tema:

—Si hay suerte, con echarte en un sofá es capaz de quitarte el hipo.

—Yo no cccreo en esos ma-ma-manijos. Os di-digo de verdad, que yyyyo leo todo del pe-pe-periódico da-da-dalante pa-pa-pa-patrás y da-da-da-datrás pa-pa-palante sin una so-so-sola pa-pa-parada.

—Y ¿qué pasa cuando lees algo emocionante? —quiso saber Peter.

—No me he fi-fi-fijado to-to-todavía o, ¿eh?, ¡no ququququé va!, no me ha-ha-hace na-na-nada de na-nada. Q qqquizá vaya a ver a un si-si-sicatra o aaalgo así —Paulchen batió las palmas y aseguró una vez más—: ¡Dddios!, ¡estoy ne-ne-nervioso!

—Esperemos que la cosa dé algo —pensó Hans Dieter en voz alta.

Peter le tranquilizó:

—Si no estoy mal informado y tenemos suerte, la cosa puede dar sus buenas cien mil.

—¡Ca-ca-ca-ca-caramba! —opinó Paulchen y abrió unos ojos como platos.

—¿Y si no hay suerte?

—En el mejor de los casos, nada, y en el peor, un año —respondió Peter

—¡No has tartamudeado ni media sílaba, Paulchen! —dijo Peter Kleinschmidt.

—¡Te ha salido a chorro, como una fuente!

—Qqqqqqué... qqqqqqué, no me he da-da-dado cu-cuenta en aaabaaababaabsoluto.

—¡Pero nosotros sí! —Hans Dieter remachó con la cabeza. Y Peter Kleinschmidt tranquilizó a Paulchen.

—No te preocupes por las mochilas. Las tengo en el maletero, con los bastones.

—¿Conoces la zona? —preguntó Hans Dieter.

—Estuve ayer dos horas y media merodeando por los alrededores. Otra cosa, la casa tiene un mayordomo...

—¡Ay, Blancanieves de mi alma! —clamó Hans Dieter con un ojo intranquilo y otro asustado—. No habías dicho que...

Peter Kleinschmidt negó con un gesto.

—Calma. No hay razón para alarmarse. El pobre hombre está en el hospital desde hace tres semanas. Fue a subir a una escalera y se cayó del balcón abajo.

Entonces Paulchen propuso con tono resuelto:

—¿Qué os parece? Si to-to-todo sssale bien le mmmmanda-da-damos unas flflflflores al hospital, ¿eh, Peter?

—Podemos hacerlo. Pero lo primero ahora es llegar al sitio.

Eran las quince horas diez minutos cuando Peter Kleinschmidt llegó con su viejo *Volkswagen* al aparcamiento del mesón «La Paz del Bosque». Una vez que Paulchen y Hans Dieter hubieron guardado las mantas y los paraguas en las mochilas respectivas, cogieron los tres sus bastones de nudos y con cara de avezados caminantes se internaron en el bosque. Evitaron la carretera principal y cuando advertían la proximidad de otros paseantes les esquivaban.

Por fin, tras sesenta y cinco minutos de marcha, llegaron a los abetos, que tenían una altura uniforme de dos metros, aproximadamente, y estaban dispuestos de tal forma que los tres granujas pudieron hallar un fácil camino.

A las dieciséis horas, en punto, levantó Peter la mano y anunció en voz baja:

—¡Hemos llegado! Aquí montamos la base.

Paulchen se dejó caer al suelo con un quejido y se tendió a lo largo.

—¡Ppppor fin! Mi mochi-chi-chi-chila pesa un quin-quin-quin-quin-quintal por lo menos.

Hans Dieter gimió también:

—Hace diez años que no me doy una caminata como esta. Creo que me ha salido una ampolla en cada dedo.

—¡No seáis cobardicas! —les reprochó Kleinschmidt—. Que se os caen las lágrimas si tenéis que andar dos metros. ¿Por qué no hacéis todas las mañanas un poco de ejercicio?

—¿Para qué moverse si no hay necesidad? —sollozó Hans Dieter—. Ni dormido caigo yo como un saco...

—Tal vez sea una enfermedad crónica: Gandulitis.

—¿Qqqqué me has mmmmetido en mmmmi mmm-mochila? Se ha aaaaaboaabollado de verdad —se lamentó Paulchen.

—Comida y bebida.

—Jo-jjjo, be-bebida. ¡Ddddios, ttengo una sssed...!

Mientras Paulchen revolvía en busca de una botella. Hans Dieter preguntó:

—¿Dónde está la villa del «Arenque»?

Peter Kleinschmidt señaló a la derecha.

—Diez metros en esa dirección y la tenemos enfrente. Además, desde allí se puede controlar también el camino de acceso. Vamos a reponer fuerzas primero y después montamos guardia.

Bajo el cielo de la tarde cayeron tres latas de conservas, un bote de guindas, dos barras de pan crujiente y dos litros de limonada. Cogieron luego sus mantas y se arrastraron hasta el límite de la arboleda.

Era, ciertamente, un observatorio ideal. No sólo porque tenían la casa —una sola planta y porte majestuoso— delante de las narices y porque podían controlar el largo camino de acceso —recto, cuatrocientos metros—, sino también porque ellos mismos quedaban tan ocultos entre los altos helechos que ni el ojo más agudo hubiera podido descubrirlos.

Todas las ventanas de la casa estaban protegidas con robustas contraventanas y nada daba a entender que hubiera dentro alma viviente.

A las dieciocho horas quince minutos apareció el primer coche —un *Mercedes* grande— y aparcó en el espacioso patio enlosado. Bajaron de él tres hombres y una mujer. Los cuatro mostraban muy buen humor. Desaparecieron tras la puerta de la casa en un alboroto de risas y palabras. Poco después, las contraventanas fueron abriéndose, ruidosas, una tras otra.

No mucho más tarde, comenzó a llegar el fragor de los *Maseratis*, *Porsches*, *Alfa Romeos* y *Mercedes*. En breve tiempo se habían juntado en el patio diecinueve vehículos.

A través de las ventanas —de par en par— llegaba la música y la juerga hasta el lugar donde tres hombres agazapados esperaban a que acabase la fiesta recién comenzada.

La espera fue larga...



Pasó la media noche. La susurrante conversación fue cediendo. A la una, Paulchen intentó animar a sus dos colegas:

—Je, ¿pu-pu-puedo contar un chchchiste?

—Si no hay más remedio, cuenta —dijo Peter Kleinschmidt sin quitar ojo de la casa.

—Si te desahoga... Pero uno solo y con gracia —dijo Hans Dieter.

—Bueno. Un ta-ta-tartamudo se enenen-encuentra con un jo-jo-jorobado. El jojojorobado pregunta al tar-tartamudo: «¡Eh, tú!, ¿dddónde vas?». Contesta el tartar-tartamudo: «Vwoy a la es-escuela». Entonces eeeel jo-jo-jorobado ssssse ríe y dice: «Tú ttarta-tamudeas ya mmmuy bbbien, ¿pppara qué vas a ir a la escuela?». El tartamu-mu-mudo pregunta, en-entonces, al jo-jo-jo-robado: «¿Y dónde wwas tttú?». Di-dijo el ootro: «Voy a hahahahacerme una fo-fo-foto». Ahora ssse echó a reír el tttartamudo y di-dijo: «Ji-ji-ji, ten cuidada-dado de que no tte sa-saquen la ch-chepa, que nnno vas a po-poder cerrar el áááááálbum». Paulchen rió al terminar.

En ese instante Hans Dieter comenzó a roncar.

—¡Co-co-co-chino! —le insultó Paulchen ofendido.

Peter Kleinschmidt consoló a Paulchen:

—No te disgustes. Hans Dieter no tiene sentido del humor.

Dieron las dos.

Dieron las tres.

A las tres horas cincuenta minutos salió del patio el primer automóvil. A las seis y media quedaba solamente el *Mercedes* que había llegado en primer lugar la tarde anterior.

Las contraventanas fueron cerrándose con menor euforia que cuando se abrieron. A las siete, por fin, el *Mercedes* salió del patio con los tres hombres y la mujer dentro.

Hans Dieter roncaba todavía y Paulchen también silbaba acompasado y bajo.

—¡Eh, vosotros, despertad!

Mientras Hans Dieter se sacudía la modorra y estiraba hasta el crujido todos sus huesos, preguntó Paulchen soñoliento:

—¿Me he d-dor-dormido?

—¡Un poco!

—¡Va-va-vaya por Di-dios!

—Dime Peteaaaaaar —bostezó Hans Dieter—, me ha asaltado una duda soñando. ¿Qué hacemos aquí tumbados bajo los árboles como tres piñas, en lugar de ir de visita a la casa a una «hora de cacos» decente? Si todo pasa inmediatamente después de la fiesta, sospecharán primero de algún invitado. ¡Y eso es bueno, nos despista de la policía!

Peter señaló las mochilas.

—Cógelas tú, yo llevo la herramienta. Y tú, Paulchen, ¿qué señal de aviso

escogemos?

Paulchen reflexionó brevemente y propuso con ojos ya despiertos:

—Po-podría tu-tu-tu-tupendamente totocar la bobo-bocina de una mo-moto.

—¡Dios, Paulchen! —saltó Peter—, ¡no estamos en la ciudad, sino en medio del campo! ¿Qué haces mejor?: el croar de las ranas...

—¿Ranas? —interrumpió Hans Dieter—, ¿¿aquí??

—Sí. Trescientos metros detrás de la casa hay un charco.

—Bueno: ¿la rana o el cuclillo?

—Cro-cro-croar se me dda de mi-miedo. Pero tttambién sé ha-ha-hacer el cu-cuclillo.

—Dejémoslo en croar —decidió Peter Kleinschmidt al tiempo que se agachaba a por el hatillo de las herramientas—. Tan pronto veas que aparece alguien por el camino te pones a croar como un descosido. ¿Está claro, Paulchen?

—¡Clcl-cl-claro está cla-claro!

Y así, la fatalidad siguió su inexorable curso.

Cierto que al principio todo marchaba muy bien. Peter y Hans Dieter forzaron la cerradura en menos de cinco minutos. Y como todas las contraventanas estaban echadas pudieron permitirse encender las luces sin remilgos.

Abrieron las ventanas para poder oír la eventual señal de Paulchen y se dieron al «trabajo» como el que lo hace a destajo.

Mientras tanto, Paulchen oteaba con todas sus fuerzas el camino y tatareaba en voz baja. Paulchen estaba contento consigo mismo, con su suerte y con todo lo demás. Tenía amigos, un trabajo ligero y —quitando el tartajeo— buena salud. Veinte minutos llevaría ocupado en estos pensamientos cuando saltó como un rayo.

¡El *Mercedes*!

Con chirrido de neumáticos, el *Mercedes*, que venía de la carretera principal, tomó la curva del camino de acceso. Del susto, Paulchen se agarró a uno de los dichos predilectos de Hans Dieter: «¡Aaaay Blanca-ca-canieves de mi al-alma!», tartajeó horrorizado y entonces se dio cuenta de cuál era su misión allí.

—Cu-cu-cu-cu-cu —cantó—, cu-cu-cu-cu-cu-cu-cu...

—Cu-cu —y otra vez—. Cu-cu-cu... y otra.

Cada vez más y más deprisa, cada vez más y más fuerte, llenó con el canto del cuclillo el rebullir mañanero del bosque.

—Cu-cu-cu, cu-cu-cu, cu-cu...

Paulchen vio cómo tres hombres llegaban a la casa y desaparecían tras la puerta y su corazón empezó a golpear tan fuerte que no podía tragar.

—Cu-cu-cu..., cu-cu-cu... —llegó ya débil, la voz del pájaro de la arboleda.

Paulchen hubiera deseado que le tragase la tierra, cuando, diez minutos después, vio un coche patrulla de la policía, que frenó violento junto a la puerta...

—Cu-cu-cu-cu-cu...

Sólo entonces Paulchen adquirió lo que había hecho con su horribleirreparabletontoimperdonableinfame fallo... fallo...

Y al ver que sacaban a sus amigos con las esposas puestas, Paulchen metió la cara entre las manos y empezó a llorar contra el césped:

—Croa-croa-croa-croa...

Y croaba todavía horas después, cuando la casa y el bosque ya habían vuelto a su paz...

El día que desapareció el Picasso: el ladrón es el personaje disfrazado de Pedro el despeluzado.

[Para continuar con el siguiente relato, toca aquí.](#)

El detective Balduino Piff y el lanzahuevos: el señor Korbmann es el culpable.
[Para continuar con el siguiente relato, toca aquí.](#)

Notas

[1] Kauffmann significa en alemán comerciante. (*N. del T.*) <<